

RECITACIONES
INFANTILES

DEL MISMO AUTOR



Las fiestas de mi escuelita. (Teatro infantil) 3ª edición.
Fábulas en acción. (Teatro infantil) 2ª edición.
Padrino (y otros cuentos para niños). Agotado.
El último castigo. (Cuentos para padres y maestros). Agotado.
Joyitas. (Recitados para jardines de infantes) 2ª edición.
Teatro histórico infantil.
Mis mejores cuentos para los niños. 2ª edición.
Teatro cómico para los niños.
Fabulario.

EN PREPARACION

El niño estrella.
Romances de la patria.

EN COLABORACION CON PEDRO INCHAUSPE

Tierra virgen. (Método gradual de lectura, para 5º y 6º grados).
Jugando. (Texto de lectura para 2º grado).

GERMAN BERDIALES

*Dupl. del
Nº 3127*

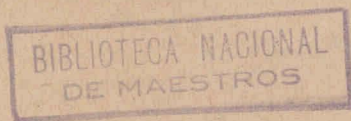
L 43.15

Sec. Inf.

*l A
- 10
24*

RECITACIONES INFANTILES

Seleccionadas y ordenadas
para los escolares argentinos



LIBRERIA DE A. GARCIA SANTOS
Moreno 500 esq. Bolivar
BUENOS AIRES
1934

QUEDA HECHO EL DEPOSI-
TO QUE PRESCRIBEN LAS
LEYES 7092 y 9510

BREVES PALABRAS DEL SELECTOR

Ante todo una sincera aclaración.

«RECITACIONES INFANTILES» es una selección de prosas y versos que intenté en 1924, es decir, contemporáneamente con la aparición de «Las fiestas de mi escuelita». La fortuna que acompañó a aquel libro, — la misma de que aún sigue gozando, — me indujo a preparar éste. Pero luego durmieron en un cajón, si no todos, muchos de estos materiales, ya ordenados, — me interesa decirlo, — es la misma forma en que hoy aparecen, y que es la que adoptó en 1929 el señor Augusto Cortina para realizar su libro «Fiestas Escolares», impreso en Madrid. Pese a esta coincidencia, he resuelto publicar «RECITACIONES INFANTILES» tal como lo concebí porque al libro no lo perjudica, y eso es lo único que debe preocuparme como escritor y como maestro.

Por otra parte, de las 128 composiciones poéticas que el señor Cortina incluye en su selección, yo recojo en la mía 19 solamente. Coincidimos pues en la forma, y disentimos en el espíritu.

He aquí mi criterio: las composiciones literarias que han de recitar o escuchar los niños deben ser sencillas y breves, amén de pulcras y hermosas. Sin embargo, no diré que las 252 recitaciones que presento aquí poseen esa perfección. Afirmaré sí que todas se aproximan a ella, o lo procuran, entre éstas cuento las mías.

¿Que algunas pecan de extensas? Lo sé; pero dejo al elevado criterio de mis colegas lo que pueda suprimirse sin desmerecer los valores de las composiciones.

¿Que otras sobrepasan las posibilidades interpretativas de los noveles recitadores y de sus incipientes auditorios? Me lo temo; mas . . . confío en el sorprendente poder asimilativo de nuestros escolares.

¿Que, en fin, estas y aquellas composiciones ya nos las sabíamos de memoria cuando éramos niños los que ahora somos o vamos siendo viejos? Lo reconozco; y precisamente por eso me he complacido en recogerlas y darles en este libro un lugarcito, no tan grande, por cierto, como el que espero que llegarán a ocupar en el corazón de los niños argentinos de hoy, si su corazón es como el nuestro . . .

G. B.

I

FIESTAS PATRIAS

LA PATRIA

El que de pequeño respeta a su patria sabrá defenderla cuando sea mayor. Si cada uno de vosotros se recoge, por un instante, en el seno de sus más íntimos afectos y recuerda la mirada complacida del padre, el beso amoroso de la madre, el cariño del hermano, y la cordialidad del amigo, las gratas horas de la escuela y las dulces veladas del hogar, la hermosura de los campos, y el murmullo de los ríos, la soberbia de las montañas y la pureza de los cielos, verá que todas esas felicidades que nos rodean constituyen la Patria. Todo se lo debemos a la Patria: ella nos da la cuna y la tumba; ella produce el cereal y la leche con que nos sustentamos; ella calienta la lana y blanquea el algodón con que nos vestimos; ella atiende a todas las necesidades nuestras y en pago de tanto bien sólo nos pide: Amor. ¡Amemos, pues, a la pródiga tierra en que nacimos!

GERMAN BERDIALES



LA HIJA PREDILECTA DE LOS CIELOS

Mi fantasía que, como las hadas, todo lo puede, me pinta el cuadro que, en veinticuatro horas más, ha de

tener por sobrio marco las cuatro paredes de la escuela.

Al golpe de la varita mágica de la fantasía, veo cómo, poco a poco, el patio empieza a poblarse de criaturas, esto es, a embellecerse de sonrisas y de escarapelas, de ruido y de movimiento.

Luego, sobrevienen el orden, la quietud y el silencio.

Por fin, como el rebullir de los pichones en el nido, o el suspirar de la brisa en la seda del trigal, las puras voces rompen ese silencio.

¡Es el Himno! Ese himno que hace exclamar al poeta:

“¡Que vuestro himno soberbio vibre,
hombres libres en tierra libre!”

Con esta armonía, que me lléga al alma, se me representa la incontable multitud de escolares argentinos que, a la misma hora, entonan el Himno en toda la extensión del país. Y veo fluir las voces como otras tantas olitas que corren a fundirse en un mar musical.

Y me digo que, si este coro inocente es el saludo de las almas a la Patria, el aleteo de las escarapelas bicolores es el saludo de los cielos a su hija predilecta.

Porque nuestra Patria es, en verdad, la hija predilecta de los cielos; ellos le dieron su seda y su sol para que los luciese en su bandera; démosle también nosotros lo mejor de nuestras almas y consagrémosle nuestras vidas.

GERMAN BERDIALES



LA PATRIA

Pensad en el esfuerzo, continuado durante tres siglos, que representa nuestra Argentina. Desde sus orígenes, cuando era toda villorrios de barro y caña, los modestos castellanos que la fundaron veían en su imaginación cervantesca un futuro glorioso, la bella imagen de la patria, y adoraban eso, que no era más que un sueño, con un amor tierno, muy profundo y conmovedor. La Patria no es odio, no es sangre y batallas. La patria lo abarca todo, y podéis quererla apasionadamente sin que sea necesario cerrar los puños amenazadores. Al contrario: la justicia, la bondad, la verdad, transforman la bella imagen, le dan esa expresión de las madres de Rafael, de dulzura, de suavidad, de luz, que ilumina y enaltece las más íntimas fibras del alma.

JUAN AGUSTIN GARCIA



LA PATRIA

La patria es la madre común de todos los compatriotas nuestros. Su nombre venerado simboliza la unión de todos los intereses en un solo interés, de todas las vidas en una sola vida imperecedera.

La patria, no es solamente el suelo donde nacisteis y donde tienen arraigo todos vuestros recuerdos y esperanzas, el cielo que os cobija, el aire que respiráis, la tierra que os alimenta y alimenta a vuestros padres, y en cuyo seno descansan los huesos de vuestros antepasados, sino también la sociedad misma, viiendo una vida común, trabajando en un mismo fin,

y marchando a realizar, con el tiempo, la misión que la Providencia le ha señalado.

ESTEBAN ECHEVERRÍA



¡VIVA LA PATRIA!

Los pueblos que fueron gloriosos en la historia, lo fueron siempre, porque los hijos amaban a la patria. Y todos los hombres que fueron grandes, cimentaron su grandeza en el desprecio de los intereses mezquinos y en el amor a los ideales generosos, especialmente al ideal de la patria.

Cuando se tiene la suerte de nacer en una patria libre e invicta como la República Argentina, amarla no entraña sino legítimo orgullo. Pertenecer al suelo de San Martín y Belgrano, de Rivadavia y Sarmiento, de Echeverría y Alberdi, es sentirse miembro de una familia de hombres ilustres, y esto nos obliga a ser dignos de nuestros padres.

La patria nos devuelve con creces nuestros servicios y homenajes. De su poder y felicidad dependen el poder y felicidad de cada uno. Seamos pues, como los pámpanos, que cobijan y protegen amorosamente los dulces racimos de la madre vid.

CARLOS OCTAVIO BUNGE



PATRIA Y PATRIOTISMO

Todos aman a su patria y muy pocos tienen el patriotismo; el amor a la patria es un sentimiento natural, el patriotismo es una virtud; aquél procede de la inclinación al suelo donde nacemos y recibimos las primeras impresiones de luz, y el patriotismo es un hábito producido por la combinación de muchas virtudes que derivan de la justicia. Para amar a la patria basta ser hombre, para ser patriota es preciso ser ciudadano, es decir, tener las virtudes de tal.

BERNARDO DE MONTEAGUDO



INVOCACION A LA PATRIA

Ayer el sacrificio; hoy el trabajo; mañana la gloria.

Tus héroes abrieron el surco; sus hijos fecundan la simiente; las generaciones del porvenir cosecharán la mies. Todo por tu grandeza: los corazones que te aman; los brazos que te defienden; los cerebros que te iluminan; las palabras que te bendicen; la ancianidad que te honra; la juventud que te venera; la niñez que te canta.

¡Inspíranos, oh madre, la abnegación que guardas en las tumbas de tus mártires; destila en nuestras almas las virtudes de tus patricios; enciende en nuestras mentes la antorcha de tu genio, para que nuestra jornada en la tierra sea por la paz, por la justicia,

por la libertad, por el Evangelio de tu fe republicana, oh Patria inmortal de los argentinos!

LEOPOLDO HERRERA



EL AMOR A LA PATRIA

¡La Patria! En todos los tiempos y para todas las generaciones, ha sido sagrado este dulcísimo nombre de patria. La amamos con el más ciego y el más constante de nuestros amores, con el amor patrio. Nos parece que hay algo de sus átomos en nuestras huesos, y algo de la savia de sus plantas en nuestra sangre, y algo de su carácter en nuestra vida, y algo del corazón de nuestras madres en las entrañas de su tierra, y que habrá compasión en su polvo, para nuestras cenizas, en el día solemne en que vayamos a pedirle el eterno asilo de la muerte.

EMILIO CASTELAR



¡HONOR A LAS PROVINCIAS DEL NORTE!

¡Honor a las Provincias del Norte, que en la época de la Revolución, cuando el Congreso de Tucumán, producto del cansancio más bien que de la fe, trazaba con colores sombríos el cuadro de una situación desesperada, apoyaron la declaratoria de la independencia que inspiraron San Martín y Belgrano! A ellas, que desde entonces fueron el baluarte de la Nación, cuando ardía

ésta en guerra civil, y cuando esa guerra devoraba, hambrienta, sus ejércitos regulares. ¡Honor a Güemes que dirigió esa heroica resistencia, en la cual rindió noblemente su vida! Pero ¡honor también a aquel que fué el primero que les reveló su fuerza, que les dió dos días de gloria inmortal, y encendió en los corazones el fuego sagrado de la revolución, que no había prendido en todos, o se había amortiguado en algunos, cuando los llamó a empuñar las armas, y a defender a la vez su credo y sus hogares en los campos de Tucumán y Salta!

BARTOLOME MITRE



BELGRANO

El general Belgrano es una de aquellas figuras que, lo mismo con la bandera que con una espada, podía ser representada con la pluma de un escritor o con el libro de la ley entre las manos, o bendiciendo con ambas la cabeza de un niño deletreando en una cartilla; porque fué hombre de acción y hombre de pensamiento, y porque, a la vez que combatió por su creencia, derramó a lo largo del surco de la vida la semilla fecunda de la instrucción y de la virtud.

BARTOLOME MITRE



MORENO Y BELGRANO

Moreno subordinó la revolución a su genio, y Belgrano, infatigable obrero de la libertad y del progreso,

se puso a su servicio. El uno era el hombre de las grandes vistas políticas, de las reformas atrevidas, de la iniciativa y de la propaganda revolucionaria en todo sentido; el otro era el hombre de los detalles administrativos, de la labor paciente, dispuesto igualmente a ser el héroe o el mártir de la revolución, según se lo ordenase la ley inflexible del deber.

Belgrano era el yunque de la Junta; Moreno era el martillo.

BARTOLOME MITRE



LA TIERRA NATIVA

La tierra que llamamos Argentina dilátase en el ángulo meridional de nuestra América, desde la zona tropical donde nacen los largos ríos que se desaguan por el Plata hasta los canales de las frías zonas, en cuya agua, bruñida de quietud, retrata sus bellezas la inmensidad de las noches antárticas. Los Andes, por occidente, le forman límites de leguas y alzan entre las nubes su nevada cabeza paternal, mientras por el oriente va el Atlántico besándole la ribera... Así desde selvas vírgenes y cálidas del norte, linderas de Bolivia, Paraguay o Brasil, la cordillera y el océano bajan hasta juntar su roca y su ola en los desolados peñascos del mar austral, dibujando en los mapas un territorio, de ondulados contornos, donde se aguza la apariencia de una cornucopia gigante.

RICARDO ROJAS



LA BANDERA ARGENTINA

La bandera argentina es el símbolo de la eternidad de esa patria grande y fraternal. Bajo sus colores inmaculados se compendia toda nuestra historia. Nació entre fragores de combate, para mostrar el empuje y los anhelos de un pueblo que odia el tutelaje opresor, con el juramento categórico de ser libre, y, en los años vividos, el humo de muchas victorias y los frutos de la independencia y la paz asegurados a su sombra, han confirmado aquel juramento viril.

MARTINIANO LEGUIZAMON



ORACION A LA BANDERA

Asuma el verbo sus majestades más altas; inspirelo la República, y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y verdad, el himno a la bandera de la Patria...

¡Héla ahí, eterna como los cielos que trasunta, inmutable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, a la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria...; héla ahí ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás tremoló sobre el dolor de los vencidos sin recoger, al mismo tiempo, la bendición de los libertados...

BELISARIO ROLDAN



ORACION A LA BANDERA

¡Bandera de la patria, celeste y blanca, símbolo de la unión y de la fuerza con que nuestros padres nos dieron independencia y libertad; guía de la victoria en la guerra, y del trabajo y la cultura en la paz; vínculo sagrado e indisoluble entre las generaciones pasadas, presentes y futuras, juremos defenderla hasta morir, antes que verla humillada; que flote con honor y gloria al frente de nuestras fortalezas, ejércitos y buques, y en todo tiempo y lugar donde éstos la condujeran, que a su sombra la Nación Argentina acreciente su grandeza por siglos y siglos, y sea para todos los hombres, mensajera de libertad, signo de civilización y garantía de justicia!

JOAQUIN V. GONZALEZ



LA BANDERA

La Bandera blanca y celeste,—¡Dios sea loado!—no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra!

Hagamos fervientes votos por que, si a la consumación de los siglos, el Supremo Hacedor llamase a las naciones de la tierra para pedirles cuenta del uso que hicieron de los dones que les deparó, y del libre albedrío y de la inteligencia con que dotó a sus criaturas, nuestra bandera, blanca y celeste, pueda ser todavía discernida entre el polvo de los pueblos en marcha, acaudillando cien millones de argentinos, hijos de nuestros hijos, hasta la última generación, y deponiéndola sin mancha ante el solio del Altísimo, puedan mostrar todos

los que la siguieran, que, en civilización, moral y cultura intelectual, aspiraron sus padres a evidenciar, que en efecto fué creado el hombre a imagen y semejanza de Dios.

DOMINGO F. SARMIENTO



EL ESCUDO ARGENTINO

Las naciones hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo, ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados, pretenden amedrentar al extranjero. El sol de la civilización que alborea para fecundar la vida nueva, la libertad, con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida, una oliva para los hombres de buena voluntad, un laurel para las nobles virtudes: he aquí lo que ofrecieron nuestros padres y lo que hemos venido cumpliendo nosotros como república.

DOMINGO F. SARMIENTO



LA CANCION NACIONAL

Expansiva como nuestra revolución, la marcha comienza por despertar la atención de la humanidad entera, para que escuche los vítores de los libres y el ruido de las cadenas que quebrantan, y contemple a la nación victoriosa que se levanta coronada de laureles sobre el pedestal de un león vencido.

Sus hijos, animados por el genio de la guerra, caminan con el espíritu generoso, conmoviendo con sus pasos las cenizas de las generaciones que vivieron esclavas; y la América de tres siglos, convocada por el pueblo al juicio final de la venganza, acude a Quito, a Méjico, a Cochabamba, a los extremos y al corazón del continente, a batallar en la lid a que convoca el estandarte sangriento de los tiranos. El pueblo argentino toma la iniciativa, y acude al ruido del trueno de las batallas, y por todas partes, en los muros orientales, en Suipacha, en Tucumán, escribe el padrón de sus triunfos y la humillación de sus opresores.

Cada estrofa de este canto es un cuadro; cada imagen es un grupo de granito, que sólo la pluma, y no el pincel, es capaz de detallar...

JUAN MARIA GUTIERREZ



SARMIENTO

Nacido en el primer año de la Revolución, ha sido el que vió más lejos en el porvenir de los destinos de nuestra patria y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda.

Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fué apóstol y fué soldado.

Todo lo que constituye progreso debe algo o mucho a Sarmiento. En su vida laboriosa ha trazado largo y profundo surco en nuestro virgen suelo argentino, derramando en él, a manos llenas, la semilla fecunda del bien.

Si alguna se perdió entre espinas y pedregales o fué llevada por las aves del cielo, más feliz que el sembra-

dor del Evangelio, la mayor parte cayó sobre tierra fértil, brotó lozana y vigorosa y hoy se eleva como homenaje eterno a su memoria.

CARLOS PELLEGRINI



SAN MARTIN

Lima, la ciudad de los reyes, la metrópoli de las colonias, es ya libre. Están solemnemente representadas en su Plaza Mayor todas las instituciones coloniales. He ahí el Excelentísimo Ayuntamiento, que ha custodiado durante tres siglos el Estandarte Real de la conquista, que trajo Pizarro y que fué bordado por las manos augustas de la madre de Carlos V; hélo ahí, abatido sobre la haz de la tierra; he ahí la Universidad de San Marcos, precedida por sus cuatro Colegios, y los prelados y párrocos de sus sesenta iglesias. Han construído un tablado en el lugar mismo donde la Santa Inquisición encendió su hoguera. Un hombre está de pie para hablar desde su altura, y agitando el pendón de una nueva nación, pronuncia estas palabras: “ El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende”.

El nombre del general Don José de San Martín subió en clamores hasta el cielo; y el hecho del día fué perpetuado por las inscripciones de una medalla vaciada en bronce imperecedero. Lima juró su Independencia el 28 de julio de 1821, bajo la protección del ejército libertador comandado por San Martín.

Es esta la obra del guerrero. Su espada sólo brilló para emancipar pueblos; y representa la acción exterior de la Revolución de Mayo, saliendo de sus límites natu-

rales, abarcando la mitad de la América con sus vastas concepciones y contribuyendo, con sus generales y sus soldados, a sellar la independencia de muchos pueblos.

NICOLAS AVELLANEDA



LA GRANDEZA DE LOS PUEBLOS

No hay pueblo pequeño. La grandeza de un pueblo no se mide por el número, así como el valor de un hombre no se mide por la estatura. La única medida es la cantidad de inteligencia, la cantidad de virtud. El que da grande ejemplo, es grande. Las pequeñas naciones serán grandes el día en que, al lado de los pueblos fuertes en número y vastos en territorio, que se obstinan en los fanatismos, en el odio, en la guerra, en la esclavitud y en la muerte, practiquen sinceramente, honradamente, la fraternidad; renuncien al sable, supriman el cadalso, glorifiquen el progreso y sonrían serenas como el cielo. Nada de palabras vanas. No basta ser la república: es preciso ser la libertad; no basta ser la democracia: es preciso ser la humanidad.

VICTOR HUGO



LA ARGENTINA

¡La Argentina!

¿Hay lengua humana en la cual estas sílabas dejen de tener una sonoridad de metal precioso? La Argentina se dice en Rusia lo mismo que en España, en la Gran Bretaña lo mismo que en Oriente, en la China lo mismo

que en Grecia, y siempre el alma percibe imágenes de grandeza y de trabajo, imágenes salvadoras para el que no puede contentarse con la vida de su pueblo natal, imágenes halagüeñas y generosas para todos.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO



A MI BANDERA

Bandera querida,
valientes soldados
te dieron su vida.

Tus paños sagrados
llevan en sus vuelos
las glorias más grandes:

sedas de los cielos,
nieves de los Andes,
y el puro cariño
de mi alma de niño.

GERMAN BERDIALES



LA PATRIA

La patria, la vieja patria
que bendigo y que venero,
está en todas las cenizas
que dispersaron los vientos
y está en todos los despojos
que guardan los mausoleos.

La patria, la vieja patria,
la de los heroicos tiempos,
la patria de San Martín,
de Belgrano y de Moreno,
está en aquellas cenizas
y en los despojos aquellos
como en las gotas el mar,
como en las chispas el fuego,
como en las flores el campo,
como en las piedras el cerro,
como la fe en las reliquias
y como Dios en los templos.

GERMAN BERDIALES



LA FRAGATA SARMIENTO

Es de otros tiempos tu gloria,
es de otros tiempos tu estampa,
de los tiempos en que Brown
peleaba por la patria
y entre el fragor del combate
al “¡Rendíos!”, contestaba
mandando clavar su insignia
en el palo que quedara.

De los tiempos en que había
abordajes y piratas,
y con garfios y cadenas
los rivales se amarraban,
y así, amarrados, se hundían
hechos una sola ascua,
porque el barco derrotado
volaba su santabárbara.

De esos tiempos es tu gloria,
de esos tiempos es tu estampa...

Y el viento, todos los vientos,
el agua, todas las aguas,
la tierra, todas las tierras,
el alma, todas las almas,
te saludan en mil lenguas
con los hurras de ordenanza,
porque tú capitaneas,
en las aguas oceánicas,
una histórica escuadrilla
de viejos barcos fantasmas,
en cuyos puentes de mando
los gloriosos muertos mandan.

Brown y Bouchard y Azopardo
esos espectros se llaman,
y ellos también te saludan
con los hurras de ordenanza:

—¡Hurra, hermosa! ¡Hurra, gloriosa!
¡Hurra, intrépida fragata!

GERMAN BERDIALES



A LA PATRIA

¡República Argentina! ¡Patria amada!
Tu espléndida corona, matizada
de bellas flores, las naciones ven:
la cariñosa mano de tus bardos
puso rosas, jazmines, violas, nardos,
entre los verdes lauros de tu sien.

Yo no vengo a mezclar con esas flores
de olímpicos perfumes y colores,
las silvestres y humildes que aquí ves.
Vengo, Patria gloriosa, solamente
a doblar la rodilla, reverente,
y a deshojar las mías a tus pies.

ESTANISLAO DEL CAMPO

(Adaptado)



AL PAMPERO

Hijo audaz de la llanura
y guardián de nuestro cielo,
que arrebatas en tu vuelo
cuanto empaña su hermosura;
ven y vierte tu frescura
de mi patria en el ambiente;
¡ven, y enérgico y valiente,
bate el polvo en mi camino,
que hasta soy más argentino
cuando me azotas la frente!

RAFAEL OBLIGADO



EL TAMBOR DE TACUARI

Es un grupo de argentinos
el que marcha a combatir;
es la patria quien los mueve
y es Belgrano su adalid.
Con la bala y con la idea
traen de Mayo el boletín;

y las selvas paraguayas
van abriendo al porvenir,
mientras juega con sus chismes
el tambor de Tacuarí.

Rompe el aire una descarga,
el cañón entra a crujir,
y un vibrante son de ataque
los empuja hacia la lid.
Bate el parche un pequeñuelo
que da saltos de arlequín,
que se ríe a carcajadas
si revienta algún fusil,
porque es niño como todos
el tambor de Tacuarí.

Es horrible aquel encuentro:
cien luchando contra mil;
un pujante remolino
de humo y llamas truena allí.
Ya no ríe el pequeñuelo:
¡suelta un terno varonil,
echa su alma sobre el parche
y en redobles lo hace hervir,
que es muñeca la muñeca
del tambor de Tacuarí!

“¡Libertad! ¡Independencia!”
parecía repetir
a los héroes de dos pueblos,
que, entendiéndose por fin,
se abrazaron como hermanos;
y se cuenta que, de ahí,
por América cundieron,
hasta en Maipo, hasta en Junín,
los redobles inmortales
del tambor de Tacuarí.

RAFAEL OBLIGADO



¡REPUBLICA ARGENTINA, MADRE MIA!

¡República Argentina, madre mía!
¡Felices ¡ah! los que tu sien miraron
de frescos lauros coronarse un día!,
¡los que tu suelo estéril fecundaron
con sangre de sus venas,
y, anillo por anillo, las cadenas
de la oprobiosa esclavitud trozaron!

Para aquellos heroicos corazones
era música grata,
del Pacífico al Plata,
el solemne tronar de tus cañones.
Sólo a ellos fué dado
contemplar esa mágica belleza
con que, rotas las brumas del pasado,
se levantó tu juvenil cabeza;
sólo a ellos, beber en el reguero
de viva luz que derramó en tu frente,
de Moreno, la mente,
de San Martín, el inflexible acero.

RAFAEL OBLIGADO



EL HIMNO DEL PAYADOR

El sol ya la hermosa frente
abatía, y, silencioso,
su abanico luminoso
desplegaba en occidente,
cuando un grito, de repente,
llenó el campo, y al clamor,
cesó la lucha, en honor
de un solo nombre bendito,

que aquel grito era este grito:
“¡Santos Vega, el payador!”

Mudos ante él se volvieron,
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta,
un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
en los atentos oídos,
porque los labios queridos
de Santos Vega cantaban
y en su guitarra zumbaban
estos vibrantes sonidos:

“Los que tengan corazón,
los que el alma libre tengan,
los valientes, esos vengan,
a escuchar esta canción:
Nuestro dueño es la nación
que en el mar vence la ola,
que en los montes reina sola,
que en los campos nos domina,
y que en la tierra argentina
clavó la enseña española.

“Hoy mi guitarra, en los llanos,
cuerda por cuerda, así vibre:
¡hasta el chimango es más libre
en nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
el rancho aquel que primero
llenó con sólo un ¡te quiero!
la dulce prenda querida,
¡todo!, ¡el amor y la vida,
es de un monarca extranjero!

“Ya Buenos Aires, que encierra
como las nubes el rayo,
el veinticinco de Mayo,

clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
pueblo argentino!, ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
que los que libres se aclaman?
¡De Buenos Aires nos llaman,
a Buenos Aires, volemós!

“¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
para arrojar, con vosotros,
nuestra lanza y nuestros potros
por el vasto continente;
si jamás independiente
veo el suelo en que he cantado,
no me entierren en sagrado
donde una cruz me recuerde,
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado!”

Cuando cesó esta armonía
que los conmueve y asombra,
era ya Vega una sombra
que allá, en la noche, se hundía...
¡Patria! a sus almas decía
el cielo, de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron,
cuando a Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Andes colosal,
hasta aquel día inmortal

en que un grande americano
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

RAFAEL OBLIGADO



CABALLITO CRIOLLO

Caballito criollo del galope corto,
del aliento largo y el instinto fiel,
caballito criollo que fué como un asta
para la bandera que anduvo sobre él.

Caballito criollo que, de puro heroico,
se marchó una tarde de bajo su ombú
y, ansioso de extraños afanes de gloria,
se trepó a los Andes y se fué al Perú...

Se alzará algún día, caballito criollo,
sobre una eminencia, un overo en pie,
y estará tallada su figura en bronce,
caballito criollo que pasó y se fué.

BELISARIO ROLDAN



A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria,
núcleo de inmenso amor desconocido
que en pos de tí me arrastras,
¿bajo qué cielo flameará tu paño
que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rugido del cañón anuncia
el día de la gloria en la batalla,
tú, como el ángel de la inmensa Muerte,
te agitas y nos llamas!

¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
allá voy, allá voy sobre las pampas,
bajo el cañón del enemigo injusto,
a levantarte un trono en su muralla!

¡Ah, que la sombra de la noche eterna
me anuble para siempre la mirada,
si un día triste te verán mis ojos
huyendo en la batalla,
página eterna de argentina gloria,
melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING



EL SOLDADO ARGENTINO

Porque Dios y la Patria lo han querido
va sonriente al horror de la batalla,
y su cuerpo destroza la metralla
y su nombre se pierde en el olvido.

Solo, hambriento, desnudo y perseguido,
agita su pendón en la muralla,
y si enemiga hueste lo avasalla,
muerto lo encuentra pero no vencido.

¡Coronad de laureles al soldado
que sólo al fin de la jornada espera,
de sus cien cicatrices adornado,
con la frente rugosa y altanera,
para cubrir su pecho ensagrentado,
unos girones de la azul bandera!

LEOPOLDO DIAZ



PATRIA

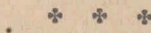
Patria es la tierra donde se ha sufrido,
patria es la tierra donde se ha soñado,
patria es la tierra donde se ha luchado,
patria es la tierra donde se ha vencido.

Patria es la selva, es el obscuro nido,
la cruz del cementerio abandonado,
la voz de los clarines que ha rasgado
con su flecha de bronce nuestro oído.

Patria es la errante barca del marino
que en el enorme piélago sonoro
deja una blanca estela en su camino,

y patria es el airón de la bandera
que ciñe, con relámpagos de oro,
el sol, como una virgen cabellera.

LEOPOLDO DIAZ



LA PATRIA

Dulce nombre que vibra y centellea
es el nombre de patria bendecido;
él mueve el corazón, late en la idea
y arrulla con su mágico sonido.

La patria es el hogar donde nacemos,
la patria es el rincón donde morimos,
la plegaria primera que aprendemos,
la caricia postrer que recibimos.

Patria es el suelo venerable y santo
que el hombre siempre embellecer procura,

el habla maternal y el primer canto,
el aire bienhechor, la luz más pura...

La patria es fe, la patria es heroísmo,
fe del mártir, emblema del soldado,
lazo del porvenir que une al pasado
como puente de luz sobre un abismo.

LEOPOLDO DIAZ



LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
el blanco y el celeste de nuestro pabellón,
por eso en las regiones de la victoria ondea
ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo
para saber qué pueblos necesitaban de él:
y llanos y montañas atravesando, y ríos,
la Libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron
seguir en sus victorias al pabellón azul,
ni la pupila impávida del águila un momento
pudo mirar de frente su inextinguible luz.

¡Alcemos sus colores, con vanidad, hermanos!;
de nuestra gran familia, el apellido es él;
si bandos fraticidas lleváronlo en sus lanzas,
ahora en torno suyo abrázanse también.

JUAN MARIA GUTIERREZ

(Adaptado)



AL SOL

25 de Mayo de 1843

¡Miradlo, si, miradlo! ¿No veis en el Oriente
tiñéndose los cielos con oro y arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente,
ya viene a nuestros cielos el venerado sol.

El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo
que nuestros viejos padres desde la tumba ven,
aquellos que la enseña de Mayo con su brazo
clavaron de los Andes en la nevada sien,

¡Veneración!, las olas del Plata le proclaman
y al Ecuador el eco dilátase veloz;
los hijos de los héroes ¡Veneración! exclaman,
y abiertos los sepulcros responden a su voz.

JOSE MARMOL

. * * *

LA INDEPENDENCIA-1816

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
la derrota doquier, nuestros campeones
que en la tremenda lid fueron leones
ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo duelo
la bandera de Mayo hecha jirones;
el enemigo avanza, sus legiones
cantan victoria, estremeciendo el suelo.

Pero la patria irguiéndose entre ruínas:
¡Atrás!, prorrumpe; libre se proclama,
rompe el vil yugo con potente brazo,

y, triunfantes, las armas argentinas
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo.

CARLOS GUIDO SPANO



CANTO A LA ARGENTINA

¡Salve, noble nación, seguro puerto,
guardado por las olas y los Andes,
ayer, triste desierto,
hoy, pueblo rico, grande entre los grandes!
El Mundo viejo que antes te enseñaba,
hoy aprende de ti, de ti recibe
hasta el mismo sustento de que vive.
Atravesando mares
a ti llegan sus hijos a millares,
a realizar su anhelo
de beber de tu fuente,
de recoger riquezas en tu suelo
y de aspirar venturas en tu ambiente.
Llegan.. y hallan la suerte apetecida,
pues dan a un tiempo, como doble palma,
tu tierra, el rubio trigo: ¡el pan de vida!,
tu aire, la Libertad: ¡el pan del alma!

JUAN A. CAVESTANY



LA PATRIA

¡De pie para cantarla! que es la patria,
la patria bendecida,
siempre en pos de sublimes ideales,

el pueblo joven que arrulló en la cuna
el rumor de los himnos inmortales.
Y que hoy llama al festín de su opulencia
a cuantos rinden culto
a la sagrada libertad, hermana
del arte, del progreso y de la ciencia.

¡La patria!, que ensanchó sus horizontes
rompiendo las barreras
que, en otrora, su espíritu aterraron,
y a cuyo paso, en los nevados montes,
del Génesis los ecos despertaron!
¡La patria!, que olvidada
de la civil querella, arrojó lejos
el fratricida acero
y que lleva orgullosa
la corona de espigas en la frente,
menos pesada que el laurel guerrero.
¡La patria!—en ella cabe
cuanto de grande el pensamiento alcanza;
en ella el sol de redención se enciende,
ella al encuentro del futuro avanza,
y su mano, del Plata desbordante
la inmensa copa a las naciones tiende.

OLEGARIO V. ANDRADE



SAN MARTIN

¡Ayer la servidumbre
con sus sombras tristísimas de duelo!
¡Cadenas en los pies y en la conciencia!
¡La sombra en el espíritu y el cielo!
Hoy, en la excelsa cumbre,
la libertad enciende sus hogueras,

unida en santo abrazo con la ciencia;
los dos genios del mundo vencedores:
la libertad que funde las diademas
y la ciencia que funde los errores.

¡Milagros de la gloria!
¡Tu espada, San Martín, hizo el prodigio!
Ella es lazo que une
los extremos de un siglo ante la historia!
Y entre ellos se levanta,
como el sol en el mar, dorando espumas,
el astro brillador de tu memoria.

¡No morirá tu nombre!
Ni dejará de resonar un día
tu grito de batalla,
mientras haya en los Andes una roca
y un cóndor en su cúspide bravía.
¡Está escrito en la cima y en la playa,
en el monte, en el valle, por doquiera,
y alcanza de Misiones al Estrecho
la sombra colosal de tu bandera!

OLEGARIO V. ANDRADE



EL PASO DE LOS ANDES

¡Ya están sobre las crestas de granito
fundidas por el rayo!
¡Ya tienen frente a frente el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto;
abajo, en las salvajes hondonadas,
la soledad severa del desierto;
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,
los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!
¡Ya relincha el caballo de pelea,
y flota al viento el pabellón altivo,
hinchado por el soplo de una idea!
¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
es la patria, mirada
desde el soberbio pedestal del Ande!
¡El desierto sin límites doquiera,
océanos de verdura en lontananza,
mares de ondas azules a lo lejos,
las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta argentina cordillera,
como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la historia
de pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas;
y con la fe del que a la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
¡se lanzó por las ásperas gargantas
y le siguió rugiendo el torbellino!

OLEGARIO V. ANDRADE



ROMANCE DE AUSENCIAS

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos
en otras tierras lejanas,

pero ninguno tan bello
como esos de mi montaña.

Cantando fuí, peregrino,
por exóticas comarcas,
y ni en los pinos de Roma,
ni en las encinas de Francia,
hallé este dulce misterio
que sazona la nostalgia.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia.

Mística unción del recuerdo
que me estremeces el alma,
trayéndome desde lejos,
como en sutil brisa alada,
un arrullar de palomas
cuando el crepúsculo avanza;
un aromar de poleos,
cuando el viento se levanta;
y en el silencio nocturno
un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia.

¡Ay, cuando volveré a verte,
rústico hogar de mi patria!
Ser quiero yo tu hijo pródigo
que torna a la vieja estancia,
por merendar las colmenas
en tu quebracho enjambradas...
¡Ya en los manjares del mundo,
probé las heces amargas!

¡Ya en la orgullosa melena
me van pintando las canas!

Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

RICARDO ROJAS



ODA DE LAS BANDERAS

Cuando llegan los días consagrados
a celebrar los fastos de la patria,
y el pueblo entero con su voz de bronce,
¡Libertad!, ¡Libertad!, cantando pasa,
nada conmueve más la generosa
fibra nativa cuanto el ver alzadas
con la bandera de la patria nuestra
las cien banderas de las otras patrias.
Patria feliz: el tibio hogar seguro
abras al triste que a tu puerta llama.
Hoy que buscan el sol de tus blasones,
en doméstica paz, todas las razas,
lumbre solar, nueva justicia llegue
a los caídos que en tu umbral aguardan.
Para esa alta ambición se abrió infinita,
campo de libertad, la verde pampa;
se alzó a mostrar el rumbo de tu empresa
con su índice de piedra el Aconcagua;
y el bardo antiguo te cantó en sus odas,
profetizando una futura Atlántida....

RICARDO ROJAS



CLAROBSCURO

El combate cesó. Y en la llanura,
sangriento campo de tenaz batalla,
sólo el clamor del moribundo estalla
entre el silencio de la noche oscura.

Surge de pronto en la ríscosa altura
donde sembró el estrago la metralla,
un guerrero gentil, de enhiesta talla,
imponiendo en las sombras su figura.

Los ojos tiende al campo de pelea,
su pecho oprime con crispada mano,
quiere avanzar y, exangüe, tambalea,
y cae: vacilante se incorpora, aspira,
y con supremo esfuerzo sobrehumano,
¡oh patria!, exclama el paladín, y expira.

DIEGO FERNANDEZ ESPIRO



LA BANDERA

La bandera está tejida con mil hilos delicados
de las almas y las frentes por la patria entresacados
es un palio enriquecido por la gloria y el honor;
es un tul de hebras tejidas con divinos sentimientos,
es un lienzo recamado de sublimes pensamientos,
es un paño todo espíritu y es un velo todo amor.

En un hilo está la pena y está en otro la alegría;
en un hilo está la ciencia y está en otro la poesía;
vibra en éste el entusiasmo, y en aquél llora la cruz;
como ruelas misteriosas los ardientes corazones
hilan, hilan la bandera con altivas pulsaciones
y al impulso de la patria nunca cesan de girar.

La bandera es Evangelio por la raza consagrado,
es el lienzo de sus glorias en el viento desplegado,
el relato de sus triunfos, su grandioso porvenir.

SALVADOR RUEDA



PATRIA FUTURA

Sólo quiero evocar en este instante
para cantarte el himno de victoria,
el fasto inmarcesible de tu gloria,
de tu suelo sagrado el esplendor.
Quiero alzar en tu honor, del pecho mío,
para arrullar tu alma soberana,
la plegaria más pura, más ufana,
que ha vibrado jamás en tu loor.

Cual matrona que ampara en su regazo
con idéntico amor diversa prole,
del Andes familiar, la enorme mole,
de tus hijos los sueños velará.
Y del muro gigante hasta la orilla
del histórico Plata, cien naciones,
ungidas por inéditos blasones,
a tu recio conjuro surgirán.

¡Oh! cuán bella eres ya, pero más bella
todavía serás cual te imagina
mi mente en el futuro, ¡Oh, mi Argentina!
cuyo suelo parece de zafir.
Te veo culminar entre los mundos
destacándote en luz resplandeciente,
como el astro que asoma en el Oriente
esparciendo su diáfano elixir.

Tu destino será maravilloso
porque así lo ha querido la Natura
al verter en tus suelos la hermosura
en eterna y feraz germinación.
Yo presiento tu gloria extraordinaria,
mezcla de amor, de fe y sabiduría,
admiro tu bizarra gallardía
y alabo tu armonioso corazón.

¡Quién me diera vivir un solo instante
en los tiempos futuros para verte
vencedora del Odio y de la Muerte
cumpliendo tu designio singular!
Noble y justa, señora entre los pueblos,
compañera, amorosa, así te veo,
y así voy, deshojando mi deseo,
de tu inmenso santuario ante el altar.

EUGENIO DIAZ ROMERO



CANTO SECULAR

Quiero cantarte, patria, con las glorias
que cóndores andinos encumbraron;
quiero cantarte, patria, con las lumbres
y sombras de tu cielo.

Quiero cantarte, eterna, luminosa,
cual madre de virtudes y progenie
altiva como el sol de tus montañas,
tus ríos y llanuras...

Quiero cantarte el himno perdurable
más que bronces y mármoles de Grecia:
porque tendrá los Andes como apoyo,
la Cruz del sur cual lábaro.

Y en mi canto renazcan las virtudes

que te hicieron, oh patria, poderosa:
cual numen tutelar de las Américas,
con oro de los astros.

¡Patria mía, depongo ante tu ara
el peregrino vaso de mi canto:
y en la lumbre del Plata y la llanura
por siglos resplandezca!

JORGE M. ROHDE



LIBERTAD

¡Como prende su túnica de raso
con su joya mejor la soberana,
como entre todas las estrellas reina
el lucero magnífico del alba,

así pálida

y así gallarda,

sobre todos los pueblos de su estirpe
resplandor y joyel, surge mi Patria!

Como buscan la luz y el aire libre
las macilentas hierbas subterráneas,
como ruedan tenaces y tranquilas
al anchuroso piélago las aguas,

así sedienta

y así porfiada,

la triste humanidad se precipita
al pie de la bandera azul y blanca.

¡Allí va congregándose a su sombra
para formar después una montaña!,
¡allí van adhiriéndose en el tiempo,
partícula a partícula las razas!,

¡allí se funde

y allí se amasa

el hombre tal como surgió en la mente
del Autor de los orbes y las almas.

ALMAFUERTE (Pedro B. Palacios)



EL MATE AMARGO

No sé qué tiene de rudo ; no sé qué tiene de áspero ;
no sé qué tiene de macho,
el mate amargo.

El sirve para todo ;
para lo bueno, para lo malo ;
él lava los dolores del pecho a cada trago ;
es el cúralotodo en la casa del gaucho ;
alegra la alegría y destiñe la pena,
el mate amargo.

El es contemporáneo de la bota de potro,
y de las nazarenas, y de la guitarra ;
pero de la guitarra que usaba cintas,
— como las chinas —
cintas celestes o coloradas.

En el campo
no hay boca masculina que rehuse besarlo,
ni manos callosas que no le hagan un hueco
al mate amargo.

¡Cómo me siento suyo ; cómo lo siento mío,
al mate amargo ;

yo lo llevo disuelto en la sangre
como un jugo americano !

No sé que tiene de símbolo,
el mate amargo ;
por el pico plateado de la bombilla
canta de madrugada como un pájaro gaucho.

FERNAN SILVA VALDES



GRANADEROS A CABALLO

Con arretrato de horda va el corcel formidable.
Enredado a sus crines ruge el viento de Dios.
Sobre el bosque de hierro vibra en llamas un sable
que divide a lo lejos el firmamento en dos.
La montaña congénere, donde el cóndor empluma,
sonreída de aurora despertó a ese tropel
de Patria, y la simétrica marea ungió en la espuma
de un brindis gigantesco, los flancos del corcel.
La tierra devorada por los cascos, se abisma
en el tremendo vértigo que arrastra aquel alud;
y el Himno natal surge del trueno, con la misma
voz que estalló en clarines "en los campos del Sud".
¡Tufo de potro, aroma de sangre, olor de gloria!...
La hueste bebe el triunfo cual sublime alcohol,
y la muerte despliega sobre su trayectoria,
acabada la tierra, la mar de luz del sol.

LEOPOLDO LUGONES



EL TESORO DEL PAIS ARGENTINO

Las catorce provincias argentinas un día
reuniéronse a la sombra protectora del Ande,
para saber cuál de ellas, dichosa, poseía
del país lo más noble, más hermoso y más grande.
Mentó la docta Córdoba su casa de doctores;
Tucumán, sus ingenios y sus cañaverales;
San Luis, sus tersos mármoles rayados de colores;
Corrientes y Santiago sus selvas tropicales.
Santa Fé, sus pobladas y fértiles campiñas;
Entre Ríos, sus costas de perlas y esmeraldas,
que cuelgan de sus cerros tejidas en guirnaldas,

y Mendoza, la sangre de sus pomposas viñas.
La Rioja y Catamarca, sus valles y montañas;
Salta y Jujuy, sus bellas y antiguas heredades;
San Juan, la vena de oro que hierve en sus entrañas;
Buenos Aires, sus pampas cubiertas de ciudades.
Presente la República, alzó su voz altiva:
—Ninguna de vosotras en sus lindes encierra—
les dijo noblemente—, como dueña exclusiva,
la más preciada joya de la argentina tierra.
En todos vuestros campos existe ese tesoro;
donde hay un argentino se encuentra por doquiera.
—¿Cuál es?— le preguntaron las provincias en coro.
Ella, mostrando el cielo, repuso:—La Bandera.
Y entonces las provincias, tendiéndose las manos,
clamaron inspiradas por la gracia divina:
—Es cierto; ni ciudades, ni montañas, ni llanos;
¡es nuestra mayor gloria la Bandera Argentina!

CARLOS OCTAVIO BUNGE



LA MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.
La espada se anuncia con vivo reflejo;
¡ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!
Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y
[Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus
[largas trompetas,
la gloria solemne de los estandartes
llevados por manos robustas de heroicos atletas.
Se escucha el ruido que forman las armas de los caballe-
[ros,

los frenos que tascan los fuertes caballos de guerra,
los cascos que hieren la tierra,
y los timbaleros
que el paso acompañan con ritmos marciales.
¡Tal pasan los fieros guerreros
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,
su cálido coro,
que envuelve en un trueno de oro
la augusta soberbia de los pabellones.
El dice la lucha, la herida venganza,
las ásperas crines,
los rudos penachos, la pica, la lanza,
la sangre que riega de heroicos carmines
la tierra;
los negros mastines
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos
anuncian el advenimiento
triunfal de la Gloria;
dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.
Señala el abuelo los héroes al niño:
Ved cómo la barba del viejo
los bucles de oro circunda de armiño.
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,
y bajo los pórticos, vénse sus rostros de rosa;
y la más hermosa
sonríe al más fiero de los vencedores.
¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;
honor al herido y honor a los fieles
soldados que muerte encontraron por mano extranjera!
¡Clarines! Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,
desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:
las viejas espadas de los granaderos más fuertes que
[osos,

hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.

Las trompas guerreras resuenan;

de voces los aires se llenan...

A aquellas antiguas espadas,

a aquellos ilustres aceros,

que encarnan las glorias pasadas;

y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,

y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros;

al que ama la insignia del suelo materno;

al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la

[mano,

los soles del rojo verano,

las nieves y vientos del gélido invierno,

la noche, la escarcha

y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,

¡saludan con voces de bronce las trompas de guerra

[que tocan la marcha

triumfal!...

RUBEN DARIO



LA SOMBRA DE LA PATRIA

Los que sabéis de amor, de amor heroico,
que palpita en el pecho y lo dilata,
que reside en el ser y lo embellece,
que se apropia un insecto y lo agiganta;
los que sabéis de amor, bravos donceles,
fuertes, altivos, locos, entusiastas,
que apenas penetráis en el santuario
de la perpleja pubertad sagrada;

vosotros, sí, vosotros ¡oh mancebos!
llenos aún de la infantil fragancia,
que todavía honráis a vuestras madres,
que todavía las juzgáis las amas,
que todavía las pensáis las reinas
de las demás mujeres humilladas,
que todavía les tejéis coronas
de besos resonantes como dianas,
de besos refulgentes como estrellas,
de besos impalpables como almas,
para su sola frente pensadora,
su solo corazón lleno de gracia,
su sola majestad indiscutible
y su sola virtud insospechada;
vosotros, sí, vosotros: los confiados,
los sencillos, los nobles, los que aman,
los intactos, los puros, los que tienen,
la foja de la vida toda blanca
porque aún no pusieron, ¡ni la pongan!,
sobre la fría realidad la planta,
porque aún no dejaron, ¡ni los dejen!,
pedazos de vellón entre la zarza,
porque aún en sus pechos, como un ángel,
su corazón feliz bate las alas;
vosotros, sí, vosotros: los mejores,
pues que sois, todavía, una esperanza;
pues que sois, todavía, el cofre lleno
de la fortuna entera del mañana,
pues que sois, todavía, la vislumbre
del sol desconocido que se aguarda,
pues que sois, todavía, una promesa,
como sois a la vez una amenaza,
volved los rostros a la sombra ilustre
que por la mente del poeta pasa
como un lirio lloroso, como un astro
que se abisma en el éter y naufraga...
Mas si al poner los ojos en aquellos

divinos ojos que a la tierra baja,
no sentís que os invaden las tinieblas
como si fuera Dios quien los bajara;
si al contemplar su seno desceñido,
que su solo pudor sólo recata,
no sentís, allí mismo, las mejillas
en torrentes de púrpura inundadas;
si al escuchar sus ayes angustiosos
de leona triste que gimiendo brama,
no sentís un poder incontrastable
que os impone salvaros y salvarla,
que os inspira el afán de la grandeza
dentro de la justicia y la templanza,
que os inyecta en los huesos, como un filtro,
la generosa médula de Esparta,
arrancaos, a puñados, de los rostros
las mal nacidas juveniles b̄rbas,
y dejad escoltar a vuestras novias
la sombra de la Patria!

ALMAFUERTE (Pedro B. Palacios)



II

DIA DE LA MADRE

EL COMPAÑERO

Mamá, papá y yo, estábamos ayer rodeando a mi hermanito que, como otras veces, probaba de dar los primeros pasos. El pobrecito nos sonreía algo angustiado, como si quisiera decirnos: —¡Sí, ustedes se ríen, pero esto ya es mucho pedirle a un nene de trece meses!

Por fin, tras mil bamboleos, ensayó un paso y otro, y otro aún. Ya se caía, ¡borrachito de miedo!...

Papá corrió para sostenerlo pero, en esto, el nene se dió vuelta y, marcando el paso como un soldado, se vino derecho a mí.

Entonces, muy serio, papito me dijo: —El nene te ha preferido, porque, desde ahora, además de tu hermanito, él va a ser tu compañero, tu mejor compañero.

Y yo... yo me eché a llorar como una tonta...

GERMAN BERDIALES



MIS OJITOS

¡Manita, mis ojos son unos pícaros! Anoche me moría de sueño y ellos no querían dormirse. Los apreté con los dedos para que estuviesen más oscuros. Y entonces encendieron unas estrellitas y siguieron jugando como dos lauchas en sus cuevas o dos gorrones en sus nidos.

¿Jugarán a las escondidas?

Los ojitos, mamita, deberían sacarse de noche, porque incomodan, igual que las peinetas y las alhajas. Al acostarme los guardaría con mi anillo, mi pulsera y mi collar, porque usted me ha dicho que mis ojos son dos joyitas.

Y a la mañana, ¡qué risa!, para adivinar cuál es el de la derecha y cuál el de la izquierda... Usted sabría, porque también mis zapatitos son iguales y conoce el de este pie y el de este otro.

Y si no se encontrara la llave del joyero, como aquella vez, tendría que andar a tientas como en ese juego de la gallina ciega, o me pondría los suyos que son negros, negros como el sueño.

¿Usted ve clarito como yo, que los tengo celestes? Verá como a través de vidrio ahumado, ¿no?

Los ojos tienen adentro unos pocitos llenos de agua y, cuando lloramos, se vacían.

Mamita, ¿y cómo volverán a llenarse los pocitos?

GERMAN BERDIALES



MATERNIDAD

Por ingrato y descastado que un hijo se muestre y por mucho que se degrade en el vicio o en el crimen, siempre está seguro del amor de su madre, que no lo abandonará aunque todo el mundo lo abandone.

Así dice Rudyard Kipling en su poesía "Amor maternal" .:

"Si me ahorcaran en la más alta montaña, sé, ¡oh! madre, que hasta allí me seguiría tu amor.

Si en el más profundo mar me ahogara, sé, ¡oh! madre mía, que hasta allí llegarían tus lágrimas.

Si me maldijeren en cuerpo y alma, ¡oh! madre mía, sé que tus oraciones invalidarían la maldición".

Seguramente no hay otro amor tan intenso como el de la madre, que acompaña al hijo desde la cuna hasta el sepulcro, sin abandonarlo jamás por muy desgraciado o perverso que llegue a ser.

ORISON SWETT MARDEN



UNA MADRE.

Observaba con frecuencia a una pobre mujer que tenía un pequeño puesto de diarios y revistas, no en un quiosco, sino en plena vía pública. Estaba allí, bajo la lluvia, el viento o el sol, con un niño de pecho en sus brazos. Sus vestidos, lo mismo que los pañales de su criatura, estaban siempre muy limpios.

Cierta vez, una señora rica pasó ante la infeliz y la reprochó porque no había dejado en su casa al pequeño, que allí no le servía más que de estorbo.

En otra ocasión, un sacerdote se acercó a ella y pretendió que le dejara llevar el niño a un asilo.

La pobre madre, se lo agradeció con muy buenas maneras, pero, ¡hubiérais visto con qué mirada contempló a su hijo!; ¡si hubiera tenido frío, aquella mirada lo habría calentado!; ¡si hubiera estado muerto, aquella mirada lo habría hecho revivir!

Pero el niño dormía, y ni siquiera una sonrisa de sus labios podía recompensarla.

Esa mujer era una madre. Sabía que un hijo es una bendición.

Si yo fuera pintor la pintaría en aquella actitud.

SEREN KIERKEGAARD



LA LOBA, LA LOBA

La loba, la loba
le compró al lobito
un calzón de seda
y un gorro bonito.

La loba, la loba
salió de paseo
con su traje rico
y su hijito feo.

La loba, la loba
vendrá por aquí,
si esta niña mía
no quiere dormir.

JUANA DE IBARBOUROU



A MAMITA

No dicen las palabras,
mamá, cuanto te quiero;
ni siquiera lo dice
la música del verso,
que amor habla un idioma
purísimo y secreto,
idioma de suspiros
con música de besos.

Si quieres escucharlo
acércate a mi pecho:
¡que el corazón te diga
lo mucho que te quiero!

GERMAN BERDIALES

LA MADRECITA

Upa, lalá,
qué rica es la nena, ¿verdad?
¡Upa, lalá!
Ricura, tesoro, mi encanto, mi amor.
¡Upa, lalá!
Tan preciosa ella, la chiquitirrica.
¿Quién quiere a mamá?
Ponga sus bracitos aquí sobre el cuello,
guirnalda más bella no pude soñar.
¿A ver los ojitos? Mire a su mamá,
tesorito mío, ¡upa, lalá!
¿A ver la boquita? ¿Le saldrá algún diente?
Chiquitirrica, pronto le saldrá.
¡Ay, cómo se ríe la picaronzuela,
ella está contenta, así como está.
A ver un besito, ajó la preciosa,
ajó la chiquita, ajó a su mamá.
¿Cuándo se decide a dar un pasito?
No hay que tener miedo, uno nada más.
A ver, derechita, queridita mía,
¿ha visto qué fácil? Uno ya está.
¿La dejamos sola? Solita, solita,
no, no tenga miedo, no se caerá
¿Y ese pucherito? Venga mi tesoro,
no llore mi encanto, vamos a pasear.
¡Upa, lalá; upa, lalá, upa, lalá!...

JULIA BUSTOS



CAPERUCITA

Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en dónde está?

—Al viejo bosque se fué por leña,
por leña seca para amasar.

—Caperucita, dí, ¿no ha venido?,
¿cómo tan tarde no regresó?

—Tras ella todos al bosque han ido,
pero ninguno se la encontró.

—Decidme, niño, ¿qué es lo que pasa?
¿por qué esos llantos? ¿por qué esos gritos?
¿Caperucita no regresó?

—Sólo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

FRANCISCO VILLAESPESA



SANTA MARIA

Por los molinos y por las granjas,
dando a los niños pan y naranjas,
dicen los viejos de la alquería
que anda de noche Santa María.

Olor a rosas dejan sus huellas,
lleva un gran manto lleno de estrellas,
sopla en las ramas, y brotan flores;
suspira, y cantan los ruiseñores.

Su cabellera mana rocío
y se abre en sendas de plata el río
para que pase por la ribera
sin que se moje los pies siquiera.

Ronda de noche por los casales,
grana la espiga de los trigales,
y con sus manos llenas de luna
madura el fruto de la aceituna.

Y cuando pasa por los alcores
callan los perros de los pastores,
y meneando la larga cola,
¡cómo va triste, cómo va sola!...,
con sus hocicos negros y rudos
van a lamerle los pies desnudos;
se inclina al lecho del moribundo,
y, cuando lanza su adiós al mundo,
recoge el alma y emprende el vuelo
¡hasta su hijo que está en el cielo!

Por los molinos y por las granjas,
dando a los niños pan y naranjas,
dicen los viejos de la alquería
¡que anda de noche Santa María!

FRANCISCO VILLAESPEÑA



MECIENDO

El mar sus millares de olas mece divino.
Oyendo a los mares amantes mezo a mi niño.
El viento errabundo en la noche mece los trigos.
Oyendo a los vientos amantes mezo a mi niño.
Dios padre sus miles de mundos mece sin ruido.
Sintiendo su mano en la sombra mezo a mi niño.

GABRIELA MISTRAL



LA CANCIÓN DE LAS MADRES

La canción de las madres
es una delicada
canción de besos...
breve canción que dura
lo que los hijos
en el regazo...
los hijos tiernos,
¡hermosos y fugaces
como las flores!..

Junto a la cuna
cantan las madres;
su canción es caricia,
queja, suspiro...

“La estrella de mis ojos
ya está durmiendo...
¡Ni los ángeles tienen
tan dulce sueño!...”

¡Madres!... ¡Madres!... Misterios
de inefable ternura:
sagrados vasos de la vida. ¡Santas!...
Yo me prosterno ante vosotras, beso
donde pisáis y os rindo
mi adoración en elevado culto.

VICENTE MEDINA



LA NIÑA BUENA

—Niña, se ve que eres buena;
niña, se ve que eres sana;
niña, se ve que eres limpia
como los chorros del agua.
¿A dónde vas tan ligera
y sola, tan de mañana?

¡Como una rosa de Mayo
llevas de hermosa la cara!

—Voy a la fábrica aquella
que está al pie de la montaña:
aquella grande que tiene
las chimeneas tan altas.

Voy ligera porque pronto
darán las tres campanadas,
y quiero estar en mi puesto
para no perder la plaza.

Mantengo a tres hermanitos;
mi madre está enferma en cama;
mi padre, que era tan bueno,
hace un año que nos falta.

Me levanto muy temprano,
aún más temprano que el alba,
y ya me dejo a estas horas
arregladita la casa...

—Anda con Dios, hija mía:
si hermosa tienes la cara,
¡más hermosa, niña buena,
debes de tener el alma!

VICENTE MEDINA



LOS TRES NENES

Me asomaba a verlos
pasar por mi puerta:
tres nenes hermosos
qu' iban a la escuela...

los tres pequeñicos, los tres casi iguales...
¡tres caras bonicas como tres estrellas!
¡Iban tan limpicos!... A la madre, siempre,
la veía en ellos, sin saber quien era:
me la imaginaba
como el pan de buena...

me la imaginaba, por lo curiosica,
¡como el agua pura que nace en las peñas!...

Iban tan limpicos,
que yo me decía: de seguro que ella
los viste y se mira, como en tres espejos,
en sus tres hijicos... ¡como si lo viera!

En algunos días
no vi por mi puerta
pasar a los nenes
y, sintiendo pena,
pregunté por ellos y me contestaron:
—¡Lástima de hijicos!... no van a la escuela
porque está su madre malica en la cama,
que Dios se la lleva!

.....
.....
Al poquico tiempo pasaron los nenes,
otra vez junticos, los tres por mi puerta...
¡llevaban al cuello
la cintica negra!
Sin que la llevaran,
su esgracia se viera:
iban dejaícos... sin aquel apañño
propio de la madre... ¡sin la gracia aquella!...
¡Lástima de hijicos!...
¡se me heló, de verlos, la sangre en las venas!

VICENTE MEDINA



MADRE MIA

Al dormirme tranquilo en la noche,
¿quién, amante, mi frente acaricia?
¿Quién me da de mañana sus besos?
Tú, madre mía.
¿Quién alienta, afanosa, mis pasos?
¿Quién, con voz de ternura exquisita,
mis errores de niño corrige?

Tú, madre mía.

¿Quién, con todos, es dulce y es buena?
¿Quién al triste acompaña en sus *cuñtas*?
¿Quién me infunde el amor a los hombres?

Tú, madre mía.

Cuando el tiempo tu rostro marchite
y tu voz y tus fuerzas se extingan,
¿quién por ti velará cuidadoso?

Yo, madre mía.

RODOLFO MENENDEZ



ACUARELA

Es la mañana: lirios y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
va a juntar flores para mamá,
y es tan hermosa que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
de pensamientos y de arrayán,
gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
y cuando en ellas no caben más,
con su tesoro de mil colores
vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
sus dos mejillas se ven brillar,
y la persiguen las mariposas
que en los jardines vienen y van.

RAFAEL OBLIGADO



DE LAS MADRES QUE TIENEN A SUS HIJOS EN BRAZOS

¡Dulce Jesús, que estás dormido!
¡Por el santo pecho que te ha amamantado,
te pido
que este hijo mío no sea soldado!
Se lo llevarán,
¡y era carne mía!
Me lo matarán,
¡y era mi alegría!
Cuando esté muriendo,
dirá: ¡madre mía!,
y yo no sabré
la hora ni el día...
¡Dulce Jesús, que estás dormido!
¡Por el santo pecho que te ha amamantado,
te pido
que este hijo mío no sea soldado!

GREGORIO MARTINEZ SIERRA



EL CONSEJO MATERNAL

—Ven para acá, me dijo dulcemente
mi madre cierto día,
(aún parece que escucho en el ambiente
de su voz la celeste melodía).

—Ven y dime qué causas tan extrañas
te arrancan esa lágrima, hijo mío,
que cuelga de tus trémulas pestañas
como gota cuajada de rocío.

—Tú tienes una pena y me la ocultas:
¿no sabes que la madre más sencilla
sabe leer en el alma de sus hijos
como tú en la cartilla?

¿Quieres que te adivine lo que sientes?
Ven para acá, pilluelo,
que con un par de besos en la frente
disiparé las nubes de tu cielo.

Yo prorrumpí a llorar.—Nada,—le dije—
la causa de mis lágrimas ignoro;
pero de vez en cuando se me oprime
el corazón, y lloro!...

Ella inclinó la frente pensativa,
se turbó su pupila,
y enjugando sus ojos y los míos,
me dijo más tranquila:

—Llama siempre a tu madre cuando sufras,
que vendrá, muerta o viva;
si está en el mundo a compartir tus penas,
y si no, ¡a consolarte desde arriba!...

Y lo hago así cuando la suerte impía
como hoy perturba de mi hogar la calma;
¡invoco el nombre de mi madre amada
y entonces siento que se ensancha el alma!

OLEGARIO V. ANDRADE



AMOR DE MADRE

Joven aún, entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido.
La vió la noche calentar sus crías,
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió las alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutos la garganta llena
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa
y, sin embargo, disparóle un tiro...
Ella, la pobre, en su estertor de muerte,
abrió las alas y cubrió a sus hijos.

VICTOR HUGO



MI MADRE

No siempre el tiempo borra la hermosura
ni la marchitan llanto y desengaños:
mi buena madre, ya agobiada de años,
más hermosa parece a mi ternura.

Todo: su acento, su mirar, su trato,
me toca el corazón tan dulcemente,
que si fuese pintor, constantemente
haría su retrato.

Mas, si el cielo mis ruegos escuchara,
no pidiera en verdad el don divino
de Rafael de Urbino
para exornar de resplandor su cara...

Trocar querría yo vida por vida,
darle en ofrenda mi vigor lozano:
verme yo convertido en un anciano
y a ella de dicha y juventud henchida.

EDMUNDO DE AMICIS



LOS HIJOS Y LOS PADRES

Ni arrastrada un pastor llevar podía
a una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que, inconstante,
marchar junto a la madre no quería.

—¡Necio!—al pastor un sabio le decía
—al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.

Tal consejo el pastor creyó sencillo;
cargó la cría y se marchó corriendo,
llevando el animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal lo fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

RAMON DE CAMPOAMOR



LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros, metidos
en jaula de metal guardó un cabrero,
y a cuidarlos voló, desde el otero,
la pareja de padres afligidos.

“Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos a cuidar con tanto esmero,
ver cómo cuidan a los padres quiero,
los hijos por amor y agradecidos”.

Deja entre redes la pareja envuelta;
la puerta abre el pastor del duro alambre,
cierra a los padres y a los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató a los padres el dolor y el hambre.

RAMON DE CAMPOAMOR



EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO

Bramaba el viento, agitado,
cuando subían a un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo, desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y—“marcha”—al joven le dijo,
“no encuentres cual yo la muerte”. —
—“Pues, adiós”—contestó el hijo,
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que, más fiel, el alano
quedó a morir con su dueño.

RAMON DE CAMPOAMOR



LOS HUERFANOS

Ellos no saben nada, más lo presienten todo.
Cuando el padre los besa con su fervor de hombre
parece que sus labios balbucearan el nombre

de un ser que los besaba también del mismo modo.
Ellos no saben nada de lo que ya no existe.
Pero en sus grandes ojos de inocencia y de cielo,
flota como el presagio de un íntimo desvelo
en la profunda ojera y en la mirada triste.
Ellos no saben nada ni han de saberlo nunca.
Un foso de la vida dejó la historia trunca.
¿La tragedia? ¿La muerte? ¿La asfixia de la vida?
¡Oh, la cuna sin madre, y el sueño sin regazo,
y el Buen Día sin besos y el Adiós sin abrazos
y este abismo espantoso que dejó su partida!...

MARIO BRAVO



EL CANTO MATERNO

Postrado el padre en miserable lecho
está por espantosa y cruel dolencia;
cercano halla el final de su existencia
y sollozos exhala de su pecho;
mañana su familia, en la indigencia,
por siempre llorará su eterna ausencia,
de duelo horrible el corazón deshecho.
Allí, mientras se queja el infelice,
la dulce esposa canta, y él le dice:
—“¿Cómo cantas, mujer, mientras me aflijo?”
Ella le muestra el niño entre sus brazos,
y dice — con el alma hecha pedazos:
—“Canto... porque no llore nuestro hijo...”

JACINTO VERDAGUER



TUMBAS HUMEDAS

Al ocultarse el sol tras la montaña,
me dirigí ayer tarde
al triste sitio, donde al fin, concluyen
las locas vanidades.
Mirando los altísimos cipreses
y los llorosos sauces,
y la fosa común y el mausoleo
de cincelado jaspe,
sentí en lo más profundo de mi alma
dolor inexplicable,
al ver que, hasta en la casa de los muertos,
existen los contrastes.
Otra cosa observaba, al poco rato,
con extrañeza grande:
muy húmedas estaban unas tumbas,
otras secas hallábanse.
“Decidme,—pregunté al sepulturero—
¿cómo puede explicarse
que, mientras unas tumbas están secas,
otras húmedas se hallen?”
Y el viejo guardador de los difuntos,
repuso con voz grave:
“Los que reposan en las tumbas secas,
señor,... no tienen madre”.

JULIO A. CALCAÑO



EL TRAJE DE LA ABUELA

Una niña bonita
halló en un mueble antiguo,
como si fuese nuevo,
un precioso vestido.

Lo desdobló curiosa
y lo admiró por rico,
que hoy no se hacen géneros
tan nobles y tan finos.

El suntuoso damasco
de la falda, el corpiño
de raso y terciopelo,
el moaré del cintillo
denunciaban espléndido
buen gusto, arte infinito.

Todo se conservaba,
hasta una piel de armiño
que a la ligera el tiempo
patinó de amarillo,
en el mejor estado,
flamante, nuevecito.

Era sin duda el traje
de la abuela, que el lindo
retrato de la sala
reproducía. Altivo,
señorial y gallardo
era su hermoso tipo,
y a ella la envaneecía
hallarse un parecido
con aquella abuelita
de aspecto tan magnífico.
¡Qué idea encantadora
le inspiró aquel vestido!...

Deshizo en un instante
sus espléndidos rizos
y recordó el peinado
del retrato, que quiso
y logró exactamente
mirar reproducido;
cambió el moderno traje
por el vestido antiguo,
marcó su delicioso

talle con el justillo,
esparció la ancha falda,
calzó los zapatitos,
ciñó a su blanco cuello
el patinado armiño
y se miró al espejo...
¡Oh divino prodigio!
La encantadora abuela
se encontraba allí mismo,
amante, sonriéndola
con amor infinito.
Sus labios se juntaron
en el cristal limpísimo,
y el augusto pasado
y el presente florido
sus almas reunieron
en un solo cariño.

JUSTO S. LOPEZ DE GOMARA



DRAMA NOCTURNO

El niño duerme y en su frente pura
son los bucles de humo vaporoso y dorado,
y en la mano de rosas asegura
el sonajero, de reir cansado.
En la alcoba infantil, como en un nido,
cubierta con el ala la pensativa frente,
el Angel de la Guarda se ha dormido;
mas la luz de sus ojos dulcemente
atraviesa los párpados y el ala;
como un río de seda, el silencio resbala.
En la estancia contigua,
como sabe que nadie puede oírlo

el cucú del reloj canta la antigua
canción que en Nuremberg cantaba un mirlo.

De pronto salta un duende por la abierta ventana
y trota hacia el espejo con trote de ratón;
tiene los pies de lana
y en la mano un pedazo de carbón.

Adopta una postura lo más ceremoniosa
ante el espejo, luego se hace un guiño
y ríe con su risa feliz de anciano niño.
que le llena de hoyuelos las mejillas de rosa.
Después, en la pared más ancha de la alcoba,
con el trazo infantil de su carbón dibuja
una imponente bruja
cabalgando en su escoba.

Una bruja que tiene feas patas de cabra
y un mochuelo posado sobre el hombro;
y ríe locamente pensando en el asombro
que va a tener el niño cuando los ojos abra.

Mas ya despertó el ángel y en vuelo de paloma
ha llegado hasta el duende que asustado lo mira;
con sus dedos de plata por el cuello lo toma,
y sobre el césped del jardín lo tira...
Y sonríen sus labios con sonrisa indulgente,
mirando huir al duende con la mano en la gorra...
Entorna la ventana, suspira dulcemente
y con el ala blanca la bruja negra borra.

CONRADO NALE ROXLO



EL ROSARIO DE MI MADRE

De la pobreza de tu herencia triste,
sólo he querido, oh madre, tu rosario;
sus cuentas me parecen el calvario
que en tu vida de penas recorriste.

Donde los dedos, al rezar, pusiste,
como quien reza a Dios ante el sagrario,
en mis horas de errante solitario
voy poniendo los besos que me diste.

Los cristales prismáticos y oscuros,
collar de cuentas y de besos puros,
me ponen al dormir, círculo bello.
Y de mi humilde lecho entre el abrigo
¡me parece que tú rezas conmigo
con tus brazos prendidos a mi cuello!

SALVADOR RUEDA



LAS MANOS DE MI MADRE

Esas manos sagradas me han regalado
haciendo con sus brazos cuna bendita;
y a su vaivén glorioso me han columpiado
con su dulce paciencia, que es infinita.
Esas manos bruñidas, manos de hada,
tuvieron, como un manto de la riqueza,
a mi cuerpo de niño, siempre ajustada
la túnica de luces de la limpieza.
¿Con qué, manos piadosas, pagar pudiera
tanto amor, tantos bienes, tanta hidalguía?
Daros el alma toda, muy poco fuera,
pues, si no es por vosotras, no existiría.
Mi corazón que vibra con ciego brío,
poco es para pagarte siendo quien eres;
con la mitad del tuyo formóse el mío
y vivo de prestado porque tú quieres.
Daros mi sangre ardiente, no fuera nada,
pues la que tengo, ¡oh madre!, tú me las ha dado,
y en vez de en tus arterias latir aislada,
hasta las venas mías la has prolongado.

No se paga con nada lo que tú has hecho;
soy la mitad, y nada darte podría;
si quiero el pecho darte, tuyo es mi pecho;
si quiero darte el alma, tuya es la mía.

Vosotras, manos fieras de criminales,
tocad las de mi madre, manos preciadas;
tocad sus dedos justos y celestiales
y os volveréis, de pronto, puras y honradas.

Vosotras, las de tintas inmaculadas,
manos de las ternuras, manos de niños;
venid hacia mi madre, como bandadas,
y aprended de sus manos a hacer cariños,
Vosotras las del hombre, manos potentes,
cuyo fecundo impulso no halló medida:
si sois de la energía dos ricas fuentes,
fueron las de mi madre ríos de vida.

Vosotras sois mis sueños y mi locura,
¡oh manos de mi madre, santificadas!,
destrenzarlas mil veces es mi ventura;
y es mi dicha, mil veces verlas trenzadas.

SALVADOR RUEDA



LA NUBE

Lo mismo que un ensueño, se alzó de un lago azul,
y se fué por los aires, como un ángel, al cielo.
Perdiase en la altura, cual irisado tul,
con su cuerpo de lágrimas y su ánima de vuelo...

Iba cambiando formas, como cambia una idea,
alegre de tan leve, ligera de tan pura;
entregándose al sol, alumbraba una aldea,
y a través de las noches, llevaba su blancura...

Era una nube extraña cual un recuerdo vago,
que había recorrido ya muchos horizontes
sin derramar sus aguas, siempre como un amago,
sobre los valles tiernos y los áridos montes.

El labrador al verla, decía: —“Es mi fortuna”;
y el párroco del pueblo: —“Se ha cumplido un
[milagro”.

Le cantaban los líricos seres de una laguna,
y la miraba ansiosamente, el ganado magro...

Pero ella proseguía cabalgando en los vientos,
ebria de azul espacio, como una vida bella...
Era un deseo informe de los campos sedientos:
Pasaba, y los jardines suspiraban por ella...

Un día se detuvo, tal vez para pensar
si daría a una playa salobre su dulzura;
mas luego siguió andando, carabela en un mar,
como si fuera poca toda aquella amargura.

Por fin, en un desierto vió una tumba, una cruz
y un nombre; sólo un nombre que el tiempo
[obscurecía
y empezó a desgarrarse su hondo seno de luz,
para vencer las sombras del pobre que dormía.

Y sacudió a la tierra, sin despertar al muerto;
y se deshizo en llanto, cual fantástica viuda;
y derrochó el tesoro que tenía encubierto,
dándose en dulces besos, hasta quedar desnuda.

Y después batió el vuelo. Parecía un alma sola...
Transparentaba estrellas, ya no era más que un tul
que se iba deshaciendo como una débil ola.
Y al lado de la tumba brotó una flor azul...

PEDRO MIGUEL OBLIGADO



“MAMBORETA”

Así la llaman todos los chicos de Palermo.
Es la risa del barrio con su rostro feúcho
y su andar azorado de animalito enfermo.
Tiene apenas diez años, pero ha sufrido mucho...

Los domingos temprano, de regreso de misa,
la encuentran los muchachos vendedores de diarios,
y enseguida comienzan la jarana, la risa,
y las zafaduras de los más perdularios.

Como cuando la gritan su apodo no responde,
la corren, la rodean y: —“Mamboretá” ¿en dónde
está Dios?”, la preguntan los muchachos traviesos.

Mamboretá suspira, y si es que alguno insiste:
—¿Dónde está Dios? — le mira mansamente con esos
sus ojos pensativos de animalito triste.

II

Una viuda sin hijos la sacó de la cuna,
y alguien dice, con mucha razón, que lo hizo adrede,
de bruja, de perversa nomás, pues le da una
vida tan arrastrada, que ni contar se puede.

Mamboretá trabaja desde por la mañana;
sin embargo no faltan quienes la llaman floja,
la viuda, sobre todo, la trata de haragana,
y si está con la luna de cuanto se le antoja:

—“La inútil, la abriboca, la horrible, la tolola...”
Mamboretá no ha oído todavía una sola
palabra de cariño! ¡Pobre Mamboretá!

Todo el mundo la grita, todos la manosean,
y las mujeres mismas a veces la golpean...
¡Ah, cómo se conoce que no tiene mamá!

EVARISTO CARRIEGO



LA SILLA QUE AHORA NADIE OCUPA

Con la vista clavada sobre la copa
se halla abstraído el padre desde hace rato:
pocos momentos hace rechazó el plato
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó enfrente.

Y mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas
porque, insistentemente, como empujado
por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuando será el regreso de la mamá.

* EVARISTO CARRIEGO



HAY QUE CUIDARLA MUCHO, HERMANA, MUCHO...

Mañana cumpliremos
quince años de vida en esta casa.
¡Qué horror, hermana, como envejecemos,
y cómo pasa el tiempo, cómo pasa!
Llegamos niños y ya somos hombres,
hemos visto pasar muchos inviernos
y tenemos tristezas. Nuestros nombres
no dicen ya diminutivos tiernos,
ingenuos, maternos; ya no hay esa
infantil alegría
de cuando éramos todos a la mesa:
"—¡Que abuela cuente, que abuelita cuente

un cuento antes de dormir, que diga
la historia del rey indio...”

Gravemente

la voz querida comenzaba...:

“—¡Siga

la abuela, siga, no se duerma!”

“—¡Bueno!...”

¡Ah, la casa de entonces! la modesta
casita en donde todo era sereno,
nuestra casita de antes! No, no es ésta
la misma. ¿Y los amigos, las triviales
ocurrencias, la gente que vivía
en el barrio... las cosas habituales?
¡Ah, la vecina enferma que leía
su novela de amor! ¿Qué se habrá hecho
de la vecina pensativa y triste
que sufría del pecho?

¡Era de linda! Tú la conociste,
¿no te acuerdas, hermana?

Ella leía siempre una novela
sentada a la ventana.

Nosotros la mirábâmos. Y abuela
la miraba también. ¡Pobre! Quién sabe
qué la afligía. A veces ocultaba
el bello rostro, de expresión muy suave,
entre sus blancas manos, y lloraba.

¡Cómo ha ido cambiando todo, hermana,
tan despaciosamente! Cómo ha ido
cambiando todo... ¿Qué se irá mañana
de lo que todavía no se ha ido?

Ya no la abuela nos dirá su cuento.

La abuela se ha dormido, se ha callado:
la abuela interrumpió, por un momento,
muy largo, el cuento amado.

Aquellas risas límpidas y claras
se han vuelto graves poco a poco, aquellas
risas ya no se habrán de oír. Las caras

tienen sombras de tiempo en tiempo; huellas
de pesares antiguos, de pesares
que aunque se saben ocultar existen.
En las nocturnas charlas familiares
hay silencios de plomo que persisten
hoscos, malos. En torno de la mesa
faltan algunas sillas. Las miradas
fijas en ellas, como con sorpresa,
evocan dulces cosas esfumadas:
rostros llenos de paz, un tanto inciertos
pero nunca olvidados. ¿Y los otros?,
nos preguntamos muchas veces. Muertos
o ausentes, ya no están: sólo nosotros
quedamos por aquellos que se han ido;
y aunque la casa nos parezca extraña,
fría, como sin sol, aún el nido
guarda calor: mamá nos acompaña.
Resignada, quizá, sin un reproche
para la suerte ingrata, va olvidando,
pero, de cuando en cuando, por la noche,
la sorprende llorando:

“—¿Qué tiene, madre? ¿Qué es lo que le apena?
¿no se lo dirá a su hijo... al hijo viejo?
¡Vamos, madre, no llore, sea buena,
no nos aflija más... basta!” —Y la dejo
calmada, libre al fin de la amargura
de la congoja atroz, y así se duerme,
¡húmedas las pupilas de ternura!
¡Ah, Dios no quiera que se nos enferme!
Es mi preocupación... ¡Dios no lo quiera!
Es mi eterno temor... ¡Vieras!, no puedo
explicártelo. Si ella se nos fuera,
¿que haríamos nosotros? Tengo miedo
de pensarlo. Me admiro
de cómo ha encanecido su cabeza
en estos meses últimos: la miro,
la veo vieja y siento una tristeza

tan grande... ¿Esa aprensión nada te anuncia,
hermana? Tú tampoco estás tranquila:
También tu corazón bueno vigila.
Yo no sé, pero creo que me falta
algo cuando no escucho
su voz. Una inquietud vaga me asalta...
Hay que cuidarla mucho, hermana, mucho...

EVARISTO CARRIEGO



LA MANTA

Aunque tostara el sol, en el verano,
su piel, por el trabajo endurecida,
no dejaba su manta el pobre anciano.
Aquella manta sin color, raída,
en las veladas del hogar tejida.
Heló su sangre la vejez y luego
de los seres amados, el desvío,
y mitigar no pueden, ese frío,
ni el sol abrasador, ni el mismo fuego.
Con su único hijo, el cual tenía
una mujer y un rubio pequeñuelo,
él pasaba sus días, pero su hijo
trocó el amor en sequedad impía.
El infeliz abuelo,
en la sucia cocina del cortijo,
era un estorbo ya, bien lo sabía.
En su triste abandono,
decía con dolor, mas sin encono:
“No, no es mi hijo, es ella la culpable,
ella, que sin entrañas ni conciencia,
me trata como a cosa despreciable”.
Como el hijo era humilde jornalero,

faltaba de su hogar desde la aurora
hásta el momento en que la luz se acaba,
y el viejo, sin hablar, el día entero
en un rincón pasaba,
viendo a aquella mujer hora tras hora.
Si alguna vez, con ansia de cariño
mecía en su regazo al pequeñuelo,
aquella vil mujer de alma de hielo,
de entre los brazos le arrancaba el niño.
Hasta en la mesa, con desdén injusto,
por su senil torpeza molestados,
amargaban su pan, y parecía
que contaban sus míseros bocados.
Fué una noche de invierno, fría
y serena a la vez; una de aquéllas
en que copian los troncos escarchados
el claro chispear de las estrellas.
Los tres se hallaban al hogar sentados.
El, sumido en sus negras reflexiones,
ellos, lanzando su clamor eterno,
repleto de punzantes alusiones.
Dijo el marido: "Largo es el invierno.
Quizá falte trabajo...." Ella, insinuante:
"Trabajo faltará, pero no cargas".
Para el anciano, frases tan amargas
fueron gotas que el vaso rebosante
verterse hicieron. Levantóse, erguido
como el león que al golpe se despierta.
Avanzó decidido,
y con voz por la cólera vibrante:
"Yo os libro de una carga, en un instante",
exclamó, dirigiéndose a la puerta.
Detenerle intentaron. Pero el viejo:
"Es inútil, me alejo
para siempre," añadió, con amargura.
La puerta abrió después: ráfaga helada
por ella penetró, y a su mirada

surgió la noche en toda su negrura.
Aunque de frío todo estremecido,
se sacó lentamente, con nobleza,
la manta, que era toda su riqueza,
y dijo con acento dolorido,
trocada ya su cólera en ternura:
“Hijo mío, esta manta has de guardar.
Ella te abrigará la noche oscura
en que tu hijo te arroje de su hogar”.

RICARDO GIL



VERSOS DE ALABANZA

Alabado sea, alabado,
el que de amor lleva inflamado
el corazón como una tea,
(el corazón alegre y triste
de amar a todo cuanto existe).
Alabado. Alabado sea.

Alabada el alma elegida
en que se mantiene encendida
la lumbre santa de la idea.
Alabada y enaltecida.
Otorgado al final le sea
el lauro, nunca marcescente,
con que la frente del creyente
corona Palas Atenea.

Alabado el que cada día
recomienza con alegría
lo que le toca en la tarea.
Surque la tierra, el mar o el cielo,
maneje yunque o escalpelo,
alabado, alabado sea.

Alabada la mano amante,
y la mirada acariciante,
y el labio que en besar se emplea;
alabado sea todo cuanto
mitiga un mal o seca un llanto.
Alabado, alabado sea.

Pero por sobre todo aquello
que ilumina con un destello
nuestra existencia triste y fea;
más que todo lo puro y suave,
más que la rosa, más que el ave
(ave ella misma que gorjea,
rosa ella misma que embalsama),
alabada el alma que ama.

Alabada. Alabada sea.

ENRIQUE MENDEZ CALZADA



III

DIA DEL ARBOL

POR QUE LOS ARBOLES SON TAN ALTOS

Los árboles se empinan sobre las raíces y crecen, crecen, crecen, en una desesperada ansiedad de ver. Si no, si tuvieran alas y pudieran ir de un lado a otro, serían pequeñuelos como las aves y las mariposas. Cuando más tendrían el tamaño de los hombres. Pero el deseo y la curiosidad los agiganta y es por eso que son tan altos, para mirar lejos, para investigar el cielo y la distancia que no tocan nunca.

JUANA DE IBARBOUROU



VESTIDOS NUEVOS

Creo a veces que las plantas son como las mujeres: les gusta cambiar de traje. Por eso en otoño arrojan al suelo todas sus hojas amarillas y en primavera se cubren de brotes brillantes. ¡Es que, de veras, es tan lindo ponerse un vestido nuevo! Y las acacias se adornan de moños blancos, los aromos de lunares de oro, los plátanos de borlitas verdes y los miosotis, como "Piel de asno", le piden al hada de las flores un vestido hecho de cielo. ¡Hasta los cardos, tan ásperos, sienten despertar su coquetería y se prenden entre las duras greñas un penacho azul! ¡Me río yo de los botánicos que quieren explicar gravemente los fenómenos de la florescencia y de la vegetación! ¡Si al brotar y al florecer las plantas no obedecen a otro impulso más que al deseo de ponerse un

bonito vestido nuevo! Por eso, también, crecen con preferencia en torno de las acequias, de los estanques, de los arroyuelos; para tener un espejo en que mirarse.

JUANA DE IBARBOUROU



EL MAIZ

En cierta tribu reinaba el hambre más imperiosa. En vano los guerreros más diestros habían salido de caza; la sequía era obstinada, y los animales, acosados por ella, huían. En vano erraba la tribu también en busca de lugares menos castigados. El machí (adivino de la tribu), rodeado de los machíes menores y de los novicios, empleaba todos los conjuros de su misteriosa ciencia, a fin de aplacar las iras de Huecuvú. Al cabo de muchas penas, el machí, inspirado por Huecuvú, seguramente, ya que tenía el don de comunicarse con él, dijo que el Malo estaba dispuesto a dar un nuevo alimento a los hombres; pero que, a cambio de él, exigía el sacrificio voluntario de uno de ellos, el cual tenía que morir de hambre para que los demás se salvaran.

Varios se ofrecieron. Hubo de tirarse a la suerte y el escogido fué atado a un poste, cara al sol naciente.

Según era costumbre en sus ceremonias, fueron inmoladas dos yeguas blancas, cortándoseles la cabeza y la cola. Y allí quedó el sacrificado aguardando la muerte. Tardó ella en venir; y en tanto el machí, seguido de la tribu entera, danzaba en torno del que iba a morir por ellos. Danzaban y bebían, cantando alegremente, porque así querían demostrar al feroz Huecuvú qué alegremente acogían sus mandatos.

Una tarde vió el curandero de la tribu que el sacrificado entraba en agonía, y se dispusieron a hacer una suntuosa fiesta para celebrar su muerte. Pero esa noche

se desató un vertiginoso pampero, y nadie pensó más que en resguardarse de su ira terrible. Tres días duró. Al cabo de ellos, un amanecer, fueron a ver al sacrificado.

Ya no estaba allí, pero en su lugar se alzaba una planta de anchas hojas, en medio de las cuales relucía una dorada espiga: era la planta del maíz.

ERNESTO MORALES



EL NOGAL APALEADO

En cierto pueblo de la montaña, unos paisanos tenían un nogal corpulento y frondoso, el cual les daba para vivir un año con la suficiencia de los pobres.

Ningún cuidado, a no ser un escaso y tardío riego, dispensaban al generoso y paciente árbol; y además, para cosecharle su fruto, se armaban de gruesos garrotes con los cuales castigaban sus gajos y hacían caer en confusión, junto con las nueces, las ramas extremas y más lozanas.

En uno de esos años comenzó a notarse una gran merma en la habitual abundancia de la cosecha; y creyendo los dueños que ella se debía a que no lo castigaban bastante, la emprendieron con él a palos con tal furia, que no tardó el nogal en quedar convertido en un esqueleto.

Fué entonces cuando, por una de sus heridas abiertas, les gritó entre doliente e irritado:

—Pero bárbaros: ¿por qué me apaleáis de este modo? ¿Así me pagáis el alimento y la sombra que hace años os regalo?

Y ante la sorpresa y el espanto de sus verdugos, al oírle hablar, el árbol concluyó:

—Si al que trabaja y produce para vuestro sustento y comodidad lo maltratáis, y creéis por la violencia

arrancarle mayor esfuerzo y rendimiento, sois unos ignorantes y perversos, porque ni los hombres libres, ni los esclavos, ni los animales, han dado nunca más por ser castigados.

Todos tenemos una vida y un alma que necesitan el cuidado del amor y de la ciencia. Si no nos tratáis bien por amor o caridad, como iguales, hacedlo por vuestra conveniencia, y seréis así más justos y felices.

JOAQUIN V. GONZALEZ



LA HIGUERA MATERNA

La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; y cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecución, los sentimientos comprimidos en el corazón de mi madre estallaban con viva fuerza, y se negaba obstinadamente a permitir la desaparición de aquel testigo y de aquella compañera de sus trabajos. Un día, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habían perdido todo prestigio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco leñoso del árbol; y el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los gemidos lastimeros de la víctima. Fué éste, un momento tristísimo, una escena de duelo y arrepentimiento; los golpes del hacha higuericida sacudieron, también, el corazón de mi madre, las lágrimas asomaron a sus ojos, como la savia del árbol que se derramaba por la herida, y sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traía un nuevo estallido de dolor, y mis hermanas y yo, arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparación posible del daño comenzado. Ordenóse la suspensión de la obra de destrucción, mientras se preparaba la familia para

salir a la calle, y hacer cesar aquellas dolorosas repercusiones del golpe del hacha en el corazón de mi madre.

Dos horas después, la higuera yacía por tierra enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas, marchitándose, dejaban ver la armazón nudosa de aquella estructura que por tantos años había prestado su parte de protección a la familia.

DOMINGO F. SARMIENTO



HOJITAS NUEVAS

Cuando llega Octubre
de nuevo palpitás
¡oh, vieja arboleda!

Óctubre te cubre
de verdes hojitas
de seda.....

Al llegar Octubre
renuevas
tus galas

Bienvenido Octubre
que en las hojas nuevas
te da tantas alas.

GERMAN BERDIALES



LA FLOR

Nace una flor en el suelo,
una delicia es cada hoja,
y hasta el rocío la moja
como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor
linda, fresca, y olorosa:
a ella va la mariposa,
a ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero
se prenda al verla tan bella
y no pasa por sobre ella
sin darle un beso primero.

Lástima causa esa flor
al verla tan consentida,
cree que es larga su vida
como fragante su olor.

Nunca vió el rayo que raja
a la renegrida nube,
ni ve el gusano que sube,
ni el fuego del sol que baja.

Ningún temor en el seno
de la pobrecita cabe,
pues que se hamaca no sabe
entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas despliega
sin la menor desconfianza,
y el gusano ya la alcanza
y el sol de las doce llega.

Se va el sol abrasador,
pasa a otra planta el gusano
y la tarde encuentra, hermano,
el cadáver de la flor.

ESTANISLAO DEL CAMPO



LA VIOLETA

Hay belleza en el lirio inmaculado
de majestad emblema,
hay belleza en el cáliz nacarino
de la blanca azucena,
hay belleza en la rosa purpurina
y en el albo reseda,
hay belleza en la nítida corola
de la nivea camelia,
hay belleza en el pálido junquillo
y en la suave diamela;
hay belleza en el triste pensamiento
y no hay flor en la cual no haya belleza.
Pero hay una que es flor entre las flores
con ser la más modesta,
una flor de fragancia incomparable,
delicada y pequeña,
una flor que en un lecho de esmeraldas
oculta su belleza,
una flor que un encanto misterioso
en su cáliz encierra,
un encanto ideal, indefinible,
que no hay flor que contenga,
una flor para mí como ninguna,
una flor que se llama: ¡la violeta!

DELMIRA AGUSTINI



LA CANCION DEL CAROZO

Fuí corazón de una fruta y me endurecí pensando
ser cual caja misteriosa donde se guarda la vida;
llevo encerrada la esencia del árbol de que procedo
y sabré, al fin, convertirme en bella rama florida.

Pequeñito, tosco y negro puedo ser padre de un bosque,
y seré el árbol frondoso que los campos embellece;
daré al hombre grata sombra en los tranquilos descansos
y tendré la rama dócil que arrulla al nido y lo mece.

Bastará para el milagro que una mano cariñosa
dé a mi cuerpo sepultura en el seno de la tierra;
surgirá entonces sonriente desde el profundo misterio
la vida hermosa y pujante que mi corazón encierra.

Y daré frutos fragantes que endulcen todas las bocas,
seré nota de alegría y creceré bello y fuerte
y daré nuevos carozos que encierren en sí la vida
y sepan triunfar gallardos de la fatídica muerte.

Niño, si un día me encuentras, entiérrame generoso
que, cuando germine alegre del sol a los resplandores,
para ti serán mis sombras y los cantos de mis nidos
y mis frutos sazonados y mis primorosas flores.

RAFAEL RUIZ LOPEZ



LA CANCION DEL SAUCE CAIDO

Cuántos golpes de hacha me asestaron
para darme por tierra, y lo lograron...
Y en plena juventud, robusto y fuerte,
aquí estoy en espera de la muerte.
¡Oh leñador, que de cortante acero
te armaste contra mí! Vé como muero;
la savia de mis venas he agotado
en un último esfuerzo, y derribado,
expuesto al sol y al viento, y medio muerto,
de pequeños retoños me he cubierto;
y es que siento venir la Primavera,
y así canto en su honor por vez postrera.
Vendrá el verano con sus largos días
y habrá frondas, canciones y alegrías;

sólo yo en un rincón abandonado,
me he de secar de todos olvidado.
Pasará luego el tiempo caluroso
y el Invierno vendrá frío y lluvioso;
mi cuerpo bajo el hacha se hará trizas
y en el hogar me volveré cenizas;
pero antes de ser polvo seré lumbre
y ¡he ahí mi ambición cumbre!
Entonces, cuando el frío te acobarde
y te refugies al morir la tarde
cerca del fuego para hallar abrigo,
yo, hecho luz y calor, seré contigo.
Y aunque sólo un instante, ¡oh feliz suerte!,
vida seré del que me da la muerte.

VICENTA CASTRO CAMBON



EL GRANITO DE MAIZ

—¡Oh mano que conmigo has tropezado!
colócame en la tierra removida
y cúbreme con ella, te lo ruego.
¡No me dejes morir! ¡Salva mi vida!
No me dejes aquí; si me abandonas
seré, en breve, alimento de algún bruto.
Colócame en la tierra, mano amiga,
y verás de tu buena acción el fruto:
allí germinaré y, dentro de poco,
veré la luz en planta convertido;
creceré y, allá, en marzo...

—Calla, calla,
granito de maíz: ¡te he comprendido!
Te confiaré a la tierra y, cuando seas

lozana planta que la brisa mezca,
me pagarás el bien que te hago, ahora,
con las espigas que tu tallo ofrezca.

VICENTA CASTRO CAMBON



ARBOL AMIGO

Arbol que todas las mañanas veo,
desde hace tiempo, en mi habitual camino;
que florecer, dar frutos, deshojarse
muchas veces he visto:
esta mañana azul de primavera,
al hallarte de nuevo florecido
no sentí como en años anteriores
el mismo regocijo,
y una vaga tristeza
nubló mi pensamiento en lo más íntimo...
(¡Dónde estará la generosa mano
que te plantó a la vera del camino!...)
Comprendo que, de hoy en lo futuro,
cada vez que florezcas, buen amigo,
me dirás con tu mímica elocuente
que otro año se ha ido...
Por eso ál contemplarte esta mañana
toda tibieza, aromas, luz y trinos,
una vaga tristeza
nubló mi pensamiento en lo más íntimo:
es que nada cual tú me da la exacta
sensación de los años que se han ido...

JUAN BURGHI



COMO UN ARBOL

Como un árbol, de fuerte y de sereno;
como un árbol, tan bueno,
tan útil quiero ser.

Como un árbol, que el viento, si lo azota
dejando alguna de sus ramas rota,
humildemente vuelve a florecer...

Quiero ser como un árbol florecido
que en cada rama sostuviera un nido:
armonía y canción.

Y que al beso del sol de primavera
que el ritmo de las savias acelera
es todo un corazón.

Ser fuerte, mas sensible, como el pino
que hace vibrar en su ramaje fino
toda la escala musical...

y si en su tronco se abre alguna herida,
desangra el útil oro de su vida
en aromado líquido cristal.

Ser como el árbol familiar que ampara
la casa solariega y le depara
abrigo, sombra, fuego en el hogar,
y que al mostrar su copa, a la distancia,
anticipa la íntima fragancia
del amable lugar.

Lograr erguirse como añoso roble
cuya altiva expresión de orgullo noble
no es orgullo, sino serenidad...

Y, al domeñar mi corazón de hombre,
ser un amor sin límite ni nombre,
una anónima suma de bondad.

JUAN BURGHI



DURAZNERO EN FLOR

Viejo duraznero que florido ríes
en medio del patio;
dulce duraznero de graciosas flores
que plantó mi mano.

Eras pequeñito,
apenas, apenas un endeble tallo
y por el cuidado de mi mano amiga
hoy eres robusto y espléndido árbol.

Pero tú, cual toda la Naturaleza,
generoso y noble,
con cuánta largueza premias mi trabajo,
con qué rica usura mi cariño pagas,
brindando cada año
tu risa de flores en la primavera,
tu risa de aurora que alegra mi patio,
(no hay árbol florido más grácil y bello)
y luego en verano:
alegría, sombra, frescura, belleza
y los frutos de oro sabrosos y sanos.

En la casa nuestra, ,
eres un amigo, eres un hermano...
Todos te queremos... de distinto modo,
con distintas formas de cariño, acaso,
pero te queremos...

(Yo, por ti te quiero, porque eres un árbol,
y también te quiero por tu flor graciosa:
el cariño mío no es utilitario).
Todos te queremos... ¡Si tú te secaras,
qué triste y vacío quedaría el patio...!

JUAN BURGHI



LA HIGUERA

Porque es áspera y fea,
porque todas sus ramas son grises,
yo le tengo piedad a la higuera.

En mi quinta hay cien árboles bellos:
ciruelos redondos,
limoneros rectos
y naranjos de brotes lustrosos.

En las primaveras,
todos ellos se cubren de flores
en torno a la higuera.
Y la pobre parece tan triste
con sus gajos torcidos que nunca
de apretados capullos se visten...

Por eso,
cada vez que paso a su lado
digo, procurando
hacer dulce y alegre mi acento:
—Es la higuera el más bello
de los árboles todos del huerto.

Si ella escucha,
si comprende el idioma en que hablo,
¡qué duizura tan honda hará nido
en su alma sensible de árbol!

—Y tal vez, a la noche,
cuando el viento abanique su copa,
embriagada de gozo, le cuente:
—Hoy a mí me dijeron hermosa.

JUANA DE IBARBOUROU

LA CUNA

Si yo supiera de qué selva vino
el árbol vigoroso que dió el cedro
para tornear la cuna de mi hijo...
Quisiera bendecir su nombre exótico,
quisiera adivinar bajo qué cielo,
bajo qué brisas fué creciendo lento
el árbol que nació con el destino
de ser tan puro y diminuto lecho.

Yo elegí esta cunita
una mañana cálida de enero.
Mi compañero la quería de mimbre,
blanca y pequeña como un lindo cesto,
pero hubo un cedro que nació hace años
con el sino de ser para mi hijo,
y preferí la de madera rica
con adornos de bronce. ¡Estaba escrito!

A veces mientras duerme el pequeñuelo,
yo me doy a forjar bellas historias:
quizá bajo su copa una cobriza
madre venía a amamantar su niño
todas las tardecitas, a la hora
en que este cedro, amparador de nidos,
se llenaba de pájaros con sueño,
de música de arrullos y de píos.

¡Debió de ser tan alto y tan erguido!
¡Tan fuerte contra el viento y la borrasca!
que jamás el granizo le hizo mella
ni nunca el cierzo doblegó sus ramas!

El, en las primaveras, retoñaba
primero que ninguno. ¡Era tan sano!
Tenía el aspecto de un gigante bueno
con su gran tronco y su ramaje amplio.

Arbol inmenso que te hiciste humilde
para acunar a un niño entre tus gajos:
has de mecer los hijos de mis hijos.
¡Toda mi raza dormirá en tus brazos!

JUANA DE IBARBOUROU



EL NIDO

Mi cama fué un roble
y en sus ramas cantaban los pájaros.
Mi cama fué un roble
y mordió la tormenta sus gajos.

Deslizo mis manos,
por sus claros maderos pulidos,
y pienso que acaso, toco el mismo tronco,
donde estuve aferrado algún nido.

Mi cama fué un roble.

Yo duermo en un árbol.
En un árbol amigo del agua,
del sol y la brisa, del cielo y del musgo,
de lagartos de ojuelos dorados
y de orugas de un verde esmeralda.

Yo duermo en un árbol.
En un árbol todo perfumado y tibio.
Acaso por eso me parece el lecho
esta noche, blando y hondo cual un nido.
Y en él me acurruco como una avecilla
que busca el reparo de su compañero.
¡Que rezongue el viento, que gruña la lluvia!
Estando en mi nido, no sé lo que es miedo.

JUANA DE IBARBOUROU



EL CANTO DE LAS SEMILLAS

—Hermana morenita,
(dice un menudo grano a una pepita),
¿estás despierta? ¿descansaste mucho?
Yo me siento muy bien aquí, a tu lado;
mas oye con cuidado
lo que hace tiempo que despierto escucho.
Canta la golondrina,
y a nosotros su canto se dirige.
Oyela bien, vecina.
dice su voz sonora:

“Subid, subid, semillas, que ya es hora.
Con el vestido verde,
asomad vuestros tallos en la era;
que aviva el sol sus bellos resplandores,
y con sus brisas, pájaros y flores
se acerca ya la madre Primavera”.

Hermana morenita, dulce hermana,
¿oíste la diana?
¿entiendes lo que dice?

—Sí, lo entiendo.

—¿Y qué piensas hacer?

—Me estoy vistiendo.

—¿Cuándo vas a salir?

—Saldré mañana.

—Y yo detrás iré.

—Sé bien venido.

—Gracias... ¿Qué flor serás?

—Mirto.

—Presiento

que no podré mirar hacia tu altura;
mas tendré la ventura
de hablar a las abejas de tu aliento,
y allá irán susurrando más de ciento
para besar tu rostro soberano.

—¡Gracias, gracias, hermano!
Y tú, ¿qué flor serás?

—Yo.. Pensamiento

MANUEL FERNANDEZ JUNCOS



SETENTA BALCONES Y NINGUNA FLOR

Setenta balcones hay en esta casa.
Setenta balcones y ninguna flor...
A sus habitantes, Señor, ¿qué les pasa?
¿Odan el perfume, odian el color?

La piedra desnuda de tristeza agobia,
¡dan una tristeza los negros balcones!
¿No hay en esta casa una niña novia?
¿No hay algún poeta bobo de ilusiones?

¿Ninguno desea ver tras los cristales
una diminuta copia de jardín?,
¿en la piedra blanca trepar los rosales,
en los hierros negros abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas, no amarán al ave,
no sabrán de música, de rimas, de amor...
Nunca oirán un beso, jamás se oirá un clave.
¡Setenta balcones y ninguna flor!

FERNANDEZ MORENO



OLOR DE PASTO CORTADO

Olor de pasto cortado
en la huerta soñadora;
recuerdo casi olvidado
que, como perdido, se aparece y llora...

Olor de pasto que llega
de lejos, como un viajero
que su regalo me entrega,
y me dice: —“Hermano, yo siempre te quiero”.
Perfume de soledad
campestre, de seco llano;
olor de la libertad
de los vendavales, olor de verano.
Por la pradera amarilla
se oye que anda una guadaña.
La luz bajo una cuchilla,
también cae en gajos, sobre la campana.
Olor de pasto cortado
en la huerta soñadora;
ensueño apenas soñado,
que, como la tarde vaga, se evapora.

PEDRO MIGUEL OBLIGADO



LA MUERTE DEL ARBOL

Madre: anoche ha muerto un árbol. ¡Y qué triste es ver morir a un árbol, madre mía!
Anoche ha muerto un árbol que tú siempre quisiste y que yo, por ser tuyo, también mucho quería.

Anoche ha muerto un árbol que sembrara el abuelo.
Si hubieras visto, madre, cómo me dijo adiós:
cien mil siglos de estrellas florecían el cielo,
y quién sabe si estaba urdiendo versos Dios
cuando la angustia última del árbol llegó a mí.
¡Quién pudiera decirnos el dolor de ese anhelo
que se fué para siempre todo lleno de tí!

Anoche ha muerto un árbol de noventa y dos años,
que tenía diez hijos y tres nietos. Ha muerto

como un anciano harto de sufrir desengaños,
en medio a los encajes de rosas de mi huerto.

Madre: recemos en silencio, con unción nazarena,
por el descanso eterno del árbol que murió,
de aquel árbol amigo que de angustia me llena,
porque si tú lo amabas, más lo adoraba yo.

LUIS GUILLERMO GOVEA



¡ECHA LA SIMIENTE!

El surco está abierto, y su suave hondor
bajo el sol semeja una cuna ardiente,
¡oh, labriego, tu obra es grata al Señor!
¡Echa la simiente!

Nunca, nunca el hambre, negro segador,
a tu hogar se llegue solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor,
¡echa la simiente!

La vida conduces, rudo sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente;
burla a la miseria y burla al dolor:
¡echa la simiente!

El sol te bendice, y acariciador
en el viento Dios te besa en la frente.
Hombre que echas grano, hombre creador,
¡prospera tu rubia simiente!

GABRIELA MISTRAL



EL CEDRO

Yo, con mis propias manos cavé el pozo;
yo, con mis propias manos planté el cedro.

Y pasarán los años y los años
siempre tendrá la planta gajos nuevos.

Y pasarán los años y los años
y el cedro sin cesar irá creciendo.

Y pasarán los años y los años
y el cedro estará aún joven y yo viejo.

Y en la paz del hogar, si lo consigo,
al familiar amparo del alero,
en mi chochez ingenua de hombre anciano,
contaré sin reposo el mismo cuento:

“Yo, con mis propias manos cavé el pozo;
yo, con mis propias manos planté el cedro”.

Y pasarán los años y los años
y “alguien”, quizá, repita en mi recuerdo,
“él”, con sus propias manos cavó el pozo,
“él”, con sus propias manos plantó el cedro.

MARIO I-RAYÓ



EL ARBOL TACITURNO

El árbol tenía un letrero
que sólo los pájaros podían leer:
“Se alquilan ramas para nidos”,
decían las letras,
que un hombre no habría podido leer.

A pesar del anuncio,
ningún pájaro vino

a hacer su nido
en este árbol que muere de tristeza,
gacha la cabeza,
al borde del camino.

ALFREDO MARIO FERREIRO



ARBOL

Arbol yo ya sabía que eras hermano mío.
Hacia los cielos vamos en claro florecer...
Y tus ramas audaces hallaron el rocío
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer...
Arbol, ¡yo ya sabía que eras hermano mío!

En tí hay, a momentos, más pájaros que hojas.
Y eres en primavera mágico surtidor.
Y en mí qué profusión de rosas blancas, rojas.
¡Y qué acento en mi lírico manantial interior!

Los dos brindamos, Arbol, savia joven y nueva,
y por nosotros corre un idéntico río
de emoción y sabemos, en las nieves de prueba,
aguardar libremente el calor de otro estío.

Hacia lo azul el mismo impulso azul nos lleva...
Arbol: ¡yo ya sabía que eras hermano mío!

JULIO J. CASAL



SONETO DE LA ROSA

Sobre la mesa en que mi verso nace
para cantarla, silenciosa expira
y su ancha y roja túnica deshace
como esparciendo el fuego de una pira.

Desprendidos jirones de su estofa
caen al soplo de insensible viento
y la desnudan cerca de la estrofa
que nutre y viste su divino aliento.

Ya palidece el día, y en la estancia
donde la claridad se hace fragancia,
muere la rosa, enciéndose la estrella...

Mi alma recoge su postrer dulzura
y labra su piadosa sepultura
este soneto que nació por ella.

RAFAEL ALBERTO ARRIETA



LA VISION OPTIMISTA

Mi vecino, al pasar esta mañana,
me dió los buenos días, y dejó en mi ventana
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas,
húmedas de rocío.

Desde un cristal las rosas
cual tres imaginarias, ideales
cabezas fraternales,
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento
el solidario apoyo de su aliento
común, en que la idea se perfuma
de bondad, y al surgir besa la pluma.

¡Oh clara, fresca y suave compañía
que me hizo bueno en todos los actos de este día!
Pues fué mi corazón como una fuente
pródigo, musical y transparente;
fluyó de mis palabras recóndita dulzura:
ni la violencia ni la crispatura
mancharon el espíritu o la mano,
llenas del oro del cariño humano;

y ¡oh noche! en esta hora bella y santa
del ensueño, mi amor se aviva y canta.

Vecino: ¡si los hombres supieran obsequiarse
con rosas de su huerto, al saludarse,
si al pasar, como usted esta mañana,
nos dejáramos todos la flor en la ventana!
¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,
comunidad viril en la belleza!
¡Armonía del músculo, la frente
y la delicadeza!

RAFAEL ALBERTO ARRIETA



EL GRANO DE TRIGO

En ti se oculta el germen contenido
de una vida futura, de una planta,
y sobre ti la espiga se levanta
como estuche gentil de oro bruñado.

Tu gránulo parece, en lo encendido,
rubí para el collar de una garganta,
y en ti palpita la pureza santa
de brindar tu salud al desvalido.

Del áureo sol cristalizado efluvio,
es la substancia de tu cuerpo rubio,
que, por lo breve, apenas se divisa.

Lo noble guardas sin maldad ninguna,
¡y va en tu seno la nevada luna
que se eleva del cáliz en la misa!

SALVADOR RUEDA



NOVIA DEL CAMPO, AMAPOLA

Novia del campo, amapola
que estás abierta en el trigo;
amapolita, amapola,
¿te quieres casar conmigo?

Te daré toda mi alma,
tendrás agua y tendrás pan,
te daré toda mi alma,
toda mi alma de galán.

Tendrás una casa pobre,
yo te querré como un niño,
tendrás una casa pobre
llena de sol y cariño.

Yo te labraré tu campo,
tú irás por agua a la fuente,
yo te regaré tu campo
con el sudor de mi frente.

Amapola del camino,
roja como un corazón,
yo te haré cantar al son
de la rueda del molino;

yo te haré cantar, y al son
de la rueda dolorida,
te abriré mi corazón,
¡amapola de mi vida!

Novia del campo, amapola
que estás abierta en el trigo;
amapolita, amapola,
¿te quieres casar conmigo?

JUAN R. JIMENEZ



EL LABRIEGO DEL ALBA

Todo el silencio se quedó en la estrella
cuando la estrella se apagó temblando;
tornóse el mundo musical y bello
bajo la luz y al renacer los cantos.

Hora del alba en que la dicha plena
flota en la fresca beatitud del campo,
y siente el hombre la pureza heroica
que hay en la fuerza del robusto brazo.

Brilla el rocío en el fragante trébol,
saluda al alba el estridente gallo,
silba en el campo la perdiz remota,
y en un instante en que el silencio es amplio,
desde muy lejos, sin saber de donde,
canta el chingolo que anidó en los cardos.

Entre una nube de gaviotas blancas,
en la tendida placidez del llano,
labra el labriego la olorosa tierra
al paso lento de los bueyes mansos.

Hay en sus ojos claridad de aurora,
tiemblan canciones en sus puros labios
y hay una austera anunciación de vida
en la firmeza de sus rudas manos.

Abre la entraña de la tierra dócil
y arroja al surco, que se va alargando,
todos los sueños de un hogar que espera
la promisora bendición del grano.

Feliz el hombre que al llegar el día
lo encuentra el alba en los floridos campos,
entre una nube de gaviotas blancas,
siguiendo el ritmo de los bueyes mansos.

HECTOR RIPA ALBERDI



EL ARBOL SOLO

En la herbosa colina
te levantas enhiesto,
como un bravo gigante
o un alto pensamiento.

Tienes toda la noble
grandeza de un rey viejo,
bizarro en el combate
y altivo en el destierro.

Eres como un atleta
que desafía al cielo,
y tienes toda el alma
de las cosas de hierro.

Todas las tempestades
tus ramas sacudieron,
y en las noches de luna
fuiste de plata hecho.

Sabes toda la horrisona
música de los vientos,
y de las soledades
sabes todo el misterio.

Arbol solo y gigante,
¿qué lenguaje te hicieron
entender, en la sombra,
las noches del invierno?

¿Y de qué penas hablas
en tus dulces lamentos,
aquellos días claros
del verano sediento?

¿Qué dices tú a la tarde
cuando el sol va muriendo,
y la brisa te mece
con blandura de besos?

¡Cuál haces que parezca
tu copa humo de incienso,
que en la ofrenda se eleva
para sahumar el cielo!

¿Y cómo solo y alto,
no da tu sombra miedo
al que la busca, humilde
rebaño de corderos?

¡Oh árbol gigante! ¡Oh roble,
que vives solo y viejo!...
¡Quién fuera entraña tuya
para ser agrio y recio!

JOSE MUÑOZ SAN ROMAN



EL NARANJO Y EL CEDRO

Era de la creación el cuarto día:
la luz primaveral, tibia y rosada,
a torrentes sobre ella descendía,
en ondas derramada.

Y era entonces tan puro el firmamento,
que, en presencia del sol y tras sus huellas,
agrupadas y en blando movimiento
lucían las estrellas.

Ya, agitando el cristal de sus entrañas,
los mares en su cuenca rebullían,
y se alzaban gigantes las montañas,
y los valles se hundían.

Y el Eterno sonrió: trémula y pura,
la tierra su sonrisa trocó en flores;
vistiéronse los montes de hermosura,
de selvas y de albores.

Dios entonces, abarcó los horizontes
con su inmensa mirada: y se postraron
las hierbas y las selvas, y los montes,
y su gloria cantaron.

Y el Cedro del Sanir, con voz süave
dijo al Naranjo del Edén: — “¡Bendito
el Señor, que elevó tu cima grave
hasta el cielo infinito!

Tendió tus ramas de occidente a oriente,
dió a tu savia un espíritu ignorado,
tu existencia inmortal. ¡Alza la frente,
oh rey de lo creado!”

Y las cándidas flores se entreabrieron,
y las hierbas humildes se inclinaron,
y las selvas sonoras se mecieron,
y su gloria cantaron.

Las verdes ramas inclinando, entonces,
le dijo el Cedro: “—Tú belleza admira;
te dió el Eterno un pedestal de bronce
que incólume se mira.

Tus hojas hizo de esmeraldas; de oro
tus dulces frutos; y en su amor profundo,
le dió su aroma al azahar. ¡Te adoro,
incensario del mundo!”

Y las cálidas flores se entreabrieron,
y las hierbas humildes se inclinaron,
y las selvas sonoras se mecieron,
y su gloria cantaron.

RAFAEL OBLIGADO



CANCION ESTIVAL

Así cantan las espigas:
con verdores transparentes de esmeralda;
—Fuímos verdes;
la esmeralda se ha trocado en áureo tinte;
somos rubias cual las trenzas de las hadas,
de las hadas de ojos verdes,
que en la fuente rumorosa
noche y día sollozando tristes cantan.

Así cantan los labriegos:
—Los trigales
sazonados y maduros nos aguardan;
brille el sol en nuestras hoces,
rompa el hierro las espigas,
que refulgen cual relámpagos de plata;
ruede el grano por las eras
como perlas desprendidas de una sarta.

Así canta el molinero:
—Venga el grano;
ya la piedra estremecida por las aguas,
hacer quiere con el oro de los trigos
níveos copos de blancura inmaculada:
níveos copos que amasados
han de ser el pan sabroso
que pedimos murmurando una plegaria.

Así gimen las espigas:
—Fuímos verdes;
los verdores se trocaron pronto en gualda;
hoy la gualda va a trocarse en copo níveo;
así el ébano más puro
en la frente de los hombres
se convierte en limpia plata.

Así canta el regio sol:
—Como un guerrero

me levanto triunfador; beso es mi llama,
y a mi beso fecundante
las espigas sazoadas
serán pronto blancas hostias que en el templo
alce a Dios el sacerdote,
ante el pueblo prosternado junto al ara...
—No gimáis los que en el borde de la tumba
os ceñís con la diadema de las canas,
que la frente, cual la espiga de los campos,
vale más si es cual la nieve,
cual la nieve que corona las montañas.

Así dijo el regio sol, y desde entonces
las espigas nunca lloran, ¡siempre cantan!

RAFAEL BLANCO BELMONTE



SEMBRANDO

De aquel rincón bañado por los fulgores
del sol que nuestro cielo triunfante llena;
de la florida tierra donde, entre flores,
se deslizó mi infancia dulce y serena;
envuelto en los recuerdos de mi pasado,
borroso, cual los lejos del horizonte,
guardo el extraño ejemplo, nunca olvidado,
del sembrador más raro que hubo en el monte.
Aún no sé si era sabio, loco o prudente,
aquel hombre que humilde traje vestía;
sólo sé que, al mirarle, toda la gente
con profundo respeto se descubría.
Y es que, acaso, su gesto severo y noble
a todos asombraba por lo arrogante:
¡hasta los leñadores, mirando al roble
sienten las majestades de lo gigante!

Una tarde de otoño subí a la sierra
y al sembrador, sembrando, miré risueño:
¡desde que existen hombres sobre la tierra
nunca se ha trabajado con tanto empeño!
Quise saber, curioso, lo que el demente
sembraba en la montaña sola y bravía;
el infeliz oyóme benignamente
y me dijo, con honda melancolía:

—“Siembro robles y pinos y sicomoros;
quiero llenar de frondas esta ladera,
quiero que otros disfruten de los tesoros
que darán estas plantas cuando yo muera”.

—“¿Por qué tantos afanes en la jornada
sin buscar recompensa?”—dije. Y, el loco,
murmuró, con las manos sobre la azada:

—“Acaso, tú imagines que me equivoco;
acaso, por ser niño, te asombre mucho
el soberano impulso que mi alma enciende;
por los que no trabajan, trabajo y lucho,
si el mundo no lo sabe, ¡Dios me comprende!
Hoy es el egoísmo torpe maestro

a quien rendimos culto de varios modos:

si rezamos, pedimos sólo el **pan nuestro**,
¡nunca al cielo pedimos el pan de todos!

En la propia miseria los ojos fijos,
buscamos las riquezas que nos convienen
y todo lo arrostramos **por nuestros** hijos,
¿es que los demás padres hijos no tienen?...
Vivimos siendo hermanos sólo en el nombre,

y, en las guerras brutales con sed de robo,
hay siempre un fratricida dentro del hombre,
y el hombre para el hombre siempre es un lobo.
Por eso, cuando el mundo, triste contemplo,
yo me afano y me impongo ruda tarea,

y sé que vale mucho mi pobre ejemplo
aunque pobre y humilde parezca y sea.

¡Hay que luchar por todos los que no luchan!

¡Hay que pedir por todos los que no imploran!
¡Hay que hacer que nos oigan los que no escuchan!
¡Hay que llorar por todos los que no lloran!
Hay que ser cual abejas, que, en la colmena,
fabrican para todos dulces panales.
Hay que ser como el agua, que va, serena,
brindando al mundo entero frescos raudales.
Hay que imitar al viento que siembra flores
lo mismo en la montaña que en la llanura;
y hay que vivir la vida sembrando amores,
con la vista y el alma siempre en la altura”, —
dijo el loco y, con noble melancolía,
por las breñas del monte siguió trepando.
Y, al perderse en las sombras, aún repetía:
—“¡Hay que vivir sembrando! ¡Siempre sembrando!”

RAFAEL BLANCO BELMONTE



CORTEJO FUNEBRE

¡Qué alegrías hondas, vírgenes, palpitan
en este lavado despertar de aldea!...
Y los gallos cantan... y las norias gritan,
y en los olmos blancos, de hojas que se agitan,
refulgente y nueva, la luz pajarea...

Por la senda, que entre trigales descuella,
una muchachita—¡tro-la-ró-la-rá!—
guía su carreta la mañana aquella:
la carreta cruje, que va el tronco en ella
de un castaño muerto, que se pudre ya.

Y el castaño muerto, sobre el carro, en tanto,
por entre los trigos, avanza también:
lo amortajan yedras con su verde manto,

dióle el fango leche y el rocío llanto,
¡oh, dichoso muerto, que hasta huele bien!

¿Qué es, castaño muerto, de la vida extraña,
que en el breve seno de una flor nació,
y engendró raíces y se hizo tamaña,
y trescientos años sobre una montaña,
sus trescientos brazos de coloso irguió?

¡Oh muerto castaño, como tú, yo quiero
en el patrio monte levantar mis ramas,
dar trescientos años sombra a los cabreros
y, en negros fogones de alegres braseros,
calentando abuelos deshacerme en llamas!

GUERRA JUNQUEIRO

(Adaptado)



EL TRIGO

Alcemos cantos en loor del trigo
que la pampeana inmensidad desborda,
en mar feliz donde se cansa el viento
sin haber visto límite a sus ondas.

Simbolizando las alianzas nobles
en las doradas tribus que escalona,
sobre el color indiano de las eras
florece un juvenil rubio de Europa.

Fuerte aldeano que tiene un hijo blanco
y una hija blanca como en las historias,
dice del almidón y de la harina
en que el hogar cimenta sus concordias.

Como una rubia desnudez de niño
rueda la masa echando un tibio aroma
que a aquella simple industria da el encanto
de una maternidad blanda y recóndita.

En la fiel solidez del pan seguro,
la vida es bella y la amistad sonora.
Suave corre la vida en las cordiales
tierras del pan, como una lenta sombra.

LEOPOLDO LUGONES



EL SAUCE

El sauce es el afiche de la melancolía;
sella sus actitudes un luto espiritual;
vive ensayando un gesto cansado de apatía
y verano o invierno le resultan igual.

El sauce me parece el bohemio de la flora;
con su melena rítmica él barre su solar;
a medio día sueña, a media noche llora,
y lo demás del tiempo lo emplea en meditar.

El viento lo despeina en desiguales blondas.
La laguna es el paño de sus lágrimas hondas.
En su historia hay dos hechos de amor y de emoción
que son dos sensaciones en su vida sin ruido:
un pájaro, que hizo entre sus ramas nido,
y un hombre, que en el tronco le grabó un corazón.

FERNAN SILVA VALDES



A UN NARANJO Y A UN LIMONERO

Naranjo en maceta, ¡qué triste es tu suerte!,
medrosas tiritan tus hojas menguadas,
Naranjo en la urbe, que pena da verte
con tus naranjitas secas y arrugadas.

Pobre limonero de fruto amarillo
cual pomo pulido de pálida cera,
¡qué pena mirarte, mísero arbolillo,
criado en mezquino tonel de madera!

De los claros bosques de la Andalucía,
¡quién os trajo a esta castellana tierra
que barren los vientos de la adusta sierra,
hijos de los campos de la tierra mía?

¡Gloria de los huertos, árbol limonero,
que enciendes los frutos de pálido oro
y alumbras del negro cipresal austero
las quietas plegarias erguidas en coro;
y fresco naranjo del patio querido,
del campo risueño y el huerto soñado,
siempre en mi recuerdo maduro o florido
de frondas y aromas y frutos cargado!

ANTONIO MACHADO

(Adaptado)



A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento

le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos risueños.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana
ardas, de alguna mísera caseta,
al borde de un camino,
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hacia la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

ANTONIO MACHADO



IV

Fiesta de la Raza

¡TIERRA!

Desde el grito de “¡Tierra!” lanzado en la Pinta, el hado del prodigio coronó de fortuna la proeza de los descubridores.

Los hombres de la travesía, alucinados de estupor en sus naves, oyeron que la palabra del anuncio resonaba a lo lejos, multiplicada por la voz de las olas. El día era inminente sobre las aguas y a la luz de oro que llegaba del este, lanzada en haz sutil sobre los mares, la tierra nueva resplandecía. Era Catay; era Cipango; y la tripulación emocionada, escrutó durante horas, agolpada en la proa y en los puentes, las confusas riberas de las islas que profetizara el almirante. En el ámbito claro de aquella alba de octubre, algunas lánguidas gaviotas que reposaran durante la noche en los mástiles, adelantaron rectamente su vuelo, como llevando a las tierras cercanas el cálido mensaje de los peregrinos.

Entretanto, los naturales de la isla, presos de asombro, habían visto aparecer como tres deidades oceánicas, las tres carabelas en el horizonte. Seres venidos del abismo donde nacen las albas y donde el día bienhechor se renueva, tal los vieron atracar a la costa.

RICARDO ROJAS



DUDA HISTORICA

—Dígame usted, don Vicente,
usted que es tan competente...

—Pregunte usted, don Facundo.

—¿Cómo es nuevo un continente
que es ya tan viejo en el mundo?

—Era nuevo; no lo es ya.

Como creado por Dios
existía, claro está,
antes del año mil cua-
trocientos noventa y dos.
Pueblo inculto lo habitaba;
pero aquella pobre gente
ni sé cómo respiraba,
pues el Nuevo Mundo estaba
cubierto completamente.

—¿Cubierto?

—¡No hay discusión!

—¡Hombre, venga una razón!

—Lo dice la Historia y basta.

Estuvo cubierto, hasta
que lo descubrió Colón.

VITAL AZA



EL PARANA Y EL URUGUAY

De las entrañas de América
dos raudales se desatan:
el Paraná, faz de perlas,
y el Uruguay, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
o entre floridas barrancas,
como dos grandes espejos
entre marcos de esmeraldas.
Salúdanlos a su paso
la melancólica pava,
el picaflor y el jilguero,
el zorzal y la torcaza.

Como ante reyes se inclinan
ante ellos ceibos y palmas,
o arrójanles flor del aire,
aroma y flor de naranja.
Así, siguiendo su senda,
sobre sus lechos se arrastran,
luego en el Guazú se encuentran,
y, reuniendo sus aguas,
mezclando nácar y perlas,
se derraman en el Plata.

LUIS L. DOMINGUEZ



AMERICA

Tendida sobre sábanas de rosas
a la sombra de amor de sus palmeras,
bajo un cielo de eternas primaveras,
guardada por los ángeles de Dios,
una encantada tierra de deleites,
maravilloso mundo de colores,
dormía entre sus aves y sus flores
arrullada por músicas de amor;
y es fama, que, cual hada peregrina
que del seno del mar surgiera un día
orlada de joyante pedrería,
hiriendo con su luz la luz del sol,
así la hermosa madre de los indios
surgió del fondo de joyantes mares,
y presentóla al mundo sobre altares
el genio audaz del inmortal Colón!

JUAN CRUZ VARELA



COLON

En pie en la proa del bajel hispano,
clamaste con acento sobrehumano:
“En el nombre de Dios omnipotente,
en cuyo arbitrio la creación se encierra:
¡Despierta, continente!”
Y como un eco enorme, y de repente,
gritó una voz en lontananza: “¡Tierra!”

Mártir padre de América, el futuro
en la hora fatal de tu justicia
te hará salir de tu sepulcro oscuro;
un himno estallará de polo a polo,
y tu América, entonces, santo anciano,
hará de tu corona de martirio
el sol de tu apoteosis soberano.
Cuando llegue ese instante
poned en la balanza, grandes reyes,
vuestro sol sin ocaso, vuestras leyes,
de vuestro nombre el ominoso culto,
vuestra justicia, que era la venganza;
vuestro triste perdón, que era el insulto;
y pon, historia humana escarnecida,
del otro lado de la fiel balanza
los grillos de Colón. —Que Dios decida.

JUSTO SIERRA



LAS TRES CARABELAS

Marchaban por el mar tres carabelas,
al impulso del genio castellano;
marchaban por el mar, tendido y llano,
con velas fuertes de rugosas telas.

Dejaban por el mar limpias estelas,
y aguardaban, del término lejano,
reinos ignotos, con que al aire vano
por fin rindiesen las cansadas velas.

Meditaba Colón, con sed de gloria.
¿Se engañaba, quizás? ¡Error tremendo!
¿Soñaba, sin error? ¡Sueño fecundo!

“¡Tierra!” gritaron. ¡Grito de victoria!
Y al grito de Colón, “Tierra!” diciendo,
se confirmó la redondez del mundo.

CARLOS FERNANDEZ SHIAW



SALUDO A AMERICA

¡Colón! Su nombre solo despierta en la memoria
la página más bella del libro de la Historia,
la empresa más gigante que vieran Tierra y Mar;
con naves y soldados de un pueblo de valientes
él hizo un mundo solo de mundos diferentes,
y vino en estas costas la Tierra a contemplar.
Por él a vida nueva nacieron aquel día
cien pueblos, cuyas almas la niebla obscurecía;
Colón alzó en los aires un lienzo y una cruz,
volvióse hacia la altura gozosa su mirada,
besó la blanda arena, la tierra inmaculada...
¡y abrieron esos pueblos los ojos a la luz!
¡América grandiosa, soberbio continente,
del ósculo que un día selló tu casta frente,
brotó tu oculta fuerza, tu noble redención!
Hoy tienes en tus manos del mundo la palanca;
sé grande... más no olvides que tu grandeza arranca
de España, de tu madre, del beso de Colón.

JUAN A. CAVESTANY



NUESTRO IDIOMA

Hallo más dulce el habla castellana
que la quietud de la nativa aldea,
más deleitosa que la miel hiblea,
más flexible que espada toledana.

Quiérela el corazón como una hermana
desde que en el hogar se balbucea,
porque está vinculada con la idea
como la luz del sol con la mañana.

De la música tiene la armonía,
de la irascible tempestad el grito,
del mar el eco y el fulgor del día;
la hermosa consistencia del granito,
de los claustros la sacra poesía
y la vasta amplitud del infinito.

BONIFACIO BYRNE



LAS DOS GRANDEZAS

I

La Rábida

A la puerta de un convento
golpea un pobre mendigo;
el sol, el hambre y el viento
lo baten y pide abrigo.

Lleva un hijo pequeñuelo,
pálido y triste el semblante;
por él pide suplicante
pan a los hombres y al cielo.

Ha sonado la campana,
y un monje con voz serena:

—Aquí hay abrigo y hay cena—
les dice;—os iréis mañana.

—Cena busco y busco abrigo—
contesta meditabundo.

—¡Llevo en mi cabeza un mundo
y un humilde pan mendigo!

—¡Al cielo alzad la oración,
alzad al cielo los ojos!—
clamó el monje; y vió de hinojos
ante la cruz a Colón.

II

EL Monasterio de Yuste

Sutiles neblinas las sierras envuelven,
el viento silbando sacude los pinos,
de nieve cubiertos están los caminos
y el lobo a lo lejos se siente ulular.
Cruzaba el viajero con paso inseguro
la senda sinuosa que lleva al convento,
y llega y exclamâ: —¡Por Dios, que un asiento
más alto que el mío yo vengo a buscar!
Abrieron los frailes.—¿Quién sois?—le preguntan.
—Un hombre que busca corona de espinas.
corona de gloria con flores divinas,
en vez de la suya que mucho pesó.
—¿Tuviste los dones que el mundo apetece?
—Riquezas y glorias mi reino tenía...
El sol en mis tierras jamás se ponía...
¡Yo soy Carlos V, mi imperio pasó!

III

Así con dolor profundo
la misma puerta tocaba,
el que iba en busca de un mundo
y el que un mundo abandonaba.

Y en el sagrado recinto,
libre de humana ambición,
hubo pan para Colón
y paz para Carlos V.

EDUARDO DE LA BARRA



RODRIGO DE TRIANA

Ya Colón, con la suprema ansiedad del que confía
y no puede a los que dudan transmitir su confianza,
acusaba a la Fortuna, no de infiel, mas de tardía;
ya crecer en torno suyo el rumor confuso oía
del volcán cuando abre el cráter y el nublado cuando
[avanza,
y ya, viéndose en la popa de su nao **Santa María**,
por la chusma rebelada y furiosa acorralado,
exclamaba, alzando al cielo, como Cristo, en su agonía,
el espíritu y los ojos: —¿Por qué me has abandonado?
—¿Por qué me has abandonado? —¡Ese mundo
[presentido
por tu fe, cuya existencia nadie cree ni nadie sabe,
allí está!... ¡Mas, si no llegas, para siempre lo has
[perdido
que a él podrá volar tu anhelo, pero no arribar tu nave!
¡Tienes fe, mas no esperanza, y no habrá quien,
[condolido,
en tu estéril desaliento te reanime y te conforte!
¡Oh, tristeza inconsolable de lo real no conseguido!
¡Flor que pudiera ser fruto, y sin ser fruto se agosta!
¡Brújula que siempre miras hacia la estrella del Norte,
y no impulsas a la nave para que llegue a la costa!.

Todos creen que oestinarsé fué locura y es delito.
Todos creen que el oceano nada guarda y nada encierra,

que es desierto, e insondable, proceloso e infinito...
¡Mas Rodrigo de Triana, desde el mástil, grita: ¡Tierra!
y los cielos y los mares se estremecen con su grito!

MANUEL DE SANDOVAL



LA PARTIDA

Ese es Palos; callad. No oigan que, aprisa,
tres buques zarpan que la noche vela.
Es viernes. Dan las tres. Sopla la brisa,
y la más torpe de las naves vuela;
ya más allá de Saltes se divisa
una... dos... la tercera carabela.
¿Que quiénes son? Dejad que tarde
yo, cual las sombras, el secreto guarde.
Año noventa y dos. ¡Arrecia el viento!
Tres de agosto. Es de noche todavía.
Siglo quince. ¡La brisa va en aumento!
¡Gran signo! ¡Año feliz! ¡Glorioso día!
Sigue la flota en blando movimiento
del mar de Atlante la ignorada vía.
¿Que adónde van? Dejad que el sol lo cuente
cuando os muestre su luz por el Oriente.
¡Tal marcha, vive Dios, parece huída!
Menos llanto, mejor, menos estruendo;
ya la zona visual van trasponiendo...
¡Buen navegar! De la primer corrida
como en Palos ignoran su partida,
cuanta lágrima el sol verá en saliendo!
¿Que quiénes son?—Nadie su nombre ha oído
¿Que adónde van?—Adonde nadie ha ido.
Canta un ave; se extinguen los luceros.
¡Bien! Ya los buques ilumina el día:

Pinta y Niña se llaman los primeros,
y el que marcha detrás, Santa María.
Ya lo véis quienes son: aventureros.
Un tal Colón se llama el que los guía.
¿Que adónde va? No sé. ¿Quién es? Tampoco;
unos dicen que un sabio, otros que un loco.

RAMON DE CAMPOAMOR



ATLANTIDA

¡Ambito inmenso, abierto
de la latina raza, al hondo anhelo!
¡El mar, el mar gigante, la montaña
en eterno coloquio con el cielo...
y más allá el desierto!
Acá ríos que corren desbordados,
allí valles que ondean
como ríos eternos de verdura,
los bosques a los bosques enlazados,
¡doquier la libertad, doquier la vida
palpitando en el aire, en la pradera,
y en explosión magnífica encendida!
¡Atlántida encantada,
que Platón presintió! ¡Promesa de oro
del porvenir humano — reservada
a la raza fecunda,
cuyo seno engendró para la historia
los césares del genio y de la espada,—
aquí va a realizar lo que no pudo
del mundo antiguo en los escombros yertos,
¡la más bella visión de sus visiones!
¡Al himno colosal de los desiertos,
la eterna comunión de las naciones!

OLEGARIO V. ANDRADÁ



MADRE E HIJA

—¿Te llamas Argentina?

—La Argentina.

—¿Cuál es el nombre de tu madre?

—¡Gloria!

—¿Tú raza fué?

—Mi raza fué divina.

—¿Quién te lo reveló?

—La Musa Historia.

—¿Fué tu raza muy noble?

—Una corona

de reyes, un castillo con almenas.

—¿Y era buena tu madre?

—Sí, lo abona

el que todas las madres son muy buenas...

—De mí, ¿qué piensas?

—Que esa faz altiva
ese noble ademán, esa apostura
no admiten del amor la negativa.

—¿Me quieres, pues?

—Te quiero con locura.

Mas, ¿quién eres, señora, que en mi pecho
formas para el amor caliente nido?

¿Quién eres, ¡oh! señora, la que has hecho
que se despierte el corazón dormido...?

—Yo... yo fuí reina del inmenso mundo,
potente soberana por doquiera,
y el fulgurante sol, siempre errabundo,
ha alumbrado perenne mi bandera.

Yo soy aquella que a la Europa toda
dictó su voluntad, marcó su sino.
Yo... soy la madre de la raza goda
que sujetó la rueda del destino.

Yo soy aquella que ensanchó del mundo
el límite ruín, con noble alarde.

Yo soy la madre que en mi amor confundo
a Cervantes, a Lope y a Velarde!

Yo soy aquella que venció del hado
con firmeza y valor la ruda saña.
Soy la mujer sublime que ha marcado
derroteros al mundo... ¡Soy España!

—Mil y mil veces escuché tu nombre;
también brilla en mi frente tu aureola;
y aunque soy la Argentina, no te asombre;
tú eres España, y yo... soy española.
¡Española! En mis venas, como fuego,
corre esa sangre del valor emblema.
¿Quién, teniendo tu sangre, habrá que tema?

—Una hija tuve yo, que de mi lado
quiso apartarse. Ya tu edad tendría.
¡Hoy estará tan bella! La he soñado.
Soberana del orbe... ¡Es hija mía!

—Se separó, ¿por qué? —Ya lo he sabido.
Por Dios sólo, a una madre se abandona.

—¿Lo hizo así? ¿Fué por Dios?—Siempre lo ha
[sido]

la noble libertad y eso lo abona!

—A esa historia parécese mi historia.
Amo a mi madre y tuve que dejarla.
¡Quién a su madre deja por la gloria,
si más la aflige, es para más honrarla!

—¿Lo hiciste? —El año diez.—Cuando afanosa
busqué la libertad, ¿tú la buscabas?
Cuando muriendo, triste y dolorosa,
la hallé, Argentina, ¿tú también la hallabas?

Mi hija predilecta, en aquel año
logró también, su libertad querida.

—Si no temiera un nuevo desengaño,
prometiera a tu amor tu hija perdida.

—Reclinada en las márgenes de un río,
sobre el césped menudo de la orilla,

la que nació de aqueste seno mío,
como una diosa resplandece y brilla.

—Junto a un río de plata, murmurante,
también habito yo. Mi reino llega
desde la pampa inmensa hasta el Atlante,
de los Andes al mar, que ruge o ruega.

En la espesura de los bosques míos
todo es hermoso, pájaros y flores;
cual bruñido cristal lucen mis ríos;
mi cielo es fuente perennal de amores.

—La hija mía que adoro y es ingrata,
supo vencer a usurpador artero.

—Junto a la margen del tranquilo Plata,
vencido mordió el polvo el extranjero.

—¡Oh, conozco tu orgullo! Estrecho lazo
a las dos unirá desde este día!

¡Tu madre soy! ¡Abraza cual te abrazo,
hija del alma!—¡Amada madre mía...!

Y la matrona y la gentil doncella,
en mutuo y dulce amor el alma fija,
santas las dos, las dos a cual más bella,
preséntanse ante el mundo Madre e Hija.

ROBERTO J. PAYRO



SINTETICA

¡Como en la tez cobriza del desierto
riela su veste fúlgida Diana,
como en el pecho enjuto de la virgen
relieves inefables se levantan,
luz que descende,
vida que salta,

se proyectó, se desdobló, se impuso
la tierra de Colón sobre las aguas!

¡Como sobre de rasos llameantes
viste manto imperial la soberana,
como sobre de perlas y zafiros
ciñe a su frente la corona sacra,
manto y diadema
mi noble patria,
sobre los otros pueblos de su stirpe,
abrigo y fuerza y majestad derrama!

¡Cual persigue la luz y el aire puro
la miserable hierba subterránea,
como buscan las aves en la noche
la protección de Dios bajo las ramas,
pulmón sin aire,
gleba postrada,

así el hombre dolor se precipita
de mi bandera azul bajo las alas!

¡Allí van adhiriéndose en el tiempo,
partícula a partícula las razas!

¡Allí van congregándose a su sombra
al toque de clarín de la esperanza!

¡Allí se forjan,
en esa fragua,
los decisivos moldes de la vida,
la postrimer evolución humana!

ALMAFUERTE (Pedro B. Palacios)



A LOS ARGENTINOS

Fuisteis la sangre de la madre España
que rebose del vaso que la encierra
como baja el torrente de la sierra
y el valle extenso fertiliza y baña.

Su eterna admiración os acompaña,
y extintos los rumores de la guerra,
todo español que pise vuestra tierra
jamás podrá tenerla por extraña.

Cuando ante el nuevo, juvenil empuje,
la vieja torre se cuarteja y cruje,
España, que es austera pero justa,
renace en vuestro brío y fortaleza...
¡Sed poderosos! La matrona augusta
como suya tendrá vuestra grandeza.

SINESIO DELGADO



COLON

Alas hubo en tu genio soberano;
alas en las gallardas carabelas,
cuando abrieron la lona de sus velas
bajo los pliegues del pendón hispano.

Del mar sin fin el misterioso arcano
vencer intentas y atrevido vuelas
sobre las olas, señalando estelas
de gloria en el hervor del oceano.

Entre el velo sutil de la neblina,
y al mágico poder de tu mirada,
abrió la Tierra, como flor marina....

Eres, Colón, un genio sin segundo,
que si Dios hizo el orbe de la nada
tú de los mares arrancaste un mundo.

ENRIQUE E. RIVAROLA



OFRENDA A ESPAÑA

En las nevadas crestas de los Andes,
bajo un golpe de sol, el agua brota
y palmorea entre peñascos grandes
como una carcajada que rebota;
y, en su carrera, sórdidos tumultos
suele arrastrar de piedras y de lodo,
a la manera del que arrastra insultos,
pero que marcha en triunfo sobre todo:
se hunde, luego, debajo de las rocas
y se filtra en cascadas transparentes;
y, sin lodo otra vez, llena las bocas
de los abismos e improvisa fuentes.
El agua, así, que de la andina altura
descendió por las ásperas pendientes,
cuanto más se ha golpeado está más pura...
¡No te importen a ti, madre de un mundo,
los golpes que te des!... En su caída
arrastra fango el manantial fecundo,
pero acaba por ser pureza y vida.
Y, así, en el ¡ay! de tus dolores grandes,
piensa que toda raza, en su aventura,
como el agua que brota de los Andes,
cuanto más se ha golpeado está más pura...
Tal la musa hacia ti se vuelve toda;
y, al ofrendarte el libro de su alma,
rejuvenece la robusta oda.
Antes que el numen tropical lo excite
y pulse, al pie de su nativa palma,
la castellana cítara, repite:
—¡Oh madre España! Acógeme en tus brazos,
y, al compás de mi cántico sonoro,
renueva el nudo de los viejos lazos;
que un anillo de oro hecho pedazos
ya no es anillo... ¡pero siempre es oro!

JOSE SANTOS CHOCANO



LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES

¡Los caballos eran fuertes!

¡Los caballos eran ágiles!

Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales...

¡Los caballos eran fuertes!

¡Los caballos eran ágiles!

¡No! No, han sido los guerreros solamente,
de corazas y penachos y tizonas y estandartes,
los que hicieron la conquista,

de las selvas y los Andes:

los caballos andaluces,

cuyos nervios tienen chispas de la raza voladora de los
[árabes,

estamparon sus gloriosas herraduras

en los secos pedregales,

en los húmedos pantanos,

en las nieves silenciosas,

en las pampas, en las sierras, en los bosques y en los
[valles.

¡Los caballos eran fuertes!

¡Los caballos eran ágiles!

Un caballo fué el primero,

en los tórridos manglares,

cuando el grupo de Balboa caminaba,

despertando las dormidas soledades,

que, de pronto, dió el aviso

del Pacífico Oceano, porque ráfagas de aire

al olfato le trajeron

las salinas humedades;

y el caballo de Quesada, que en la cumbre

se detuvo, viendo, al fondo de los valles,

el fuetazo de un torrente,

con el gesto de una cólera salvaje,

saludó con un relincho

la sabana interminable,

y bajó, con fácil trote,
los peldaños de los Andes,
cual por unas milenarias escaleras
que crujían al galope de los cascos musicales...
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Y aquel otro de ancho tórax,
que la testa pone en alto, cual queriendo ser más grande,
en que Hernán Cortés un día,
caballero sobre estribos rutilantes,
desde Méjico hasta Honduras,
mide leguas y semanas entre rocas y boscajes,
¡es más digno de los lauros,
que los potros que galopan en los cánticos triunfales
con que Píndaro celebra las olímpicas disputas
entre el vuelo de los carros y la fuga de los aires!
Y es más digno todavía,
de las Odas inmortales,
el caballo con que Soto, diestramente
y tejiendo sus cabriolas con el sable,
causa asombro, pone espanto, roba fuerzas,
y, entre el coro de los indios, sin que nadie
haga un gesto de reproche, llega al trono de Atahualpa
y salpica con espuma las insignias imperiales...
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

JOSE SANTOS CHOCANO



V

FIESTA DE CLAUSURA

LA INTENCION

El cura, en la confesión,
al avaro don Senén
le dijo: "Para obrar bien
basta, a veces, la intención".

Y el hombre, que no es un zote,
sino un tuno sin conciencia,
sigue con tal obediencia
lo que dijo el sacerdote,
que exclama con alegría
y de mansedumbre lleno:
"Yo hago intención de ser bueno
todas las horas del día.

No soy un malvado, ¡no!
y pues la intención me basta,
nadie en limosnas se gasta
lo que estoy gastando yo".

Y es verdad. Como le pida
limosna algún pobrecillo,
se echa la mano al bolsillo
y saca un peso enseguida.

Y luego, sin vacilar,
y casi sin enseñárselo,
hace la intención de dárselo...
¡Y se lo vuelve a guardar!

VITAL AZA



EL SOLDADITO DE PLOMO

Mi padre asador, mi madre cuchara,
yo soy soldadito de liviana tropa,
mi padre asador,
mi madre cuchara de sopa.
Tengo una peana de raíz de brezo,
redonda, no tiene de talón asomo,
tengo una peana de raíz de brezo
y el cuerpo de plomo.
Tengo la barriga pintada de azul
y de hinchada temo que estalle y me muera,
tengo la barriga pintada de azul
y de rojo la parte trasera.
No me muevo ni poco ni mucho,
y en mi aparador hago centinela,
no me muevo ni poco ni mucho
viendo a doña Rata por donde se cuela.
Y si, andando el tiempo, llego a capitán,
tres galones de oro mis mangas tendrán,
y si, andando el tiempo, llego a capitán,
me uniré con una muñeca de palo.
La pondrán sus damas, linda y blanca toda,
su traje de novia, del novio regalo,
y alegres tonadas de clarín oiréis,
como cuando celebran sus bodas
la reina y el rey.

DANIEL KLINGSOR



LA GRAN NOTICIA

A un viejo que pasaba por la calle,
una niña bonita
y de arrogante talle

detuvo del faldón de la levita,
diciéndole:—Señor, por vida suya,
quiero que usted me instruya
de las nuevas que aquí me participa
una tía que tengo en Arequipa.
Y, sin más requilorio,
alargaba una carta al vejestorio.
Cabalgó, el buen señor, sobre los ojos
un grave par de anteojos;
el sobre contempló, rompió la oblea,
la arenilla quitó de los borrones,
examinó la firma, linda o fea,
y se extasió media hora en los renglones.
Ya de aguardar cansada,
—¿Qué me dicen, señor?—dijo la bella.
Y el viejo echó a llorar, diciendo:—¡Nada!
Has nacido, mi bien, con mala estrella.—
Asustada la joven del exceso
del llanto del anciano,
le preguntó:—¿Quizá murió mi hermano?
Y el viejo respondió:—¡Ay! ¡Es peor que eso!
—¿Está enferma mi madre?—Todavía .
es peor, hija mía.
¡No puedes resistir a esta desgracia!
Yo, viejo y todo, me volviera loco...
—¿Qué ha sucedido, pues, por Santa Engracia?
—Que tú no sabes leer... ¡y yo tampoco!

RICARDO PALMA



EL NIÑO Y LA ESTRELLA

En el fondo de un cubo de agua clara,
un niño vió una estrella rutilante;
tan pequeña la vió cual si brillara
entre diáfanos velos un diamante.

—“Dame esa hermosa estrella, madre mía”
dijo, y al punto en los maternos brazos
rompió a llorar con pertinaz porfía
y su polichinela hizo pedazos.

Víctor Hugo pasaba; la querella
oyó, miró al infante con cariño,
y, piadoso, exclamó:—¿Por qué la estrella
no se la dáis, buena mujer, al niño?”

—“Se la diera, señor, de buena gana,
si cogerla pudiera el brazo nuestro,
como las flores que hay en mi ventana”.

—“Veremos, aguardad”, dijo el maestro.

Dirigióse al buen Dios que allá en la cumbre
del cielo azul su trono tiene fijo
en regio alcázar de perpetua lumbre.

—“Quiero una estrella. ¿me la das”, le dijo.

Dios contestó:—“Servirte no podría
sin sufrir inquietudes ni desvelos.

No hay astro innecesario en la armonía
del concertado coro de los cielos”.

Y repuso el maestro, que en la ciencia
de los sonidos es doctor profundo:

—“Nadie de ese astro notará la ausencia
en la caja de música del mundo.

Y es para un niño débil e inocente”

—“¿Me lo devolverá?”—“Seguro”.—“¿Intacto?”

—“Yo respondo”. Y el astro refulgente

Víctor Hugo cogió tras aquel pacto.

Lo entregó al pequeñuelo caprichoso,
diciendo: “Aquí lo tienes”, y al oído
le añadió, con acento cariñoso:

—Y si lo rompes, dile que yo he sido”.

CATULLE MENDES



UN APLAZADO

De pronto, como un breve latigazo,
mi nombre, Friedt, estalló en el aula.
Yo me puse de pie y un poco trémulo
avancé hacia la mesa, entre las bancas.
Era el examen último del año
y al que tenía miedo: la Gramática.
Hice girar resuelto el bolillero;
las dieciséis bolillas del programa
resonaron en él lúgubrementemente
y un eco levantaron en mi alma.
Extraje dos: adverbio y sustantivo.
Me dieron a elegir una de ambas
y elegí la segunda.—¿Y qué es el nombre?—,
díjome uno y me asestó las gafas.
Sentí luego un sudor por todo el cuerpo,
se me puso la boca seca, amarga,
y comprendí, con un terror creciente,
que yo del nombre no sabía nada.
Revolvía allá dentro, pero en vano;
me quedé en absoluto sin palabras.
Y empecé a ver la quinta en que vivíamos:
el camino de arena, cierta planta,
el hermano pequeño, mi perrito,
el té con leche, el dulce de naranjas...
¡Qué alegría jugar a aquellas horas!,
y sonreía mientras recordaba.
—¡Pero, señor,—rugió una voz terrible—,
el nombre sustantivo, una pavada!
Torné a la realidad; sobre la mesa,
los dedos de un señor tamborileaban,
el otro cabeceaba dulcemente,
el tercero sorbía de una taza.
Hacía gran calor. Yo tengo una
cara redonda, simple, colorada,
los ojos grises y los labios gruesos,

el pelo rubio, la sonrisa clara.
Yo quería jugar, no dar examen,
darlo otro día, sí, por la mañana...
Se me nubló la vista, de repente
los profesores se me borroneaban,
adquirió el bolillero proporciones
gigantescas, fantásticas,
oí entre sueños:—Señor mío,
puede sentarse... Y me llené de lágrimas.

FERNANDEZ MORENO



TARDE DORADA

¡Oh, dulzura gloriosa de la tarde dorada!
El río, silencioso, lleva un agua encantada,
entre álamos gentiles que el sol cubre de oro.
Por el oriente azul avanza el dulce coro
de soñolientas voces lejanas, taciturnas.
Es el coro inefable de las sombras nocturnas.
El crepúsculo apaga sus tonos exaltados
y se tornan de plata los álamos dorados.
Y hay una nube perla, inmóvil en el cielo,
bajo la cual destacan los pájaros su vuelo.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA



LA AURORA

Blando céfiro mueve sus alas
empapadas en fresco rocío...
De la noche el alcázar sombrío
dulce alondra se atreve a turbar...

Las estrellas cual sueño, se borran...
Sólo brilla magnífica una...
¡Es el astro del alba! La luna
ya descende, durmiéndose, al mar.
Amanece: la raya del cielo
luce trémula cinta de plata,
que, trocada en fulgente escarlata,
esclarece la bóveda azul;
y montañas y selvas y ríos,
y del campo, la mágica alfombra,
roto el negro capuz de la sombra,
muestran nieblas de cándido azul.
¡Es el día! Los pájaros todos
lo saludan con arpa sonora,
y arboledas y cúspides dora
el intenso lejano arrebol.
El oriente se incendia en colores...
los colores en vívida lumbre...
¡Y por cima del áspera cumbre
sale el disco inflamado del sol!

• PEDRO ANTONIO DE ALARCON



MAÑANA DE SOL

Sol en la arena,
sol en el agua,
sol en las flores,
sol en el alma.
La primavera
ríe en las ramas,
canta en los valles
y en las montañas.
Están de fiesta
viñas y zarzas;

cuelgan racimos
de flores blancas.
Es flor el campo,
flor y fragancia;
es flor la dicha
y es flor el alma.

Conciertan versos
viento y cigarras,
aves y fuentes,
cielo y montañas.

La luz ya colma,
sol, la mañana,
¡luz de mi tierra,
luz de mi infancia!

Luz que en torrentes
y en oleadas,
deslumbra y ciega
y se hace blanca.

¡Qué dulcemente
la nube pasa,
al mundo cubre
de luz velada!

Azules montes,
cimas nevadas,
cielos remotos,
el sol os baña.

Rueda de nuevo
la lumbrarada,
¡de luz seamos
que no se acaba!

Luz de la dicha,
de la mañana,
entre las piedras
murmura el agua.

ARTURO MARASSO



EL COHETE

Lanzóse audaz a la extensión sombría,
y era, al romper el céfiro, sonante,
un surtidor de fuego, palpitante,
que en las ondas del aire se envolvía.
Viva su luz como la luz del día,
resplandeció en los cielos, fulgurante,
cuando la luna en el azul radiante
como rosa de nieve se entreabría.
Perdióse luego su esplendor rojizo;
siguió fugaz cual raudo meteoro,
y, al fin, surgió como candente rizo.
Paró de pronto su silbar sonoro;
y, tronando potente, se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

SALVADOR RUEDA



A LOS ESTUDIANTES

A vuestras manos, juventud divina,
ha de pasar la patria, que os venera,
desde el lienzo inmortal de la bandera
al aula de elocuencia peregrina.
Bajo el cielo de luz, bajo el gran Helios,
irán, a vuestras manos inspiradas,
liras y leyes, músicas y espadas,
bisturíes, crisoles y evangelios.
Entre esos dedos que de luz florecen,
aumentad el legado que os ofrecen
y, a otra generación, brindadlo entero.
Que un siglo es sólo un vaso portentoso,
que vierte el contenido milagroso
de otro siglo en el vaso venidero.

SALVADOR RUEDA



ESTUDIA

Es puerta de la luz un libro abierto;
entra por ella, niño, y de seguro
que para tí serán, en lo futuro,
Dios más visible, su poder más cierto.
El ignorante vive en el desierto
donde es el agua poca, el aire impuro;
un grano le detiene el pie inseguro;
camina tropezando: ¡vive muerto!
En ese de tu edad abril florido
recibe el corazón las impresiones
como la cera el toque de las manos:
¡Estudia! y no serás, cuando crecido,
ni el juguete vulgar de las pasiones,
ni el esclavo servil de los tiranos.

ELIAS CALIXTO POMPA



TRABAJA

Trabaja, joven, sin cesar trabaja:
la frente honrada que en sudor se moja,
jamás ante otra frente se sonroja,
ni se rinde servil a quien la ultraja.
Tarde la nieve de los años cuaja
sobre quien lejos la indolencia arroja;
su cuerpo al roble, por lo fuerte, enoja;
su alma del mundo al lodazal no baja..
El pan que da el trabajo es más sabroso
que la escondida miel, que con empeño,
liba la abeja en el rosal frondoso.
Si comes ese pan, serás tu dueño,
mas, si del ocio ruedas al abismo,
todos serlo podrán, ¡menos tú mismo!

ELIAS CALIXTO POMPA



DESCANSA

Ya es blanca tu cabeza, pobre anciano;
tu cuerpo, cual la espiga al torbellino,
se dobla, y rinde fácil; ya tu mano
el amigo bordón del peregrino
maneja sin compás, y el aire sano
es, a tu enfermo corazón, mezquino.
Deja la alforja, vé, ¡descansa, ufano,
en la sombreada orilla del camino!
Descansa, sí, mas como el sol se acuesta,
viajero, como tú, sobre el ocaso,
y al astro que le sigue un rayo presta:
abre así, con amor, tus labios viejos
y alumbra, al joven que te sigue, el paso
¡con la bendita luz de tus consejos!

ELIAS CALIXTO POMPA



A UN IMPACIENTE

Lo que no logres hoy, quizá mañana
lo lograrás, no es tiempo todavía.
Nunca en el breve término de un día
madura el fruto ni la espiga grana.

No son jamás, en la labor humana,
vano el afán ni inútil la porfía;
el que con fe y valor lucha y confía
los mayores obstáculos allana.

Trabaja y persevera, que en el mundo
nada existe rebelde ni infecundo
para el poder de Dios o el de la idea;

¡hasta la estéril y deforme roca
es manantial cuando Moisés la toca
o estatua cuando Fidias la golpea!

MANUEL DE SANDOVAL



SONETILO

Procura, cuando caminas,
coger las flor de las cosas,
que es sabio arrancar las rosas
sin clavarse las espinas.

De estas artes peregrinas
son maestras primorosas
hormigas y mariposas,
abejas y golondrinas.

Alivia con tus cantares
el rigor de los pesares,
y hallarás consolaciones.
Que es don humano y divino
el de alegrar el camino
con risas y con canciones.

RICARDO LEON



A UN LUCHADOR

Hacia la gloria, luchador, camina.
No te infunda el ataque un desaliento.
¡Tú sabes bien cómo creció la encina
sin que pudiese detenerla el viento!

Que cada herida de dolor, provoque
un destello vivaz en tu alma pura;
cuando cae el martillo sobre el bloque,
desparrama fulgor la piedra oscura.

Y entonces, el espíritu, forjado
en el yunque de todos los dolores,
será como el diamante que, tallado,
se transforma en un haz de resplandores.

EMILIO FRUGONI



LA VIDA DEL AGUA

¡Qué vida tan alegre, tan rápida, tan loca,
la vida, tan fecunda, del agua de los montes,
que baja de las cumbres, que va de roca en roca,
gozando de tan puros y limpios horizontes!
El agua de las cimas bien parte sus venturas.
Ya brota de la fuente; ya va, de calle en calle,
cruzando por el huerto; ya deja las alturas,
y, al cabo, distribuye mercedes por el valle.
Y, al fin, cuando se extingue su rápida existencia,
perdiendo con su vida color y transparencia,
también reparte dones, feliz y agradecida.
Si a veces se evapora, su ofrenda rinde al Cielo.
Si filtra por tierra, salud recobra el Suelo,
de modo que su muerte bien vale por su vida.

CARLOS FERNANDEZ SHAW



ELOGIO DE LOS ALBAÑILES ITALIANOS

De pie sobre el andamio, en tanto hacen la casa,
cantan los albañiles como el pájaro canta
cuando construye el nido, de pie sobre la rama.

Cantan los albañiles italianos. Cantando
realizan sus proezas heroicas estos bravos
que han llenado la historia de prodigiosos cantos.

Hacen subir las puntas de agudos rascacielos,
trepan por los andamios, y en lo alto sienten ellos
que una canción de Italia se les viene al encuentro.

Más líricos que el pájaro son éstos que yo elogio:
el nido que construyen no es para su reposo,
el techo que levantan no es para sus retoños...
Ellos cantan haciendo la casa de los otros.

GUSTAVO RICCIO



UN SUEÑO

Díjome el labrador: —“Toma la azada,
procúrate el sustento apetecido”;
el tejedor: —“Fabrica tu vestido”;
el arquitecto: —“Erige tu morada”.

Huyendo en soledad desesperada,
por el género humano maldecido,
auxilio en vano a las deidades pido;
sólo fieras encuentro en mi jornada.

Aterrado despierto: el sol fulgura,
osado constructor la escala agita,
zumba el taller, sembrado miro el llano...

Desde entonces, asido a mi ventura,
sé que el hombre del hombre necesita,
y de todos al par me siento hermano.

SULLY PRUDHOMME



HUMILDAD

Ten un poco de amor para las cosas:
para el musgo que calma tu fatiga,
para la fuente que tu sed mitiga,
para las piedras y para las rosas.

En todo encontrarás una belleza
virginal y un placer desconocido...
Ritma tu corazón, con el latido
del corazón de la naturaleza.

Recibe como un santo sacramento,
el perfume y la luz que te da el viento,
quien sabe si su amor en él te envía
aquel que la existencia ha transformado.
Y sé humilde, y recuerda que algún día
te ha de cubrir la tierra que has pisado...

FRANCISCO VILLAESPEA



¡VIVAN LAS ALAS!

¿A la escuela otra vez?... ¿Y, a qué, Dios mío?,
¡si yo no soy capaz de aprender nada!
En recreo y en clase, siempre, siempre,
me aburro como el tordo en esa jaula...
¿No es cierto que te aburres, pobrecito?
Sentirás lo que yo siento, en el aula,
cuando en hermosos días abrialeños
miro el campo a través de la ventana.
Desde mi banco veo a mi potrillo,
que, espérandome, ¡pobre bestia mansa!,
las riendas por el suelo, mordisquea
alguna que otra mata...
¿Sabes qué siento? Siento un loco impulso
de escapar de la triste escuela, para
montar de un salto, en pelo, a mi potrillo
y atravesar la pampa...
¡Pero hay que contenerse y seguir horas
y horas atado al banco, en donde el alma
se me va entumeciendo poco a poco!...
¡Ah, tú me entiendes porque tienes alas!
¡Y, sin embargo, ignoras el martirio
de hacer palotes toda la mañana,
palotes y palotes en silencio!...
¡Y aún quieren que no escupa la pizarra!
¡Ah, mi pobre tordito! Cuando pías
tan dulcísimamente, y en la jaula
vas de un alambre a otro y las maderas
con tu pico martillas y repasas,
¿sueñas con escaparte de tu encierro
como sueño escaparme yo del aula?
¡Qué día tan hermoso el de hoy, tordito!
Es, por cierto, una lástima
que hayamos de pasarlo, así encerrados,
¡teniendo yo un potrillo, y tú dos alas!
¡No ha de ser, tordo mío!...

Yo no voy a la escuela esta mañana;
quiero hacer un paseo, ¡oh, que paseo!
sólo con mi potrillo y con mi alma...
Y, para ser dichoso enteramente,
voy a abrirte la puerta de la jaula.
¡Adios, tordito! ¡Abajo los encierros!
¡Vivan las alas!

GERMAN BERDIALES



EXTASIS

Cada rosa gentil, ayer nacida,
cada aurora que apunta entre sonrojos,
dejan mi alma en éxtasis sumida...
¡Nuncan se cansan de mirar mis ojos
el perpetuo milagro de la vida!

Años ha que contemplo las estrellas
en las diáfanas noches españolas,
¡y las encuentro cada vez más bellas!
Años ha que en la mar, conmigo a solas,
de las olas escucho las querellas,
¡y aun me pasma el prodigio de las olas!

Cada vez hallo a la naturaleza
más sobrenatural, más pura y santa.
Para mí, en rededor, todo es belleza,
y con la misma plenitud me encanta
la boca de la madre cuando reza,
que la boca del niño cuando canta!

AMADO NERVO



CANCION DE LA PAZ

Duermen los niños en sus cunas,
las buenas madres velando están;
“Duermen los niños”, “Sueñan los niños”

Esa es la paz.

Cantan los niños en la escuela,
vuela en los aires coro jovial,
“Cantan los niños”, “Juegan los niños”:

Esa es la paz.

El sol fecunda las campiñas,
los sembradores sembrando van;
grandes cosechas colman el mundo:

Esa es la paz.

A la distancia, en la llanura,
se eleva el humo del dulce hogar;
vuelan en torno las golondrinas:

Esa es la paz.

En los jardines florecidos
desgrana perlas el fontanar;
hay un idilio junto a la fuente:

Esa es la paz.

Diez mil navíos en las dársenas,
diez mil navíos van a zarpar;
por el mar vienen diez mil navíos:

Esa es la paz.

Por los senderos en tumulto
los campesinos vienen y van;
pasan cantando los campesinos:

Esa es la paz.

Vibra la vida en las metrópolis,
destruye y crea sin descansar;
“Vibra la vida”, “Triunfa la vida”

Esa es la paz.

Y en las aldeas y ciudades,
y en las montañas y en las campañas

ninguno falta, todos están:
están los viejos y los jóvenes,
están los hijos y están las madres:
Esa es la paz.

MARIO BRAVO



EL CORRO

Si todas las mozas del mundo
la mano se quisieran dar,
en torno del mar
un gran corro
se podría formar.
Si todos los mozos del mundo
se hicieran marinos,
podrían formar con sus barcas
un sólido puente,
un puente larguísimo.
Y entonces, en torno del mundo
un corro infinito,
un corro infinito se podría formar,
si todas las gentes del mundo
las manos, y en ellas el alma,
se quisieran dar.

PAUL FORT



RIMA

Del salón en el ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormida en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé: ¡cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: “¡Levántate y anda!”

GUSTAVO A. BECQUER



QUIENES SON LOS MUERTOS

No son los muertos los que en dulce calma
la paz disfrutan de la tumba fría;
muertos son los que tienen muerta el alma
y viven todavía.

No son los muertos, no, los que reciben
rayos de luz en sus despojos yertos;
los que mueren con honra son los vivos,
los que viven sin honra son los muertos.

La vida no es la vida que vivimos,
la vida es el honor, es el recuerdo,
por eso hay muertos que en el mundo viven
y hombres que viven en el mundo muertos.

RICARDO PALMA



EL BUQUE ABANDONADO

¿Por qué te cantan, al pasar, las olas,
bajel gallardo que la mar cruzaste,
sueñas las velas cual si abrieses blancas
alas al viento?

¿Por qué te cantan, al pasar, las brisas,
dulces endechas, y la queja suena
en tu cordaje, con el triste acento
de arpas lejanas?

¿Por qué, en la noche, rumorosas voces
brotar parecen de tu casco, y suben,
en himno hermoso, hasta el azul sereno
de las estrellas?

Te miro ahí, dismantelado, abiertas
de enormes bocas tus esbeltas formas,
roto el bauprés, la arboladura rota,
abandonado.

Y rememora el pensamiento mío
el día aquel en que, por vez primera,
proa a la mar y levantando espumas,
dejaste el puerto.

Y pienso cuánto venturoso augurio
siguió tu marcha; cuánto adios sentido,
desde la playa, en despedida tierna
movió el pañuelo.

Y hoy, en las costas de una tierra extraña,
sin gente, sin bandera, sin velamen,
volcado, roto, resto de un naufragio
eres apenas.

ENRIQUE E. RIVAROLA



ESTAS DURAS PALABRAS

¿Bajo el palio infinito de la noche callada,
no has visto entre las sombras la imagen del Señor?
El no se oculta nunca a ninguna mirada,
pero cierra los ojos para verlo mejor...

El que lo abarca Todo, se diluye en la Nada,
y desde allí derrama sus raudales de amor,

para que todos hagan sin dolor su jornada;
pero si alguno yerra, que repare su error...

Porque tarde o temprano será la culpa expiada.
¿Pero existe la culpa como existe el dolor?

Una voz me responde, serena y reposada:
la culpa es sólo un nombre que damos al error...

Si vives entre sombras no verás casi nada,
si enciendes una lámpara ya podrás ver mejor;
pero cuando despiertes tras la noche esperada
te cegará la lumbré con vivo resplandor.

Señor: Que no te ocultes a ninguna mirada,
cuando envías al mundo tus raudales de amor,
para que nadie diga después de su jornada,
estas duras palabras: ¡perdóname, Señor!...

LEOPOLDO VELASCO



LA CAMPANA

La arcilla, blanda y dócil como la blanda cera,
formando recio molde sobre la tierra espera;
hoy quedará fundida la colosal campana,
por obra del esfuerzo que a todos nos hermana.
Pensad que la campana que hacemos aquí abajo
será blasón altivo, escudo del trabajo
sobre la torre enhiesta de torres y espadañas,
y alegrarán sus sonos palacios y cabañas,
y muchos, muchos hombres, oyendo sus tañidos
sabrán que llora triste con tristes y afligidos,
y que une sus plegarias a las que el mundo eleva;
pues cuanto de este mundo la triste suerte lleva
asciende a la campana y, en ronco palpitir,
resuena y repercute sobre la humana gleba,
como sollozo inmenso de alborotado mar.
Mezclemos los metales, hagamos la alianza;
hagamos que se junten muy bien los dos metales;

lo tierno y lo robusto dan vida a la esperanza.
La tierra está apagando del bronce los ardores,
ya somos los obreros humildes sembradores,
que aguardan que en el surco germine la simiente;
el surco es cual la fosa donde la humana gente
al dar el postrer tumbo despierta a mejor vida;
si la campana suena doblando dolorida
porque murió la madre bendita y cariñosa,
o porque expira, triste, la amante y fiel esposa,
jamás nos entreguemos a inconsolable afán;
la voz de la campana subiendo siempre al cielo
nos muestra las regiones donde los justos van.
Mientras el duro bronce bajo la arcilla cuaja
gocemos del descanso que es grato al que trabaja;
hasta la tierra gusta del plácido descanso
cuando la noche llega, cuando tranquilo y manso
el “Angelus” bendito los tibios aires llena,
cuando su voz amiga por los espacios suena
pidiendo una plegaria en todos los hogares,
cuando las aves duermen, cuando, en lejanos mares,
se enciende la linterna del gigantesco faro,
cuando el pequeño busca consolador amparo,
cuando las flores cierran su perfumado broche,
cuando la paz desciende con la callada noche,
cuando los rezos suben de llanos y de oteros
cual almas que se elevan de sacro anhelo en pos,
cuando los querubines se truecan en luceros,
para mostrar al hombre la excelsitud de Dios...
¡Miradla! Ella es el premio de nuestro esfuerzo rudo
miradla reluciente como bruñido escudo;
“concordia” será el nombre que en el taller reciba,
y mientras ella suene y mientras ella viva,
pidamos que a los cielos levante corazones;
llevémosla muy alta, muy alta, junto al cielo,
hagamos que su bronce a todos dé consuelo,
y nos anuncie siempre con voces de inocencia
el inmutable curso de la humana existencia...

diciéndonos que todo cuanto la vista mira,
como el sonido nace, como el sonido expira,
como el sonido vibra, como el sonido hiere,
y Dios sólo es eterno y sólo Dios no muere.
¡Arriba! que sus sonos alegren nuestra villa;
labor de nuestros brazos... ¡cuán elevada estás!...
¡Hermanos... compañeros... doblemos la rodilla,
pidámosle que cante los himnos de la paz!

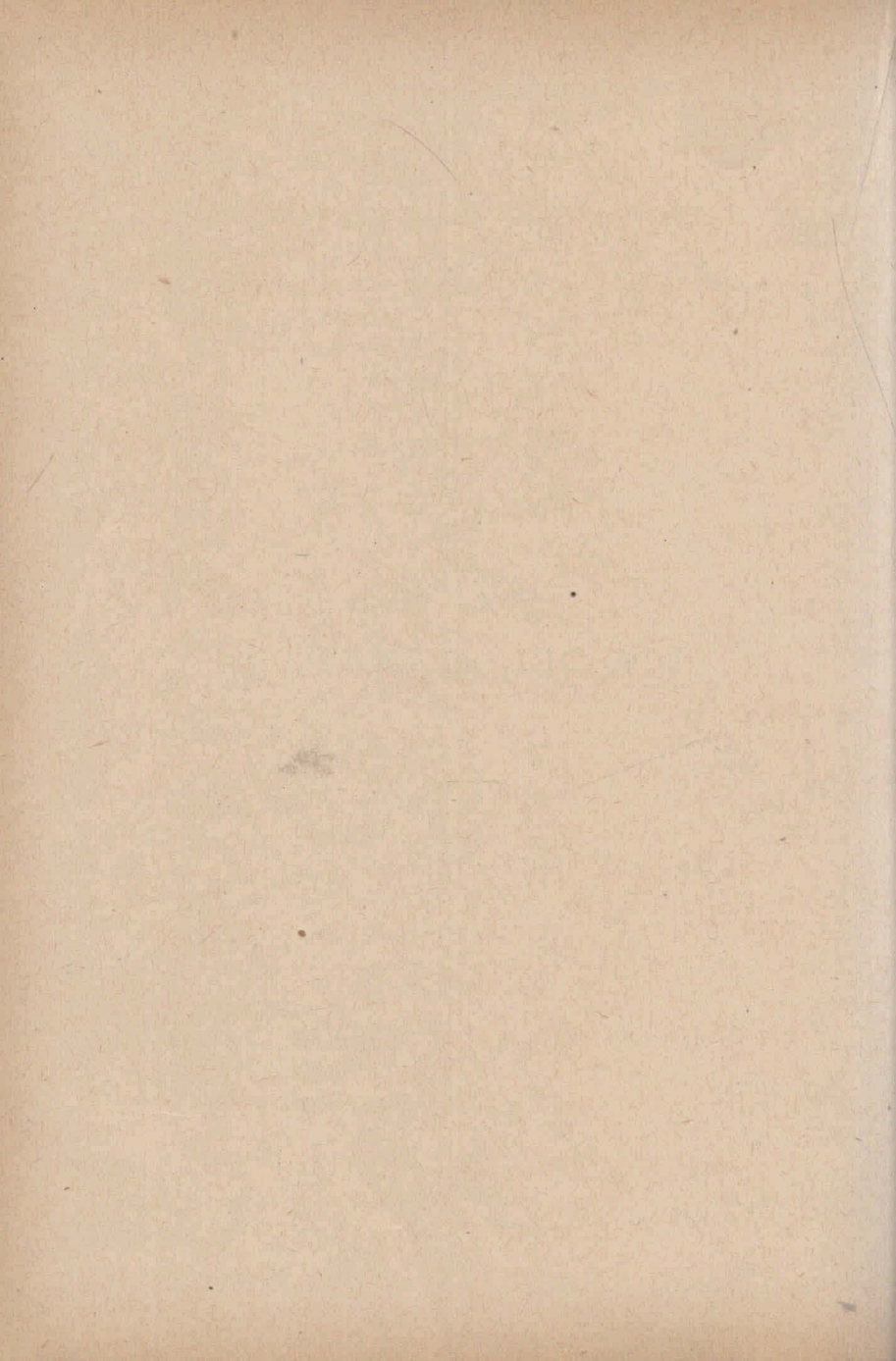
SCHILLER

(Adaptado)



VI

DIA DEL ANIMAL



PARA LA FIESTA DEL ANIMAL

El día 29 de abril se destina enteramente, en el país argentino, a celebrar la Fiesta del Animal. En todas las escuelas, como en ésta, las clases del día se refieren a los animales. ¿Es mucho que les dediquemos un día al año? ¿No nos dedican los animales todos los días de su vida?

El animal merece algo más que nuestra protección, algo más que nuestra piedad; merece nuestro cariño y nuestra gratitud. Tenemos que confesar que los animales son nuestros protectores; ellos nos dan de comer y levantan nuestras casas. Son nuestros servidores. Todo se lo debemos a ellos. ¿Qué sucedería en el mundo si los animales no quisiesen trabajar más? ¿Podrían venir a la escuela los niños que viven a larga distancia? ¿Podríamos arar las chacras tan económicamente? Si todos los animales se muriesen, ¿viviríamos comiendo vegetales solamente? Si las ovejas y cabras desapareciesen, ¿estaríamos tan abrigados en invierno? Si los perros escapasen de nuestras casas, dormiríamos tan tranquilos?

Todo se lo debemos a los animales: trabajan para nosotros, para los hombres. Nosotros robamos la leche que la vaca hubiera destinado a su bebé; separamos al potrillo de su mamá para venderlo; matamos al gracioso chivito y al lechón atorrante para convidar a los amigos; encadenamos al perro para que se enfurezca; le cortamos la cola al caballo para que parezca más bonito; enjaulamos al pájaro para gozar de su música: Y la vaca se acerca sumisa al que va a ordeñarla, y el potrillo relincha al que piensa venderlo, y el chivito salta en tor-

no del que va a matarlo, y el perro acaricia al que lo ata, y el caballo transporta al que lo tortura, y el pájaro canta para su carcelero.

¿Quién es, entonces, el protector y quién el protegido?

El niño cruel que con su honda hiere y mata a los pájaros, ¿se arrepentirá oyendo estas palabras? El descuidado que se olvida de dar de beber a su pobre caballo, ¿se arrepentirá también?

Así lo espero.

GERMAN BERDIALES



LA PIEL DEL SAPO

—¡Croc!, ¡croc!, ¡croc! Aquí estoy yo, dispuesto a explicarles por qué tengo estos moretones en la piel.

Hace mucho tiempo, fuimos invitados mi amigo el cuervo y yo, a ciertas fiestas que iban a hacerse en el cielo.

El día fijado, aproveché un descuido del cuervo, y me metí en la guitarra que él llevaba para tocar en las fiestas.

Cuando mi amigo llegó al cielo, todos le preguntaron por mí—pues esa gente es muy cortés—, y el cuervo, creyendo que yo me había quedado en la tierra, dijo que los sapos no podemos hacer viajes tan largos, y menos por el aire. Luego, dejando su guitarra a un lado, se sentó a la mesa.

Entonces yo, procurando que nadie me viese, salí de mi escondrijo, y haciendo como que llegaba en aquel momento, salude a todos: ¡Croc!, ¡croc!, ¡croc!, y empecé a divertirme, comiendo, cantando y bailando...

Concluídas las fiestas, todo el mundo se retiró y yo, creyendo que mi amigo estaba distraído, volví a es-

conderme en la guitarra... Pero, ¡qué! Esta vez no me fué tan bien, pues al regresar a la tierra, el cuervo, que sin duda sabía que llevaba un pasajero sin boleto, puso la guitarra boca abajo, y, ¡claro!, yo salí de ella ¡como bala!

Cayendo desde las nubes, me deshacía gritando: ¡Croc!, ¡croc!, ¡croc!, pidiéndoles a las piedras que se hicieran a un lado, mientras el cuervo, riendo: ¡Cuaj!, ¡cuaj!, me respondía que no tuviera miedo porque, del mismo modo que había subido hasta el cielo, podía bajar a la tierra...

¡Indigno!... Por culpa suya, pues, me dí un golpe tan grande, que aún tengo los moretones en la piel...

GERMAN BERDIALES



LOS ANIMALES

Hoy recogí en la escalera un gatito amarillento, muy feo y en estado lamentable. Ya hecho un ovillo sobre una silla a mi lado, parece completamente feliz y no pide nada más. Lejos de manifestarse salvaje, no ha querido divertirse sin mi presencia, y me seguía de pieza en pieza mientras yo iba y venía. No encuentro nada de comer en la casa; pero le doy lo que tengo, a saber, una mirada y algunas caricias; esto le basta, cuando menos por ahora. Para los animales y para los niños mientras son pequeños, para esas vidas que apenas se abren, lo único que importa es la protección y la dulzura.

ENRIQUE FEDERICO AMIEL



EL GORRION

Volví yo de caza y caminaba por una alameda de mi jardín. Mi perro corría delante de mí. De pronto acortó el paso y empezó a avanzar con cautela, cual si husmeara un ave.

Miré a lo largo de la alameda y ví un gorrión que aún tenía los lados del pico amarillos y plumón en la cabeza. Se había caído del nido (el viento balanceaba con fuerza los álamos blancos del paseo) y estaba quietecito, abriendo lastimeramente las alitas, casi sin plumas.

Con todos los músculos en tensión, **Tesoro** acercábase a él, cuando, de pronto, saltando de un árbol vecino, un gorrión viejo, de negra pechuga, cayó como una piedra delante mismo de la boca del perro; y todo erizado, enloquecido, jadeante, con un piar quejumbroso, desesperado, saltó por dos veces, en dirección a las fauces aquellas, abiertas y armadas de dientes agudos.

Habíase arrojado para salvar a su hijo; quería servirle de muralla. Pero todo su cuerpecillo se estremecía de terror; su grito era ronco y salvaje; moría, sacrificaba su existencia.

¡Qué monstruo tan enorme debía parecer a sus ojos el perro! Y sin embargo no pudo permanecer en su rama, tan alta y segura. Una fuerza más poderosa que su voluntad le había hecho lanzarse al combate.

Detúvose **Tesoro**, retrocedió. Dijérase que él mismo había reconocido aquella fuerza.

Todo confuso, me apresuré a llamar al perro, y me alejé lleno de una especie de santo respeto.

Sí, no riais: era respeto lo que sentí a la vista de aquel heroico pajarillo, ante su impulso de amor.

Y pensé: el amor tiene más fuerza que la muerte y que el temor a la muerte. Sólo por el amor se mueve y sustenta la vida.

IVAN TURGUENEFF



EL ULTIMO AMIGO

Dick es este pequeño ser que, unas veces, anda cabizbajo por las habitaciones con el aire de un ocioso derrotado por el aburrimiento, y, otras, va con la prisa y el afán de un trabajador muy ocupado, metiéndose por todos los agujeros, registrando todos los rincones y escurutando como un comisario de policía todas las oscuridades; que, a veces roba pañuelos y ovillos, y se hace perseguir con el producto de su robo en la boca como para jugar con nosotros; que ataca valerosamente al hombre más corpulento y huye asustado ante un embudo; que juega una hora con un periódico, que se enfurece como un león contra un zapato, y que pone el oído a la puerta como un espía; que desde la ventana me reconoce y corre a ladrar para que me abran la puerta.

¿Qué quieres ahora, Dick? ¡Ah, ya comprendo! Quieres ir a ver quien ha entrado. ¡Vé, curioso! ¡Pero no hagas tu acostumbrado escándalo de matasiete, como si a mi casa no vinieran más que ladrones!

EDMUNDO DE AMICIS



MI CANARIO

Tengo una canario,
que es un tesoro,
su pico es nácar,
sus plumas oro.
Cuando en la jaula
mueve sus alas,
no hay sol que alumbre
como sus galas.

A mis llamados
no se resiste,
le doy lechuga,
le pongo alpiste,
y él, que me quiere
como un hermano,
canta y se posa
sobre mi mano.

Sus cantos vierten
luz y armonía
y es de la casa
sol y alegría.

Tengo una canario,
que es un tesoro,
su pico es nácar,
sus plumas oro.

TEODORO PALACIOS



EL CUADRO DEL BURRO

Pintó el insigne don Francisco Goya
un burro de la casa en que vivía,
con tan rara verdad y valentía,
que el cuadro borrical era una joya.

Míster qué sé yo quién, inglés muy rico,
veinte mil reales por el lienzo daba:
Goya, que a la sazón necesitaba
un estudio bien hecho del borrico,
tenaz a enajenarlo se negaba.

Oyendo cierto día
el asno bobo discutir el trato,

exclamó sollozando de alegría:

—¡Mil duros da, el inglés, por el retrato!
Por el original, ¿qué no daría?

JUAN EUGENIO DE HARTZENBUSCH



BONITA LECCION

—“¡Papá, papá!—decía
la tierna Rosa, del jardín volviendo—
La jaula que guardaste el otro día
no seguirá vacía,
porque he logrado el nido que estás viendo!
¡Mira que pajaritos tan pintados!
En esa jaula les pondré su nido;
prodigaré solícitos cuidados
a los que aprisionar he conseguido
y les daré, en constantes ocasiones,
migas de pan, alpiste y cañamones.
Luego la jaula pintaré por fuera
y mandaré que doren su alambreira...
Pero, ¿en qué estás pensando?
¿No me escuchas, papá? ¡Te estoy hablando!”
—“Sí, querida hija mía;
pensaba, al escuchar esa querella,
que en la cárcel me han dicho que hay vacía
una celda muy bella...
y que te pienso trasladar a ella.
Como allí el reglamento es algo fuerte,
ni tu mamá ni yo podremos verte,
pero te mandaremos cien brocados
que aumenten su hermosura,
y haré dorar cerrojos y candados,
y de bronce pondré la cerradura.

Pero... ¡cómo!... ¿llorando estás por eso?”
—“Ya no lloro, papá, te he comprendido...
Corro a llevar al árbol este nido
y vuelvo por un beso...”

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO



EL LAZARILLO Y EL CIEGO

El tío Tabardillo,
ciego que de pedir se mantenía,
a una taberna dirigióse un día,
y díjole, en la puerta, al lazarillo:
—Entra: siempre nos da la tía Tomasa
algo que manducar. Entró el muchacho,
y al salir dijo al ciego: — No está en casa.
—¿Y no te han dado nada? —No. —¿Ni un cacho
de sardina? —Tampoco. —Pues yo creo
que hueles a sardina. —¿Yo? —¿Sin duda
te la has comido?

Y era cierto; el chico
quiso engañar al ciego, que tenía
el olfato muy fino; pero el viejo,
zurrándole el pellejo,
—¡Me hueles a sardina!,—le decía.
Mas siguieron andando,
y al cruzar una calle,
el muchacho travieso
guió tan mal al pobre Tabardillo,
que en la esquina de enfrente se dió un beso.
Airado el pobre ciego alzó el garrote,
mas el chico dió a huir, y desde lejos
le gritaba: —Tío zote,
si olió usted la sardina,
¿cómo asimismo no olió usted la esquina?

MANUEL DEL PALACIO



EL RATON DENTRO DEL QUESO

Mientras en guerras
se destrozaban
los animales
con justa causa,
un ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
estaba siempre
dentro de un queso.

Juntaban gente,
buscaban armas,
formaban tropas,
daban batallas:
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso

Pasaban hambres
en las jornadas,
y malas noches
en malas camas;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso.

Ya el enemigo
se ve en campaña;
al arma todos,
todos al arma;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
siempre metido
dentro del queso.

A uno le hieren,
a otro le atrapan,

a otro le dejan
en la estacada;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
metido siempre
dentro del queso.

Por fin lograron,
con la constancia,
sin enemigos
ver la comarca;
y el ratoncillo,
¡qué bueno es eso!,
metido siempre
dentro del queso.

Mas ¿quién, entonces,
lograr alcanza
el premio y fruto
de tanta hazaña?

El ratoncillo
¡qué bueno es eso!,
que siempre estuvo
dentro del queso.

PABLO DE JERICA



EL MEDICO CAZADOR

Un doctor muy afamado
que jamás cazado había,
salió una vez invitado
a una alegre cacería.
Con cara muy lastimera
confesó el hombre ser lego,

diciendo:—Es la vez primera
que tomo un arma de fuego.
Como mi impericia noto,
me vais a tener en vilo.
—Doctor, esté usted tranquilo.
Guillermo el guarda estará
colocado junto a usted;
él es práctico y sabrá
indicarle...

—Así lo haré,—
dijo el guarda. —Si señor,
no meterá usted la pata.
Verá usted, señor doctor,
los conejos que usted mata.
Siga en todo mi consejo,
¿que un conejo se presenta?
Pues yo digo: “¡Ahí va el conejo!”
¡Y usted tira y lo revienta!

—Bueno, bueno, siendo así...

—Nada, que no tema usted.

Quietecito junto a mí,
chitón, y yo avisaré.
Colocóse tembloroso
el buen doctor a la espera,
cuando un conejo precioso
salió de su gazapera.

—Ahí va un conejo,—le grita
el guarda.—¡No vacilar!
Y el doctor se precipita,
y ¡pum! disparó al azar.
Y es claro, como falló
diez metros la puntería,
el conejo se escapó,
con más vida que tenía.
El guarda puso mal gesto
y rascóse la cabeza.
Hubo una pausa y en esto

saltó de pronto otra pieza.

—Ahí va una liebre, doctor!

¡Tire usted pronto, o se esconde!

Y ¡pum! el pobre señor

disparó... Dios sabe adónde!

Gastó en salvas, sin piedad,

lo menos diez tiros, ¡diez!,

sin que por casualidad

acertara ni una vez.

Guillermo que no era un zote,

sino un guarda muy astuto,

dijo para su capote:

—Este doctor es un bruto.

No le pongo como un trapo;

¡mas yo sé lo que he de hacer!

Y al ver pasar un gazapo

corriendo a todo correr:

—¡Doctor!—exclamó Guillermo

con rabia mal reprimida:

¡Ahí va un enfermo! ¡Un enfermo!

Y ¡pum!, lo mató enseguida.

VITAL AZA



LOS CAZADORES Y LA PERRILLA

Es flaca sobremanera

toda humana previsión,

pues en más de una ocasión

sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana

un experto cazador,

el más hábil y el mejor

alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla
de ejercitados monteros,
de ojeadores, ballesteros
y de mozos de traílla.

Van todos apercebidos
con las armas necesarias,
y llevan, de castas varias,
perros diestros y atrevidos,
caballos de noble raza,
cornetas de monte; en fin,
cuanto exige Moratín
en su poema "La Caza".

Levantán pronto una pieza,
un jabalí corpulento,
que huye veloz, rabo al viento
y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
tras la cerdosa alimaña;
pero ella se da tal maña;
que a todos los aturrulla;
y aunque gastan todo el día
en paradas, idas, vueltas,
es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
han visto de que manera
pudo burlarse la fiera
de los tales cazadores,
oigan lo que aconteció,
y aunque es suceso que admira,
no piensen, no, que es mentira
que lo cuenta quien lo vió.

Al pie de uno de los cerros
que batieron aquel día,
una viejilla vivía

que oyó ladrar a los perros;
y con ganas de saber
en qué paraba la fiesta,
iba subiendo la cuesta
a eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla...
mas, sin pasar adelante,
es preciso que un instante
gastemos en describilla:

Sarnosa era... digo mal,
no era una perra sarnosa;
era una sarna perrosa
y en figura de animal;
era, otrosí, derrengada;
la derribaba un resuello:
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.

A ver, pues la batahola
la vieja al cerro subía,
de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba hizo la suerte
que se hubiese el jabalí
escondido, por si así
se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
que por ahí andaba gente,
tuvo por cosa prudente
tomar las de Villadiego:

La vieja entonces, al ver
que escapaba por la loma,
¡Sus! dijo por pura broma,
y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,
sombra de perra que fué,
de la cual se dijo que
no era perra ni era nada,
aquella perrilla, sí,
¡cosa es de volverse loco!...
no pudo coger tampoco
al maldito jabalí.

JOSE MANUEL MARROQUIN



LA MARIPOSA

Vuela, vuela, vuela
mariposa loca;
párate en las flores,
párate en las hojas.

De la pasionaria
bella, y dolorosa,
pósate en los clavos
que el cáliz adornan.

Vuela a los jazmines
que en la reja asoman,
y sobre ellos tiende
tus alas sedosas.

De la campanilla
entra en la corola,
y en su azul columpio
mérete gozosa.

Tiembla en los claveles,
titila en las rosas
palpita en las juncias
y en los lirios flota.

Gira, corre, pasa
por las flores todas;
vuela, vuela, vuela
mariposa loca.

SALVADOR RUEDA



BALADA DE DOÑA RATA

Doña Rata salió de paseo
por los prados que esmalta el estío,
son sus ojos tan viejos, tan viejos,
que no puede encontrar el camino.

Demandóle a una flor de los campos:
—Guíame hasta el lugar en que vivo
Mas la flor no podía guiarla
con los pies en la tierra cautivos.

Sola va por los campos, perdida,
ya la noche la envuelve en su frío,
ya se moja su traje de lana
con las gotas del fresco rocío.

A las ranas que halló en una charca
Doña Rata pregunta el camino,
mas las ranas no saben que exista
nada más que que su canto y su limo.

A buscarla salieron los gnomos,
que los gnomos son buenos amigos.
En la mano luciérnagas llevan
para ver en la noche el camino.

Doña Rata regresa trotando
entre luces y barbas de lino.
¡Qué feliz dormirá cuando llegue
a las pajas doradas del nido!

CONRADO NALE ROXLO



EL PAJARILLO

Yo ví sobre un tomillo
quejarse un pajarillo
viendo su nido amado,
de quien era caudillo,
de un labrador robado.
Vile tan congojado
por tal atrevimiento
dar mil quejas al viento
para que al cielo santo
llegue su tierno llanto,
llegue su triste acento;
ya con triste armonía
esforzando el intento
mil quejas repetía,
ya cansado callaba,
ya al nuevo sentimiento
ya sonoro volvía,
ya circular volaba,
ya rastrero corría,
ya, pues, de rama en rama,
al rústico seguía,
y saltando en la grama
parece que decía:
—Dame, rústico fiero,
mi dulce compañía—
y que le respondía
el rústico:

—No quiero.

ESTEBAN MANUEL VILLEGAS



EL NIDO

Mira el árbol que a los cielos
sus ramas eleva erguido;
en ellas columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Son hijos de un ruiñeñor
que en la tarde sosegada,
en la noche y la alborada,
les canta endechas de amor.

Ellos forman su tesoro
y en el ramaje sombrío
responde a su pío, pío,
cual diciendo: —Los adoro.

Quien los ve se maravilla;
aire y luz les da el espacio,
y viven en un palacio
de esparto, plumón y arcilla.

Un rapazuelo atrevido,
destructor, inquieto y malo,
ató una escarpia en un palo
para derribar el nido.

Ya la alzaba con sus manos
cuando, enternecido pecho,
le gritó: — Piensa en el lecho
en que duermen tus hermanos.

Piénsalo un instante y dí:
¿qué hiciera yo, qué esperara,
si un ladrón así matara
a tus hermanos y a tí?

Volvió el rostro con enojos
y halló a su madre el rapaz

que, con tristeza en la faz
y un mar de llanto en los ojos:

—Deja tales desvaríos,—
le dice—los seres buenos
cuidan los hijos ajenos
como yo cuido los míos.

Ese nido es un hogar;
no lo rompas, no lo hieras;
sé bueno y deja a las fieras
el vil placer de matar.

JUAN DE DIOS PEZA



EL TUQUITO

Un tuquito, que viaja
con su luz verde y blancuzca,
en la noche el rumbo pierde.

A la tierra, entonces, baja
y su rumbo en ella busca
con su luz blancuzca y verde.

Paseándose en el suelo
su fosfórica luz brilla
más escasa y menos bella.

Pero, apenas alza el vuelo,
su pequeña linternilla
se transforma en una estrella.

GERMAN BERDIALES



POR UNA HORMIGUITA...

Las hojas verdes, las baldosas rojas,
templado el sol y lánguida la brisa,
bajo la parra familiar del patio,
en los maternos brazos sonreías.
Yo pensaba, feliz, al contemplarte:
¡dulce es el mundo, sin dolor la vida!
cuando te echaste bruscamente al suelo
y tu inocente pie mató una hormiga.
Tú seguiste jugando por el patio.
Rezo estos versos yo por la hormiguita.

FERNANDEZ MORENO



A UN CABALLITO DE CALESITA

¡Pobre caballito
de las calesitas!
Tapados los ojos,
entre claras risas,
al son de una música,
qué cansado giras...
Tu dueño implacable
dejarte podría
pegar unos brincos
por esas campiñas,
bajo el sol de fuego
de las romerías.
¡Pobre caballito
que giras y giras!
¿Qué hacen esos otros
de actitud bravía,
de crines revueltas,
de orejas erguidas,

nevados y negros,
bayos y con pintas,
de doradas riendas
y gualdrapas finas?
Lucirse orgullosos
con sus cargas lindas,
de bucles castaños
y rosas mejillas...
En seco detente,
de rabia relincha,
no hagas caso al látigo
que en tu grupa silba,
ni a la frase dura,
ni a la musiquilla
a que por costumbre
lentamente giras...
Dile al empresario
te licencie un día,
y una buena máquina
tome tus fatigas.
¡Dile que los niños
no se enojarían!

FERNANDEZ MORENO



VACAS

De pronto, en el silencio de la noche,
se alzó un rumor lejano y temeroso
y el camino que corre frente a casa
sonó de viento y se encrespó de ola.
Era una tropa larga de ganado,
cientos de vacas las testuces bajas,
desgarrando las sombras con los cuernos,
midriáticas de espanto las pupilas,
deshechas con la helada las pezuñas,

dolientes de mujidos maternales.
Era una larga tropa de ganado,
flanqueada de fantásticos jinetes,
apretada a pechazos en la huella,
erizada de gritos primitivos,
toda alada de ponchos.

Y se perdió el rumor camino abajo.
Mañana un hombre, desde un carricoche
en el local sonoro de la feria,
al enérgico golpe del martillo
que hace al sol un relámpago de plata,
indiferente os venderá, vaquitas,
y resignadas partiréis de nuevo
tal vez hacia la muerte.

FERNANDEZ MORENO



EL PAJARO SEDIENTO

Iba por el camino. Con sus primeros lampos
el sol iluminaba el verdor de los campos
y hube de detenerme en la senda un momento
para que en paz bebiera un pájaro sediento.
Un pájaro, posado al borde de un hoyuelo
que con el grácil pico bebía agua del cielo.
¡Oh, generosa espera que me enseñó, aquel día,
que tan sólo en el ave es pura la alegría!
De súbito volvióse, al sentir mi presencia.
¡Y era todo ternura! ¡Y era todo inocencia!...
Luego, elevó su vuelo por sobre las acacias
y se alejó piando, cual si dijera: "Gracias,
niño, que en el sendero te has parado un mo-
[mento
para que se abrevara el pájaro sediento!"

FRANCISCO ISERNIA



EL CHINGOLO

El árbol que florece no está solo,
contemplándolo bien; en lo escondido
del árbol estival siempre hay un nido
donde rima sus trovas el chingolo;

el chingolo que canta
sus saudades al rayo de la luna;
que como un rezo flota y se levanta
sobre el cristal azul de la laguna.
El chingolo, de todas nuestras aves
la única, que poetiza y que gorjea
no bien la Cruz sus resplandores suaves
sobre el timbó dormido centellea.

El chingolo que anuncia en sus canciones
que se acercan la lluvia y el Pampero...

El chingolo que, triste y plañidero,
desaparece ya de estas regiones
echado por un pájaro extranjero:
por la envidiosa grey de los gorriones.

¡Salud, ave que alegras
del monte la espesura,
con tu traje marrón de manchas negras!
Que tienes en el pecho esa blancura
que tiene el guayacán en su divina,
en su fragante y pura
guirnalda campesina.

¡Salud, ave a quien temen los gusanos
de la mies y la vid! ¡Salve a los píos
que dicen, a las parvas y a los granos,
que tú velas y escudas los plantíos!
¡Salud, ave que cantas cuando emprenden
nuestros lirios azules sus viajes
al edén de los sueños, y se encienden
las lámparas del tuco en los ramajes!

CARLOS ROXLO



POR LOS NIDOS

Escuchad, compañeros: Cuando suena
de la escopeta el lúgubre estampido,
quién sabe si una ráfaga de pena
no hace cimbrar y estremecerse el nido.

Tal vez en los cintajos de la umbría,
donde la flor del ceibo abre su broche,
hay un ave, sin plumas todavía,
que temblará de frío aquella noche.

Tal vez cuando despunte sobre el llano
la mañana, vestida de azucenas,
recordará aquel ruido, aquel lejano
ruido que heló la sangre de sus venas.

¡Y con el pico abierto, escudriñando
con ansiedad los patrios horizontes,
pasará largas horas esperando
una brizna de hierba de los montes!

¡Cada vuelo que cruce por la altura
ha de arrancarle un estridente pío,
náufrago que divisa en la llanura
del ancho mar, la vela de un navío!

¡Y al ver que nadie escucha su reclamo,
de hambre y de afán, en su agonía horrenda,
picoteará desesperado el ramo
que sostiene su rústica vivienda!

¡Hasta que al fin, con trágica amargura,
caerá en el fondo del nidal vacío,
muerta de sed y viendo en la verdura
balancearse las gotas de rocío!

A veces de la selva en los parajes,
más floridos, más hondos, más secretos,
y a los pies de las lianas montaraces,
he encontrado pequeños esqueletos.

¡Son las aves, sin plumas todavía,
los huérfanos del monte, que, del nido,
por asomarse a ver si no volvía
la madre asesinada, se han caído!

¡Nunca hagáis daño sin razón que pueda
disculpar vuestra falta ante los ojos
del que adornó el festón de la arboleda
con nidos pardos y capullos rojos!

Si al mirar vuestras manos inocentes
—¡sensiblería!—algunos os vocean,
reíos sin temor de los valientes
que así con lo indefenso gallardean.

Decid a los que así os ridiculicen,
que no queréis que turbe vuestros sueños
la sombra de algún nido en que agonicen,
de hambre y de sed, los pájaros pequeños.

Decid que la oración, como el aroma,
para que suba a la celeste esfera,
debe tener blancuras de paloma
y grandes mansedumbres de cordera.

Y decid que de Dios en la balanza
no queda sin pesarse ni un gemido:
¡Dios pesa el ¡ay! que nuestro pecho lanza
y el proyectil que desmorona un nido!

CARLOS ROXLO



CANCION SERRANA

No encuentro palabras para ponderar
el queso de cabra que “para probar”
tanto me ofreciste!

Gracias debo dar

a Oliva que siempre te hizo recordar.
No encuentro palabras para ponderar
tan buen palabrar;
no encuentro palabras para ponderar
a la montañesa que supo ordeñar,
al cuajo serrano de pronto cuajar,
a la mano diestra de hábil amasar,
y a la mano amiga lista en regalar,
no encuentro palabras para ponderar!
En valles nativos yo he visto la ordeña:
llegaba el rebaño con pasito igual,
iban las cabrillas de una a la otra peña
doradas de cálida lumbre matinal.
Un corral de ramas, al pie, en la ladera;
y la ordeñadora, bata de percal,
torzal y botija sobre la cadera,
carita morena, boca liberal.

.....
La mano morena, que en todas ensaya,
exprime las ubres todas por igual;
y después “la negra”, “la mocha”, “la baya”,
“la blanca”, “la bizca”, “la mota” y “la paya”
huyen por la fácil puerta del corral.
Tienen las mañanas olor de verbena,
la brisa serrana peina el pastizal,
en los valles gimen el herque y la quena,
y en este algarrobo que de viejo appena
se aman dos horneros y canta un zorzal.

MARIO BRAVO



LOS GUANACOS

Entre los berruecos
del valle nevado
en tropel sonoro
pasan los guanacos,

con la grupa llena
de copitos blancos.
Agiles los remos
nerviosos; y el largo
pescuezo
estirado.

El hambre y la nieve
los trae hasta el llano,
con sus negros ojos
tristes, dilatados
y húmedos
de espanto.

En tropel sonoro
pasan los guanacos.

La manada guía
el hermoso macho;
fornido, potente, magnífico,
con algo de antiguo centauro. .

Las hembras lo siguen a ciegas,
temblorosas de miedo y cansancio.

Al ruido más leve
se apretujan todos como en mutuo amparo;
al aire levantan el húmedo hocico;
y los luminosos ojos asustados
clavan en el valle solitario y mudo.

Y siguen andando
ágiles, nerviosos,
bellos en su espanto,
en locas carreras
y saltos,
la testuz anhiesta
y hundidos los flancos.

En tropel sonoro
pasan los guanacos.

Por el valle cubierto de nieve
ha sido un relámpago.

ALFREDO R. BUFANO



EL PAVO REAL

El pavo real es el señor vizconde
que con golilla tornasol pasea;
entre plumas magníficas se esconde;
y con un grito trémulo responde
si la alegre gallina cacarea.

Pasea como un rey entre sus salas
luciendo, altivo, las abiertas rosas
que en amplia confusión forman sus galas;
él que tiene, en la cola y en las alas,
prendidas un millón de mariposas.

Vedle cómo en su cuello, donde empieza
ese matiz que entre las plumas vaga,
orgulloso levanta la cabeza:
¡vedle cómo conoce su belleza
y con su propia vanidad se embriaga!

Vedle cómo, señor de los señores,
mueve a compás el cuerpo en que tremola
la bandera de todos los colores,
mientras luciendo va todas sus flores
sobre el arco iris de la abierta cola...

JOSE SANTOS CHOCANO



EL ALA DEL ÑANDU

El ñandú en las pampas huye perseguido
por el fiero gaucho; y, en carrera loca,
corre presuroso, corre, corre, corre,
tanto que parece que ni el suelo toca.
Mide la llanura con sus bruscos saltos...
Nadie lo protege, nadie lo socorre;
pero, al acicate de su propio miedo
que le da más fuerzas, corre, corre, corre...

Lo persigue el gaucho sobre el ágil potro:
se oye el galopante casco que retumba,
el fragor de estribos, el runrún de espuelas
y el zig—zag de un lazo que en el aire zumba.
Y cuando ese lazo gira y se desdobra,
el ñandú, al sentirlo, cree, en su torpeza,
que está libre sólo con abrir un ala
y esconder debajo luego la cabeza.
¡Y es porque presiente que, más tarde, esa ala
se abrirá en las manos de una dama hermosa,
que también, a veces, cubrirá con ella
la coquetería de su faz de rosa!

JOSE SANTOS CHOCANO



EL CARDENAL

Entre los pájaros cantores,
ninguno más salvaje, ni más bello,
ni más bravo, ni más altanero.

Eres lindo, lindo
con tu pecho blanco,
con tu lomo gris
y tu arquitectónico mechón colorado,

Cardenal,
pájaro americano de copete rojo:
yo no sé como Rosas
no te hizo obligatorio.

Cardenal:
yo te he visto volar en el alba crecida,
portador de la mecha
para encender el día;

y he notado que al rato,
tu canción fresquita y mojada
venía apadrinando la madrugada.

FERNAN SILVA VALDES



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA YEGUA

Era como un antílope de ágil, y tan fuerte
 como un león del Atlas... En mi yegua he podido,
 mirándome por tantos corceles perseguido,
 a través de esos montes escapar de la muerte...
 La he perdido hace mucho. Fué en época lejana,
 y a pesar de los años, aún su pérdida lloro...
 Sus pupilas de ébano consteladas de oro
 tenían las dulzuras de una pupila humana...
 Fina de remos; móvil y estremecido el flanco;
 las orejas vivaces y la nariz ardiente;
 negra como la sombra... Sólo sobre la frente
 descarnada, lucía como un lucero blanco...
 Cuando sobre su cuello las riendas aflojaba
 o en sus ijares trémulos el acicate hundía,
 alcanzaba al antílope, al avestruz vencía,
 y hasta el sonoro vuelo del viento fatigaba...

FRANCISCO VILLALBA



LA MUERTE DEL NOVILLO

Ya prisionero, y maniatado y triste,
 sobre la tierra, quejumbroso brama,
 el más hermoso de la fértil vega,
 blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo, de cuchillo armado;
 el bruto ve con timidez el arma;
 rompe el acero palpitantes nervios,
 chorros de sangre la pradera esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo,
 el arma brilla purpurina y blanca,
 se queja el bruto y forcejeando tiembla,
 el ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolineando por el aire, vuelan
los negros guales de cabeza calva,
fijan el ojo en el extenso llano
y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
que oye la queja en la vecina pampa,
y densas nubes de revuelto polvo
caen en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
corre el ganado por la verde falda,
huele la sangre... y el olor a muerte
quejas y gritos de terror le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible;
por eso lloran la común desgracia
en ese clamoroso *de—profundis*
que todos ellos a los vientos lanzan.

EPIFANIO MEJIA



EL ESCARABAJO

Yo soy aquel que vive escondido en las flores
como en divina tumba, y cuando los calores
recargan el jardín con sus masas brutales,
recibo todo el cielo bajo techos florales.

Al asomar mi cuerpo por la rosa que adoro,
me parezco a un avaro oculto en su tesoro.
Vivo como ermitaño en su celda apartado,
sin deseos, habiendo mi corola heredado.

Absorto en ella, lejos de algún mirar curioso,
profundizo el inmenso estío minucioso.

Tengo alas. Y en mi celda cada vez más me hundo,
pudiendo, entre chispazos, ir a volar al mundo.

Mas en el rojo claustro que he querido escoger
vivo siempre, y medito y exprimo mi placer
lejos del torbellino sonoro de las cosas:
he renunciado al mundo, porque tengo las rosas.

ABEL BONNARD



EL PERRO AMIGO

Trágicamente has muerto, perro amigo,
compañero de tantas correrías
desde la infancia de lejanos días,
y en nuestra vida familiar testigo.

Viviste largos años al abrigo
del viejo hogar en donde compartías
de todas las tristezas y alegrías
que la inconstante vida trae consigo.

Viste partir al padre y a la hermana,
por siempre... y sólo te faltó la humana
virtud de hablar para expresar tu pena...

¡Cómo no recordarte con cariño,
si al evocar mi vida desde niño
te encuentro en toda familiar escena!

JUAN BURGHI



RIE POR LA MAÑANA LA CAMPIÑA

Ríe por la mañana la campiña,
y corre la zagala, casi niña,
desnudo el pie ligero:
llega al lugar sabido,
y da suelta al cordero preferido,
de los más pequeñuelos el más fiero.

Gozosa de librarle del que esquila
el paciente rebaño a trasquilones
carga con él y escápase intranquila,
la mano puesta en la menuda esquila
por que no les descubra con sus sonos.

Y, en la virgen alcoba,
sobre su propia sábana nevada,
con las tijeras que a su madre roba
(todas de plata con primor labrada),
besando la menuda cabezuela,
que, obligada a su amor, no se rebela,
con piedad, son unción, corta el primero
vellón de su cordero...

EDUARDO MARQUINA



LAS HORMIGAS

Ejército sencillo, alineado. Modelo
de disciplina; ¡cuánto pesar!, ¡cuánto desvelo
por la crueldad monstruosa del hombre que no sabe
vuestra labor humilde y al mismo tiempo grave
y hermosa! Yo os contemplo vagando en el jardín,
ya sobre un oloroso pétalo de jazmín,
ya sobre la sedante beatitud de las rosas,
siempre suaves y humildes, sencillas y hacendosas,

Hermanas que lo fuisteis de San Francisco. ¡Hormigas
que yo tanto venero, sed también mis amigas,
y acaso sienta entonces bajo la tarde de oro
el corazón más grande, más noble, más sonoro!

PEDRO MARIO DELHEYE



EL CORZO

La osamenta de un corzo blanqueaba en el suelo.
Huesos finos, que hacían de la carrera un vuelo
yacén sobre la tierra; las sutiles palancas
que daban un elástico movimiento a las ancas
y engendraban el salto, parece que, dormida,
guardan la fuerza súbita que las moviera en vida.
¡Pobres restos que dicen, en su lengua extrahumana,
una diatriba contra la crueldad humana!

ENRIQUE DIEZ CANEDO



MI PERRO

¡Sí, te recuerdo! Con alegre brío,
de la ribera, bajo el sol temprano,
tras una rama que arrojó mi mano,
te desplomabas bullicioso al río.

Y era la gloria del nadar bravío,
y era el regreso, de la presa ufano...
¡Ya con mi edad feliz duermes lejano,
inolvidable compañero mío!

Pero en mis días de quebranto, oscuros,
a mí te llegas, con tus ojos puros,

donde un anhelo compasivo flota;
y un verde gajo, de ilusión florido,
al alma ofreces, con amor traído
del lago azul de la niñez remota.

CARLOS OBLIGADO



LA VACA CIEGA

Topando la cabeza con las rocas
y caminando al agua por instinto,
viene la vaca solitaria. Es ciega.
Demasiado certera una pedrada
del rabadán le saltó un ojo, el otro
se lo esconde una nube; y así es ciega.
A abrevarse vendrá como solía,
pero sin aquel aire decidido
de entonces, sin amigas, viene sola.
Sus hermanas, por cuencas y vertientes,
por los prados y orillas de los ríos
hacen sonar la esquila mientras pacen
de la hierba al azar... Ella caería...
Da con el belfo en el pilón gastado,
retrocede espantada... pero vuelve
y, baja la cabeza, bebe a sorbos.
Bebe con poca sed. Luego levanta
al cielo enorme la testuz armada,
en un gran gesto trágico; moviendo
las dos pupilas muertas, parpadea
y se aleja, por fin, calmosa, huérfana
de luz en medio de aquel sol que abrasa,
vacilando al andar y sacudiendo
con languidez la macilenta cola.

JUAN MARAGALL



EL CARPINTERO

El maestro carpintero
de la boina colorada,
va desde la madrugada
taladrando su madero.

No corre en el bosque un soplo.
Todo es silencio y aroma.
Solo él monda la carcoma
con su revibrante escoplo.

Y a ratos, con brusco ardor,
bajo la honda paz celeste,
lanza intrépido y agreste
el canto de su labor.

LEOPOLDO LUGONES



EL NIDO AUSENTE

Sólo ha quedado en la rama
un poco de paja mustia,
y en la arboleda la angustia
de un pájaro fiel que llama.

Cielo arriba y senda abajo,
no halla tregua a su dolor,
y se para en cada gajo
preguntando por su amor.

Ya remonta con su queja,
ya pía por el camino
donde deja en el espino
su blanda lana la oveja.

Pobre pájaro afligido
que sólo sabe cantar,
y cantando llora el nido
que ya nunca ha de encontrar.

LEOPOLDO LUGONES



EL HORNERO

La casita del hornero
tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
el padre guarda la puerta,
con su camisa entreabierta
sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
su traje aseado y sencillo,
que con tanto hacer ladrillo
se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
el gajo de un sauce añoso,
o en el poste rumoroso
se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo;
y así, en su honrado desvelo,
trabaja mirando el cielo
en el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción,
como una cabeza crece,
mientras por dentro parece
un toSCO y buen corazón.

Pues como su casa es centro
de todo amor y destreza,
la saca de su cabeza
y el corazón pone adentro.

La trabaja en paja y barro,
lindamente la trabaja,
que en el barro y en la paja
es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
tiene sala y tiene alcoba,
y aunque en ella no hay escoba,
limpia está con todo esmero.

Concluye el hornero su horno,
y con el último toque,
le deja áspero el reboque
contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el circuito,
ya, sobre la tierra lisa,
con tal fuerza y garbo pisa,
que parece un martillito.

La choza se orea, en tanto,
esperando a su señora,
que elegante y avizora,
llena su humildad de encanto.

Y cuando acaba, jovial,
de arreglarla a su deseo,
le pone con un gorjeo
su vajilla de cristal.

LEOPOLDO LUGONES



CANTEMOS A LA LECHE

Cantemos a la leche cuyo gusto
sabe a beso infantil en nuestra boca.
La leche, plata líquida del pobre,
que las jícara blancas alborozan,
y en el aro del queso se amoneda,
y en lo más tierno del manjar provoca.
Abramos a las miserables infancias
el dulce manantial de la ubre rosa,
y al prodigarse, floreciendo en niños,
esa prosperidad tenga su gloria.
Como en los Paraísos legendarios,
ríos de leche nuestra dicha portan.

LEOPOLDO LUGONES



LA LANA

Cantemos las primicias de la lana
en la cordura honesta de la ropa;
y en ese bienestar equitativo
que al vecindario dan las casas propias;
y en esa gravedad que economiza
los pasos de las madres numerosas,
como honesta balanza bien cargada;
y en ese encanto de invernales horas,
que la velada hasta las diez hilaba
con paciente virtud, contando historias.

Aldabeaba el chubasco en los postigos
llorando los lamentos de la honda
noche exterior, deshecha en aguacero
sobre la pampa bostezada en sombra.
Adentro, junto a la pared, se oía
en un cacharro el canto de una gota;

pero las altas vigas afirmaban
con una recta solidez de eslora
aquel amparo de la paz interna
cuya seguridad satisfactoria,
parece que la vela concentrara
en su yema de luz quieta y metódica.
Y la madre pensaba en las ovejas
recién paridas, que caminan solas
en incesante marcha por los campos
cuando las lluvias frías las acosan,
al azar de la ráfaga empapada,
con doliente humildad, unas tras otras...
Las pobres, con sus hondos lagrimales
de vieja rubia, son tan lastimosas...

LEOPOLDO LUGONES



EL CABALLO CRIOLLO

Cantemos...
al pequeño caballo que, en las sendas
de la región criolla,
con su paisano soñoliento encima,
en un vigor reconcentrado trota.
El de las duras guerras en que hicimos
las hazañas aquellas de la historia.
El heroico de Salta y de los Andes,
el triste que en las épocas penosas,
sobre la pampa mártir de sequía
cumple el arduo servicio de la posta.
El fiel de las angustias sin amparo
que confían al chasque su zozobra,
cuando urge el parto cruel y el mal caduco
enloquece las noches horrorosas.
El que ordenó las bárbaras dehesas
de la frontera desbordada de hordas,
y en la final conquista del desierto,
sumiso y militar sirvió con Roca.

El que en su vil pelambre guarda el fuego,
como el tronco la brasa que lo dora,
con esa mansedumbre del coraje
que su alma elemental acondiciona.
El que huele a hombre fuerte en el descanso
y a fiebre inquieta en las ingratas obras,
y es la última amistad del gaucho libre
que al despoblado la injusticia arroja,
dejándole por únicos haberes
la firme daga y la guitarra sorda,
que habla bajo, pasado a la cintura
el brazo del varón, como una esposa.

Cuando al final de intrépida jornada
que al doméstico encanto nos retorna,
mientras él, aun jadeante, se refriega
el ojo en la rodilla temblorosa,
al ladrido del perro los que aguardan
salen llenos de plácemes y de ¡holas!,
entre un ruido de espuelas, todavía
en el extremo de la rienda floja,
con saludo cordial se unen las manos
y la cola del can tunde las botas.

Se amustia el cielo. La primer estrella
salta en el vago azul como una gota.
Y en la cocina negra el primer fuego,
como un gallo dorado se arrebola.

Todavía inconcluso el primer mate,
salimos, con idea previsoras,
a averiguar si hay pasto suficiente
en el cerco habitual donde acomodan.
El fatigado lomo aún exhala
su dejo de churrasco en las caronas;
y con una palmada al anca escueta,
la ternura viril que nos mejora,
paga—pobre animal—en brusco mimo,
aquel caudal de fuerza generosa.

Cumplamos con el buen veterinario
cuya modesta medicina aploma
los miembros aquejados por el duro
esparaván, o por la llaga crónica
que el linimento con unción tranquila
viene a colmar de lenidad piadosa.
Oh dulces ojos de la bestia enferma
que nuestra avara caridad imploran,
con un dolor sumiso e inocente
que a nadie culpa la maldad incógnita.
Hombre que alivias al caballo viejo,
dándole agua y quitándole las moscas:
cuando el llanto consuele tu alma oscura,
sabe que es aquella agua lo que lloras.

LEOPOLDO LUGONES



LA TUMBA DEL SOLDADO

El vencedor ejército la cumbre
salvó de la montaña,
y en el ya solitario campamento,
que de vívida luz la tarde baña,
del negro terranova,
compañero jovial del regimiento,
resuenan los aullidos,
por los ecos del valle repetidos.

Llora sobre la tumba del soldado,
y bajo aquella cruz de tosco leño,
lame el césped aún ensagrentado
y aguarda el fin de tan profundo sueño.

Meses después, los buitres de la sierra
el valle, campo de batalla un día,
rondaban todavía.

Las cruces de la tumba ya por tierra...
ni un recuerdo ni un nombre...

¡Oh! No; sobre la tumba del soldado,
del negro terranova
cesaron los aullidos,
mas del noble animal allí han quedado
los huesos sobre el césped esparcidos.

JORGE ISAACS



LOS HORNEROS

Era horrible aquel año la sequía:
un soplo abrasador
de la tierra argentina calcinaba
la fecunda y magnífica región.
Mugían en los campos los ganados,
ya trémula la voz,
y los pacientes bueyes escarbaban
la tierra estéril, sorda a su clamor.
El potro de las pampas, que otro tiempo,
nervioso y vencedor,
a Chile y al Perú, nuestros hermanos,
con San Martín la libertad llevó.
Sobre el inmenso llano, que a sus cascos
era breve extensión,
hasta del vil chimango presa inerme
con fúnebres relinchos, ¡expiró!
Implacable, entre cárdenos vapores,
su fuego arroja el sol,
y en errantes columnas, lanza el viento
remolinos de polvo abrasador.
Ya no entonan alegres los horneros
su vibrante canción:
pasan mustios, callados, largos días
a la sombra del árbol protector.

Ven, en sueños, nidadas de polluelos,
y, en paterna ilusión,
sienten ya bajo el ala cariñosa
de sus hijos el grupo bullidor.
No padecen de sed, porque el rocío
que en la noche cayó,
entre las hojas del ombú les brinda
refrescante y purísimo licor;
ni víctimas del hambre desfallecen,
porque, en toda estación,
ya en el suelo aprisionan, ya en los aires,
las alas del insecto volador;
están tristes y mudos los horneros,
no entonan su canción,
porque son arquitectos, y no hay barro
para hacer el palacio de su amor.

¡Gloria a Dios en la tierra y en el cielo!
¡De occidente se ve
avanzar densa nube color plomo
ceñida de relámpagos la sien!

Vuela el polvo batido por las gotas
que empiezan a caer,
y el olor desabrido de la lluvia
es fragancia al espíritu esta vez.

Con frenético impulso, los ganados
descienden en tropel
al polvoroso lecho del arroyo,
donde tantos murieron hasta ayer.

A manera de elásticas neblinas,
las aves, cien a cien,
sobre cada laguna se dispersan
y se abaten de súbito después.

Las cercetas, los ánades azules,
difunden a la vez,

el chasquido de bronce de sus alas,
barriendo el agua para hallar sostén.

Entretanto, redobla el aguacero,
y hasta el rayo cruel,
al herir la llanura a latigazos,
parece que la hiere por su bien.

Llovió mucho, muchísimo, y al cabo
volvió el sol a verter
su luz sobre las charcas y lagunas,
que en tersa plata relucir se ven.

Irradiaba el ombú luces metálicas
de la copa hasta el pie,
y volaron al campo los horneros
batiendo el ala con vivaz placer.

El anhelo, el afán que los domina,
¡quién pudiera decir!
¡Quién pintar de sus baños en los charcos
el veloz aleteo, el frenesí!

Y sus cantos vibrantes, repetidos,
que resuenan, al fin,
cual si niños robustos y felices
se echaran como locos a reír...

Dan principio después a la tarea
con ansiedad febril;
a la dulce tarea de ir alzando
los recios muros de un hogar feliz.

Van y vienen, trayendo entre sus picos
ora paja, ora crin,
que amasada con barro, en un cemento
mejor que el portland se convierte allí.
Luego suelen un poste, una cumbrera,
un árbol elegir,
para alzar un palacio, cuyos planos
saben ya de memoria porque sí.

El pico transformado en ingeniosa
cuchara de albañil,—
que hasta el mismo Palladio envidiaría
si hubiera estado alguna vez aquí,—
el cimiento comienzan de la fábrica
en círculo a construir:
una puerta, un pasillo y una alcoba...
¡cuán poco basta para ser feliz!

Los muros encorvándose, terminan
en bóveda gentil,
y ni lluvias alcanzan ni huracanes
el flamante palacio a destruir.

Poco tiempo después, ambos esposos
dan caza al alguacil,
a la abeja, a la oruga y en la alcoba
se oye un grato incesante rebullir.

Al ceñirse una aurora del estío
su nimbo carmesí,
vió a la puerta, agrupados, los polluelos,
y a sus padres llamarlos a vivir;
luego, abiertas las alas inseguras
bajo el cielo turquí,
arrojarse a los campos de la patria
la familia inmortal del albañil.

RAFAEL OBLIGADO



VII
FABULAS



LA APUESTA

Celebrando juntos varios jóvenes griegos sus adelantos en la ciencia de la filosofía, uno de ellos bebió más de lo regular y, embriagándose completamente, comenzó a hacer las más absurdas apuestas. Tuvo mayor éxito que todas, la de que se atrevía a beberse el mar. —“¿Estás loco?”,—dijéronle a una todos sus compañeros. Pero como insistiese en hacerla y ofreciese su anillo en prenda, uno lo tomó cambiándoselo por el suyo. Al otro día el estudiante, fresco ya, encontróse con el anillo ajeno que le recordaba su absurda apuesta; y no pareciéndole digno volverse atrás, buscó a Esopo y le habló en estos términos: —“Ya sabes, discreto amigo, que en un momento de embriaguez he apostado anoche a beberme el mar: ¿podré sostener la apuesta?” Esopo le dijo que sí, y encargó que se citara a los testigos para la orilla del océano. Allí, en efecto, mandó poner el fabulista una gran mesa cubierta de vasos, y alrededor de ella colocó multitud de sirvientes con jarros enormes, como en disposición de servir el agua. Rompió el silencio entonces el que había hecho la apuesta y dijo: —“Yo, señores, he apostado a beberme el agua del mar; pero no la de los ríos y arroyos que desembocan en él; parad, pues, su curso inmediatamente, y que empiecen a traerme agua”.

ESOPO



EL LOBO Y EL CORDERO

Sedientos llegaron a cierto arroyo un Lobo y un Cordero. Este pobre bebía en lo más bajo de la corriente, mientras que el Lobo se encaramó en lo más alto. — “¿Por qué me enturbias el agua que bebo?”, —dijo la fiera a su codiciada víctima, deseando hallar un pretexto para devorarla. — “¿Estás loco? —replicó el Cordero inocente:— el agua corre hacia mí desde donde tú te hallas; ¿cómo, pues, he de enturbiarla yo?” La fuerza de la verdad obligó al Lobo a callar y morderse los labios. Pero un momento después, añadió con rabia: — “¡Seis meses hace que me llenaste de injurias, pícaro Cordero!”. — “¡Seis meses!... — repuso el infeliz; — pues, ¡si no tengo más que cinco!” — “Bien, entonces sería tu padre...” — y se tiró sobre él y se lo comió.

Cuando un lobo se empeña en tener razón, ¡pobres Corderos!

ESOPO



EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla
el dicho animal;
y dió un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

¡Oh! dijo el borrico:
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán qué es mala
la música asnal?

Sin reglas del arte
borriquitos hay,
que una vez aciertan
por casualidad.

TOMAS DE IRIARTE



LA RANA Y LA GALLINA

Desde su charco una parlera rana
oyó cacarear a una gallina.

—“Vaya; le dijo: no creyera, hermana,
que fueras tan incómoda vecina.

Y con toda esa bulla, ¿qué hay de nuevo?

—“Nada, sino anunciar que pongo un huevo”.

—“¿Un huevo solo? ¡y alborotas tanto!”

—“Un huevo solo; sí, señora mía.

¿Te espantas de eso, cuando no me espanto
de oírte como graznas noche y día?

Yo, porque sirvo de algo lo publico;
tú, que de nada vales, calla el pico”.

TOMAS DE IRIARTE



EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA

Trabajando un gusano su capullo,
la araña, que tejía a toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:

—“¿Qué dice de mi tela el buen gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
y ya estará acabada al medio día”.
El gusano con sorna respondía:
—“Usted tiene razón; así sale ella”.

TOMAS DE IRIARTE

(Adaptado)



LA PERLA Y EL DIAMANTE

Dijo la perla al diamante:
—“Valgo mucho más que tú;
de negro carbón naciste,
y yo de la mar azul”.

Y le contestó el diamante:
—“Tu mérito es muy común.
¡Siempre fuiste y serás blanca!
¡Yo fuí negro, y vierto luz!”

MARTIN ANTONIO NARVAEZ



FLACOS Y GORDOS

—¿Cómo
vive
gordo
Paco,

mientras
Rogue
se halla
flaco?"

—“Porque
comen,
dice
Paca,
uno
berzas
y otro
vaca!...”

A eso
dice
doña
Diega:
“Eres
tonta,
y eres
ciega.

Coman
vaca,
coman
tordos,
nunca
flacos
se hacen
gordos.

Coman
berzas,
coman
tacos,
nunca
gordos
se hacen
flacos.

Otra
causa,
Paca
mía,
flacos
hace,
gordos
cría:

Pero
callen
metros
sordos,
y hablen
versos
lucios,
gordos.

Unos tienen
carne
flaca,
aunque
coman
mucho
vaca;

y otros
tienen
gordas
fuerzas,
aunque
sólo
coman
berzas”.

Un pavo se almorzaba Juan Climaco,
y estaba siempre flaco,
mientras Ruperto se almorzaba un tordo,
y estaba siempre gordo.

Ten la naturaleza por amiga,
y aunque no comas, criarás barriga.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE



EL PELOTAZO

A un Chiquillo un Chicazo
le encajó tan tremendo pelotazo,
que le hizo un gran chichón en el cogote;
mas la pelota, al bote
volviendo atrás con ímpetu no flojo,
tornó por donde vino;
y encontrándose un ojo en el camino,
al autor del chichón dejó sin ojo.

No haga al prójimo mal quien esto note,
porque el mal es pelota
que vuelve contra el mismo que la bota,
o miente el pelotazo en el cogote.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE



LA MOSCA INSTRUIDA

En no recuerdo qué tienda,
sita en la calle de Loria,
había un papel untado
no sé bien con qué ponzoña.

Su aspecto y disposición,
su color, su brillo y forma,
a las moscas convidaban
sobre él a posarse todas.

Pero todo aquello era
exterioridad traidora;
pues cuantas iban al unto,
tantas caían redondas.

Una de ellas, que volaba
de golosinas ansiosa,
viólo, y quiso dirigirse
a chuparlo con su trompa,

cuando fijando la vista
en unas letras muy gordas,
vió que decían: “PAPEL
PARA DAR MUERTE A LAS MOSCAS”

—“¡Tate! —exclamó— ¡y yo creía
por su apariencia engañosa,
que se podía comer
lo que ha matado a esas otras!

Por fortuna me he librado
de una suerte desastrosa,
gracias a saber leer;
que sinó... ¡Dios me socorra!

Desde ahora en adelante
voy a aplicarme, no es broma,
a estudiar más cada día,
que el saber a nadie estorba”.

Hechas estas reflexiones
tan justas y filosóficas,
matriculóse en Gramática,
en Química y en Historia.

Ahora bien, niños y niñas:
¿seréis tan tontos y tontas,
que desdeñéis el estudio
después de oír a esa mosca?

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE

(Adaptado)



LOS AMIGOS

Un enano y un gigante
se encontraron una vez.
Al principio se trataron
con mucho servir a usted.

El enano se empinaba
con ganitas de crecer,
y, el gigante, agachadito,
le escuchaba lo más bien.

Pero, pasando unos días,
se acabó el trato cortés.

Al gigante la cintura
se le estaba por romper
y al enano le dolían
las puntitas de los pies.

Desparejas amistades
este fin suelen tener.

GERMAN BERDIALES



LAS OLAS

Igualmente gigantescas
e igualmente poderosas,
cuatrocientas olas blancas
precipítanse a la costa,
pues quien llegue la primera
será reina de las otras.

En tropel incontenible
corren ciegas, saltan locas,
pero hay una que arremete
y aventájalas a todas...

Ya ha vencido, ya es la reina,
ya la aclaman por señora,
cuando el ímpetu que trae
la hace añicos en la costa.

¡Y el cristal de sus espumas
es su efímera corona!

GERMAN BERDIALES



LA ESTRELLA

Una estrella, que en la altura
envidiaba noche a noche
de otra estrella la hermosura,
hízole a Dios un reproche
y Dios, con su mano pura,
la desprendió de su broche.

Así, en vuelo silencioso,
bajó la envidiosa estrella
a buscar dentro de un pozo
a la envidiada por ella,
y en el espejo engañoso
se halló con su imagen bella...

GERMAN BERDIALES



LOS TROMPOS

Un trompo caduco y un trompo bebé
así dialogaron bailando en un pie:

—Querido abuelito,—zumbaba el pipiolo,—
¿jamás has logrado bailar por ti solo?

Y rezongó el viejo: —Se danza chiquillo,
por los cordelillos que aprietan la panza...
¡No hay nadie que dance sin su cordelillo!
Y aquí se acabaron la charla y la danza:

GERMAN BERDIALES



QUE SEA HASTA EL FIN VESTIDO BLANCO

¡Ten cuidado que manchas el vestido!
con el jugo que vierte ese durazno.
¿No sabes que las manchas de esa fruta,
al agua y al jabón dejan burlados?

Evita en tu vestido toda mancha
que no pueda quitársele al lavarlo;
que se rompa y se acabe, eso no importa,
¡pero sea hasta el fin vestido blanco!

VICENTA CASTRO CAMBON



EL MUCHACHO Y LA VELA

Dijo una vez a la encendida vela
un chico de la escuela:
—Yo quiero, como tú, lucir un día.
La vela respondió: —La suerte mía
sólo es angustia y humo.
Brillo, sí; mas brillando me consumo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



LOS CARACOLES

Dos caracoles un día
tuvieron fuerte quimera
sobre quien mayor carrera
en menos tiempo daría.
Una rana les decía:
—Yo he llegado a sospechar
que sois ambos a la par
algo duros de mover;
**antes de echar a correr
mirad si podéis andar.**

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



EL LATIGO

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino,
y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo;
juntando las porciones fué tejiendo
un látigo tremendo
con la villana idea
de zurrar a los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
la intención, por lo visto, mucho menos.
Dióse a pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la madre de notar la sisa,
y, registrando con afán prolijo
el arca donde el hijo
guardaba con la ropa sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda
y al muchacho le dió tan recia tunda

que, a contar de las piernas al cogote,
no le dejó lugar libre de azote,
diciendo, al batanarle de alto a bajo:
—“¡Mira cómo te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
y, con el robo, yo te vapuleo!

**Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio”.**

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH



ACICATE

Puede una gota de lodo
sobre un diamante caer,
puede también de este modo
su fulgor obscurecer.

Pero aunque el diamante todo
se encuentre de fango lleno
ha de ser siempre diamante
por más que lo manche el cieno.

RUBEN DARIO



LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado
que va diciendo a todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
más compañía que su pensamiento
que alegre le ofrecía
inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la infeliz lechera
y decía entre sí de esta manera:
—Esta leche, vendida,
en limpio me dará tanto dinero;
y con esa partida,
una cesta de huevos comprar quiero
para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el pío-pío.

Del importe logrado
de tanto pollo, mercaré un cochino:
con bellota, salvado,
berza y castaña, engordará sin tino;
tanto, que puede ser que yo consiga
el ver como le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
sacaré de él, sin duda, buen dinero;
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero
que salte y corra todá la campaña,
desde el monte cercano a la cabaña.

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera
que a su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! ¡Adiós, leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!
¡Oh loca fantasía,
que palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
no sea que saltando de contento
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre tu cantarillo la esperanza.

No seas ambisiosa
de mejor o más próspera fortuna,
que vivirás ansiosa
sin que pueda saciarte cosa alguna.

No anheles impaciente el bien futuro:
mira que ni el presente está seguro.

FELIX MARIA SAMANIEGO



EL VIEJO Y LA MUERTE

Entre montes, por áspero camino,
tropezando con una y otra peña,
iba un viejo cargado con su leña
maldiciendo su mísero destino.
Al fin, cayó, y viéndose de suerte
que apenas levantarse ya podía,
llamaba, con colérica porfía,
una, dos y tres veces a la muerte.
Armada de guadaña, en esqueleto,
la Parca se le ofrece en aquel punto.
Pero, el viejo, temiendo ser difunto,
lleno más de terror que de respeto,
trémulo le decía y balbuciente:

—“Yo... señora... os llamé desesperado”.

—“Pero... Acaba; ¿que quieres, desdichado?”

—“Que me carguéis la leña solamente”.

Tenga paciencia quien se crea infelice
que, aún en la situación más lamentable,
es la vida del hombre siempre amable:
el viejo de la leña nos lo dice.

FELIX MARIA SAMANIEGO



LA CARAMBOLA

Pasando por un pueblo un maragato,
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, con todo disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,
pegó una cox y derribó al muchacho.

Es el mundo, a mi ver, una cadena,
do rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena,
refluye en nuestro mal, por carambola.

RAMON DE CAMPOAMOR



EL NIÑO BIEN CRIADO

A cuatro o cinco chiquillos
daba de comer su padre
cada día; y como eran
tantas porciones iguales,
un día se olvidó de uno.
El, por no pedir, que es grave
desacato en los chicuelos,
estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
y dijo el chiquillo: "¡Zape!
¿De qué me pides los huesos
si aún no me han dado la carne?"

PEDRO CALDERON DE LA BARCA



EL RATON CIUDADANO Y EL RATON CAMPESSINO

Pues, señor, a un ratón campesino,
cierto día un ratón ciudadano
a las sobras le invita, muy fino,
de un sabroso yantar cortesano.

En alfombra de Oriente servida
la pitanza magnífica vieron,
ya podréis figuraros la vida
que los dos camaradas se dieron.

¡Qué regalo! ¡Qué linda y bien puesta
la comida! ¡Qué noble atavío!
Pero vino a turbarles la fiesta,
cuando estaban los dos en su avío,
un rumor, no se sabe de dónde,
que se escucha en la puerta, cercano:
el ratón campesino se esconde,
y le imita el ratón ciudadano.

Ha cesado el rumor: al instante
los dos dejan su angosto escondite,
y el ratón ciudadano galante:
—“Terminemos—propone—el convite”.

—“No—le dice el villano—, ya basta.
Ven conmigo mañana a mis lares.
Comeremos. Allí no se gasta
tanto lujo de regios manjares.

Pero nadie interrumpe. Si quieres
calma y paz, ofrecértelas puedo.
Conque, adiós. Son menguados placeres
los que turba de súbito el miedo”.

LA FONTAINE



EL SOL Y EL POLVO

Alzándose en furioso torbellino
eclipsó el polvo al sol,
y gritóle por mofa: “¡Astro divino!
¿Dónde estas?, ¿qué te hiciste?”... Y su camino
siguió en silencio el sol.
Y cesó el huracán; y tornó al cieno
el polvo vil; y en el azul sereno,
de gloria y pompa lleno,
siguió en silencio el sol.

RAFAEL POMBO



LA HIEDRA

La hiedra necesita la rugosa
superficie, la grieta, la saliente,
para asirse hábilmente
y trepar a la almena misteriosa...
Imitadla; ¡que toda la aspereza
y aristas que encontréis en el sendero
os sirvan de asidero
para ascender a la inmortal grandeza!

MARGARITA ABELLA CAPRILE



EL CONGRESO DE LOS RATONES

Juntáronse los ratones
para librarse del gato;
y, después de un largo rato
de disputas y opiniones,
dijeron que acertarían
en ponerle un cascabel
que, andando el gato con él,
librarse mejor podían.
Salió un ratón barbicano,
colilargo, hociquirromo,
y, encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,
después de hablar culto un rato:
“¿Quién de todos ha de ser
el que se atreva a poner
ese cascabel al gato?”

LOPE DE VEGA



LA LAMPARA Y EL TIZON

Encerrada de noche en cierta estancia
una lámpara ardía,
juzgándose, en su orgullo, más fulgente
que las estrellas mismas,
en tanto que humeante y sudoroso
un robusto tizón de añosa encina,
en el hogar, gimiendo,
sin poderse inflamar se consumía.

—¿Qué hiciste, viejo tronco, de tu gloria?—
clamaba aquélla con burlona risa;—
¿por qué están apagados
tus resplandores hoy?, ¿cómo no brillas?
El amargo silencio
fué la respuesta de la pobre encina.
Cuando de pronto, el viento,
que con furor rugía,
penetró allí. La lámpara, su soplo
no puede resistir y al punto expira,
pero el tizón entonces,
cobrando nueva vida,
aquella estancia oscura,
benigno alumbra con su luz rojiza.

Los menguados espíritus sucumben
al primer soplo de fugaz desdicha;
los grandes corazones,
como la noble encina,
se crecen al rigor de la tormenta
y en las horas de prueba es cuando brillan.

FELIPE J. SALA



EL EJEMPLO

Cuando el hombre, con ánimo sereno,
vuelve en el libro inmenso de la vida
una página más, muy conmovida
nuestra voz le repite: — ¡Qué seas bueno!

—Que seas bueno, — decimos al que, lleno
de odio, rencor y envidia maldecida,
vive ensanchando la sangrienta herida
que rompe y mata el corazón ajeno.

Vivamos noblemente, año tras año,
abominando del cobarde engaño
y dando ejemplos que el pesar mitiguen.

No seamos, no, con arrogancia artera,
cual los altivos postes de madera
que enseñan un camino... ¡y no lo siguen!

M. R. BLANCO BELMONTE



EL AGUILA Y EL GATO

Dijo el Aguila al Gato: “¡Yo soy célebre!
Con mi nombre y mi fama, yo me río
del mundo entero, porque son los hombres
admiradores del ingenio mío”.

Y respondióle el Gato: “No lo dudo,
pero yo, que me paso en la cocina,
sé que el hombre, en verdad, admira al Aguila,
y en el fondo... prefiere a la Gallina...”

TRILUSSA (Carlos Alberto Salustri)



EL FILOSOFO Y EL BUHO

Por decir sin temor la verdad pura,
un filósofo echado de su asilo,
de ciudad en ciudad andaba errante,
detestado de todos y proscripto.
Un día que sus penas lamentaba,
un buho vió pasar, que perseguido
iba de muchas aves que gritaban:
—“Ese es un gran malvado, es un impío,

su maldad es preciso castigarla;
picadle todos, desplumadle vivo.”
Esto decían, y todos le picaban;
en vano el pobre pájaro afligido
con muy buenas razones procuraba
de su pésimo intento disuadirlos.
Entonces nuestro sabio, que ya estaba
del pájaro infeliz compadecido,
a la tropa enemiga puso en fuga
y al buho preguntó: —“Dígame, amigo,
¿por qué motivo destrozarle quiere
esta bárbara tropa de enemigos?”
—“Nada les hice,—el ave le responde;—
el ver claro de noche es mi delito”.

JOSE MARIA HEREDIA



EL BARRO

¿Eres ámbar?,—dijo un sabio
a un trozo de arcilla tosca
que halló al borde de una fuente.—
Debes serlo, pues tu aroma
tiene infinita dulzura,
y fragancia seductora.
Soy barro,—dijo la arcilla—
con la humildad de la escoria;—
soy barro, barro mezquino;
pero en edad no remota
guardé, siendo tosco vaso,
un ramillete de rosas!

SCHILLER



ANALISIS

Juan tenía un diamante de valía,
y por querer saber lo que tenía
la química estudió, y ebrio, anhelante,
analizó el diamante.
Mas, ¡oh! ¡qué horror!... Aquella joya bella.
lágrima, al parecer, de alguna estrella,
halló con rabia y con profundo encono
que era sólo un poquito de carbono...
Si quieres ser "feliz", como me dices,
no analices, muchacho, ¡no Analices!

JOAQUIN MARIA BARTRINA



INDICE

INDICE

	Págs.
Breves palabras del selector	5

I. — FIESTAS PATRIAS

PROSA

	Págs.
La patria. — <i>Berdiales</i>	9
La hija predilecta de los cielos. — <i>Berdiales</i>	9
La patria. — <i>García</i>	11
La patria. — <i>Echeverría</i>	11
¡ Viva la patria! — <i>Bunge</i>	12
Patria y patriotismo. — <i>Monteagudo</i>	13
Invocación a la patria. — <i>Herrera</i>	13
El amor a la patria. — <i>Castelar</i>	14
Honor a las provincias del norte! — <i>Mitre</i>	14
Belgrano. — <i>Mitre</i>	15
Moreno y Belgrano. — <i>Mitre</i>	15
La tierra nativa. — <i>Rojas</i>	16
La bandera argentina. — <i>Leguizamón</i>	17
Oración a la bandera. — <i>Roldán (h.)</i>	17
Oración a la bandera. — <i>González</i>	18
La bandera. — <i>Sarmiento</i>	18
El escudo argentino. — <i>Sarmiento</i>	19
La canción nacional. — <i>Gutiérrez (Juan María)</i>	19
Sarmiento. — <i>Pellegrini</i>	20
San Martín. — <i>Avellaneda</i>	21
La grandeza de los pueblos. — <i>Hugo</i>	22
La Argentina. — <i>Gómez Carrillo</i>	22

VERSO

	Págs.
A mi bandera. — <i>Berdiales</i>	23
La patria — <i>Berdiales</i>	23
La fragata Sarmiento. — <i>Berdiales</i>	24
A la patria. <i>del Campo</i>	25
Al pampero. — <i>Obligado (Rafael)</i>	26
El tambor de Tacuarí. — <i>Obligado (Rafael)</i>	26
República Argentina, patria mía! — <i>Obligado (Rafael)</i>	28
El himno del payador. — <i>Obligado (Rafael)</i>	28
Caballito criollo. — <i>Roldán (h.)</i>	31
A mi bandera. <i>Chassaing</i>	31
El soldado argentino. — <i>Díaz</i>	32
Patria. — <i>Díaz</i>	33
La patria. — <i>Díaz</i>	33
La bandera de mayo. <i>Gutiérrez (Juan María)</i>	34
Al Sol. — <i>Mármol</i>	35
La Independencia. — <i>Guido Spano</i>	35
Canto a La Argentina. — <i>Cavestany</i>	36
La patria. — <i>Andrade</i>	36
San Martín. — <i>Andrade</i>	37
El paso de los Andes. — <i>Andrade</i>	38
Romance de ausencias. — <i>Rojas</i>	39
Oda de las banderas. — <i>Rojas</i>	41
Claroscuro. — <i>Fernández Espiro</i>	42
La bandera. — <i>Rueda</i>	42
Patria futura. — <i>Díaz Romero</i>	43
Canto secular. — <i>Rhode</i>	44
Libertad. — <i>Almafuerte</i>	45
El mate amargo. — <i>Silva Valdés</i>	46
Granaderos a caballo. — <i>Lugones</i>	47
El tesoro del país argentino. — <i>Bunge</i>	47
La marcha triunfal. — <i>Darío</i>	48
La sombra de la patria. — <i>Almafuerte</i>	50

II. — DIA DE LA MADRE

PROSA

	Págs.
El compañero. — <i>Berdiales</i>	55
Mis ojitos. — <i>Berdiales</i>	55
Maternidad. — <i>Marden</i>	56
Una madre. — <i>Kierkegaard</i>	57

VERSO

	Págs.
La loba, la loba. — <i>Ibarbourou</i>	58
A mamita. — <i>Berdiales</i>	58
La madrecita. — <i>Bustos</i>	59
Caperucita. — <i>Villaespesa</i>	60
Santa María. — <i>Villaespesa</i>	60
Meciendo. — <i>Mistral</i>	61
La canción de las madres. — <i>Medina</i>	62
La niña buena. — <i>Medina</i>	62
Los tres nenes. — <i>Medina</i>	63
Madre mía. — <i>Menéndez</i>	64
Acuarela. — <i>Obligado (Rafael)</i>	65
De las madres que tienen a sus hijos en brazos. — <i>Martínez Sierra</i>	66
El consejo maternal. — <i>Andrade</i>	66
Amor de madre. — <i>Hugo</i>	67
Mi madre. — <i>Amicis</i>	68
Los hijos y los padres. — <i>Campoamor</i>	69
Los padres y los hijos. — <i>Campoamor</i>	69
El padre, el hijo y el perro. — <i>Campoamor</i>	70
Los huérfanos. — <i>Bravo</i>	70
El canto materno. — <i>Verdaguer</i>	71
Tumbas húmedas. — <i>Calcaño</i>	72
El traje de la abuelita. — <i>López de Gomara</i>	72
Drama nocturno. — <i>Nalé Roxlo</i>	74
El rosario de mi madre. — <i>Rueda</i>	75
Las manos de mi madre. — <i>Rueda</i>	76
La nube. — <i>Obligado (Pedro Miguel)</i>	77
« Mamboretá ». — <i>Carriego</i>	79
La silla que ahora nadie ocupa. — <i>Carriego</i>	80
Hay que cuidarla mucho, hermana, mucho... — <i>Carriego</i>	81
La manta. — <i>Gil</i>	83
Versos de alabanza. — <i>Méndez Calzada</i>	85

III.—DIA DEL ARBOL

PROSA

	Págs.
Por qué los árboles son tan altos — <i>Ibarbourou</i>	89
Vestidos nuevos. — <i>Ibarbourou</i>	89
El maíz. — <i>Morales</i>	90
El nogal apaleado. — <i>González</i>	91
La higuera materna. — <i>Sarmiento</i>	92

VERSO

	Págs.
Hojitas nuevas. — <i>Berdiales</i>	93
La flor. — <i>del Campo</i>	93
La violeta. — <i>Agustini</i>	95
La canción del carozo. — <i>Ruíz López</i>	95
La canción del sauce caído. — <i>Castro Cambón</i>	96
El granito de maíz. — <i>Castro Cambón</i>	97
Arbol amigo. — <i>Burghi</i>	98
Como un árbol. — <i>Burghi</i>	99
Duraznero en flor. — <i>Burghi</i>	100
La higuera. — <i>Ibarbourou</i>	101
La cuna. — <i>Ibarbourou</i>	102
El nido. — <i>Ibarbourou</i>	103
El canto de las semillas. — <i>Fernández Juncos</i>	104
Setenta balcones y ninguna flor. — <i>Fernández Moreno</i>	105
Olor de pasto cortado. — <i>Obligado (Pedro Miguel)</i>	105
La muerte del árbol. — <i>Govea</i>	106
¡Echa la simiente!. — <i>Mistral</i>	107
El cedro. — <i>Bravo</i>	108
El árbol taciturno. — <i>Ferreiro</i>	108
Arbol. — <i>Casal</i>	109
Soneto de la rosa. — <i>Arrieta</i>	109
La visión optimista. — <i>Arrieta</i>	110
El grano de trigo. — <i>Rueda</i>	111
Novia del campo, amapola. — <i>Jiménez</i>	112
El labriego del alba. — <i>Ripa Alberdi</i>	113
El árbol solo. — <i>Muñoz San Román</i>	114
El naranjo y el cedro. — <i>Obligado (Rafael)</i>	115
Canción estival. — <i>Blanco Belmonte</i>	117
Sombrando — <i>Blanco Belmonte</i>	118
Cortejo fúnebre. — <i>Guerra Junqueiro</i>	120
El trigo. — <i>Lugones</i>	121
El sauce. — <i>Silva Valdés</i>	122
A un naranjo y a un limonero. — <i>Machado</i>	123
A un olmo seco. — <i>Machado</i>	127

IV. — FIESTA DE LA RAZA

PROSA

¡Tierra!. — <i>Rojas</i>	127
------------------------------------	-----

VERSO

	Págs.
Duda histórica. — <i>Aza</i>	127
El Paraná y el Uruguay. — <i>Domínguez</i>	128
América. — <i>Varela</i>	129
Colón. — <i>Sierra</i>	130
Las tres carabelas. — <i>Fernández Shaw</i>	130
Saludo a América. — <i>Cavestany</i>	131
Nuestro idioma. — <i>Byrne</i>	132
Las dos grandezas. — <i>de la Barra</i>	132
Rodrigo de Triana. — <i>Sandoval</i>	134
La partida. — <i>Campoamor</i>	135
Atlántida. — <i>Andrade</i>	136
Madre e hija. — <i>Payró</i>	137
Sintética. — <i>Almafuerte</i>	139
A los argentinos. — <i>Delgado</i>	140
Colón. — <i>Rivarola</i>	141
Ofrenda a España. — <i>Santos Chocano</i>	142
Los caballos de los conquistadores. — <i>Santos Chocano</i>	143

V. — FIESTA DE CLAUSURA

VERSO

La intención. — <i>Aza</i>	147
El soldadito de plomo. — <i>Klingsor</i>	148
La gran noticia. — <i>Palma</i>	148
El niño y la estrella. — <i>Mendés</i>	149
Un aplazado. — <i>Fernández Moreno</i>	151
Tarde dorada. — <i>Lasso de la Vega</i>	152
La aurora. — <i>Alarcón</i>	152
Mañana de sol. — <i>Marasso</i>	153
El cohete. — <i>Rueda</i>	155
A los estudiantes. — <i>Rueda</i>	155
Estudia. — <i>Pompa</i>	156
Trabaja. — <i>Pompa</i>	156
Descansa. — <i>Pompa</i>	157
A un impaciente. — <i>Sandoval</i>	157
Sonetillo. — <i>León</i>	158
A un luchador. — <i>Frugoni</i>	158
La vida del agua. — <i>Fernández Shaw</i>	159

	Págs.
Elogio de los albañiles italianos. — <i>Riccio</i>	159
Un sueño. — <i>Prudhomme</i>	160]
Humildad. — <i>Villaespesa</i>	160
¡Vivan las alas! — <i>Berdiales</i>	161
Extasis. — <i>Nervo</i>	162
Canción de la paz. — <i>Bravo</i>	163
El corro. — <i>Fort</i>	164]
Rima; — <i>Bécquer</i>	164
Quienes son los muertos. — <i>Palma</i>	165
El buque abandonado. — <i>Rivarola</i>	165
Estas duras palabras. — <i>Velasco</i>	166
La campana. — <i>Schiller</i>	167

VI. — DIA DEL ANIMAL

PROSA

Para la fiesta del animal. — <i>Berdiales</i>	173
La piel del sapo. — <i>Berdiales</i>	174
Los animales. — <i>Amiel</i>	175
El gorrión. — <i>Turguenief</i>	176
El último amigo. — <i>Amicis</i>	177

VERSO

Mi canario. — <i>Palacios</i>	177
El cuadro del burro. — <i>Hartzenbusch</i>	178
Bonita lección. — <i>Osorio y Gallardo</i>	179
El lazarillo y el ciego. — <i>del Palacio</i>	180
El ratón dentro del queso. — <i>Jérica</i>	181
El médico cazador. — <i>Aza</i>	182
Los cazadores y la perrilla. — <i>Marroquín</i>	184
La mariposa. — <i>Rueda</i>	187
Balada de Doña Rata. — <i>Nalé Roxlo</i>	188
El pajarillo. — <i>Villegas</i>	189
El nido. — <i>Peza</i>	190
El tuquito. — <i>Berdiales</i>	191
Por una hormiguita. — <i>Fernández Moreno</i>	192
A un caballito de calesita. — <i>Fernández Moreno</i>	192
Vacas. — <i>Fernández Moreno</i>	193
El pájaro sediento. — <i>Isernia</i>	194

	Págs.
El chingolo. — <i>Roxlo</i>	195
Por los nidos. — <i>Roxlo</i>	196
Canción serrana. — <i>Bravo</i>	197
Los guanacos. — <i>Bufano</i>	198
El pavo real. — <i>Santos Chocano</i>	200
El ala del ñandú. — <i>Santos Chocano</i>	200
El cardenal. — <i>Silva Valdés</i>	201
La yegua. — <i>Villaespasa</i>	202
La muerte del novillo. — <i>Mejía</i>	202
El escarabajo. — <i>Bonnard</i>	203
El perro amigo. — <i>Burghi</i>	204
Ríe por la mañana la campiña. — <i>Marquina</i>	205
Las hormigas. — <i>Delheye</i>	205
El corzo. — <i>Diez Canedo</i>	206
Mi perro. — <i>Obligado (Carlos)</i>	206
La vaca ciega. — <i>Maragall</i>	207
El carpintero. — <i>Lugones</i>	208
El nido ausente. — <i>Lugones</i>	208
El hornero. — <i>Lugones</i>	209
Cantemos a la leche. — <i>Lugones</i>	211
La lana. — <i>Lugones</i>	211
El caballo criollo. — <i>Lugones</i>	212
La tumba del soldado. — <i>Issacs</i>	214
Los horneros. — <i>Obligado (Rafael)</i>	215

VII. — FABULAS

PROSA

La apuesta. — <i>Esopo</i>	221
El lobo y el cordero. — <i>Esopo</i>	222

VERSO

El burro flautista. — <i>Iriarte</i>	222
La rana y la gallina. — <i>Iriarte</i>	223
El gusano de seda y la araña. — <i>Iriarte</i>	224
La perla y el diamante. — <i>Narváez</i>	224
Flacos y gordos. — <i>Príncipe</i>	224
El pelotazo. — <i>Príncipe</i>	227
La mosca instruída. — <i>Príncipe</i>	227
Los amigos. — <i>Berdiales</i>	229

	<u>Págs.</u>
Las olas. — <i>Berdiales</i>	229
La estrella. — <i>Berdiales</i>	230
Los trompos. — <i>Berdiales</i>	230
Que sea hasta el fin vestido blanco. — <i>Castro Cambón</i>	231
El muchacho y la vela. — <i>Hartzenbusch</i>	231
Los caracoles. — <i>Hartzenbusch</i>	232
El látigo. — <i>Hartzenbusch</i>	232
Acicate. — <i>Darío</i>	233
La lechera. — <i>Samaniego</i>	233
El viejo y la muerte. — <i>Samaniego</i>	235
La carambola. — <i>Campoamor</i>	236
El niño bien criado. — <i>Calderón de la Barca</i>	236
El ratón campesino y el ratón ciudadano. — <i>La Fontaine</i>	237
El sol y el polvo. — <i>Pombo</i>	238
La hiedra. — <i>Abella Caprile</i>	238
El congreso de los ratones. — <i>Lope de Vega</i>	239
La lámpara y el tizón. — <i>Sala</i>	239
El ejemplo. — <i>Blanco Belmonte</i>	240
El águila y el gato. — <i>Trilussa</i>	241
El filósofo y el buho. — <i>Heredia</i>	241
El barro. — <i>Schiller</i>	242
Análisis. — <i>Bartrina</i>	243



